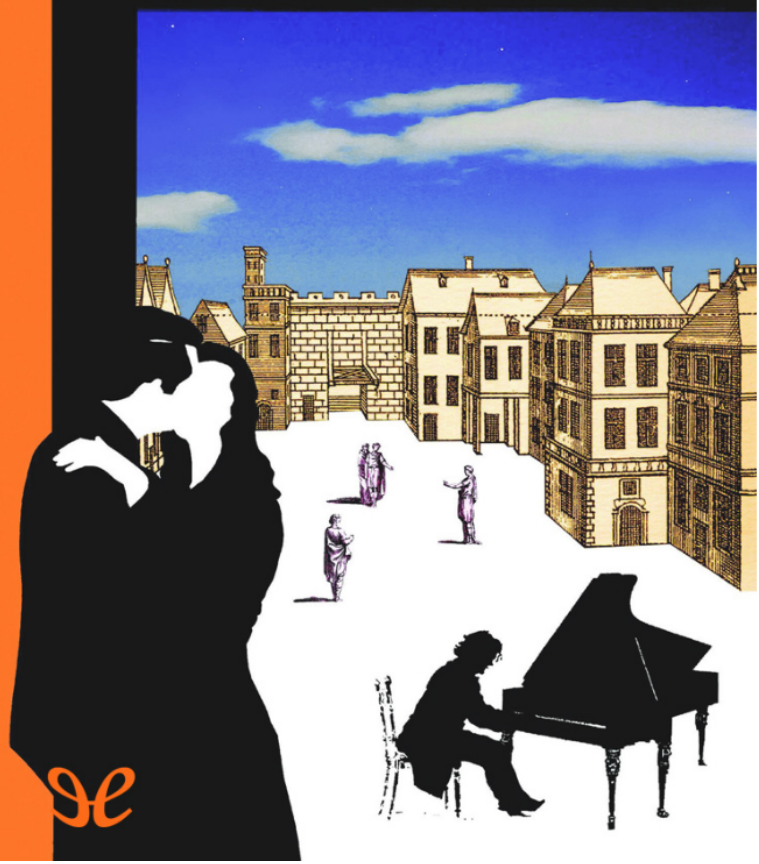
# Obertura Francesa

## Luis Manuel Ruiz



Un joven estudiante de música es empujado por su maestro a investigar la desaparición de un famoso pianista de once dedos. Su antigua novia, Hélène, le acompañará en sus aventuras desde París hasta Salzburgo, pasando por la Selva Negra.

Lo que al principio parecía un caso sencillo les acaba llevando a un terrible descubrimiento: un proyecto siniestro que desafía las leyes de la naturaleza. Una oscura organización ha desarrollado, bajo la sombra de Bach, experimentos que van más allá de lo que cabe imaginar.

«Obertura Francesa» es una novela de misterio y amor donde unos personajes perfectamente trazados comparten protagonismo con una sólida trama imposible de abandonar hasta el descubrimiento final.

Luis Manuel Ruiz

# Obertura Francesa

**ePub r1.0**
**Titivillus** 12.08.2023

Luis Manuel Ruiz, 2002
Retoque de cubierta: *diego77*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para Ida, como todo lo demás*

«Bach es el mayor enigma de todos los tiempos».

RICHARD WAGNER

# Obertura

# 1.

Quien haya estado alguna vez en París recordará el Pont des Arts, esa galería de hierro y tablones suspendida sobre el Sena, que cuenta con unos hermosos bancos en el centro habilitados para recibir a las estudiantes y los fotógrafos. Si caminamos más o menos hacia la mitad del puente y observamos en dirección este, según se encargan de recordarnos todas las guías, obtendremos una panorámica inmejorable de la Île de la Cité, que a esa altura es algo parecido a un buque escorado y achacoso, lastrado de torres, fachadas, óxido, los coquetos arbolitos del Square du Vert-Galant en la quilla, allí donde se parte en dos la corriente del río, y donde el Pont Neuf se aferra desesperadamente a la piedra como para evitar que todo ese basurero de arquitecturas se hunda en el fondo de las aguas. El Pont des Arts es romántico hasta en el nombre; el visitante reconocerá entre sus asiduos a poetas cabizbajos, con las bufandas mal caladas sobre el abrigo sin abrochar, a artistas reincidentes que trazan al pastel la enésima copia de una perspectiva de la isla, a ensoñadas jóvenes nórdicas, suecas o danesas, acodadas en el pretil, que deben de sufrir la nostalgia, contemplando los muelles, de su país de fiordos y estuarios. Todo turista que se precie no habrá dejado de observar que, viniendo desde el Louvre, en la dirección del Pont des Arts, una especie de huevo dorado reluce en la orilla opuesta, la Rive Droite, sobre todo si el día es despejado. Es un hemisferio brillante que recuerda las cebollas de las iglesias rusas, y que revela el gusto por lo esplendente, lo áureo y lo empalagoso que todo tiene en esta bendita Ciudad de la Luz. Si ustedes cruzan el Pont des Arts sin prestar excesiva atención a la isla, a los poetas, a las muchachas y al hermoso puente Alexandre III que queda al oeste, se hallarán en el Quai Malaquais y podrán comprobar que el hemisferio del que les hablo es la cúpula de la École Nationale Supérieure des Beaux Arts. Detrás, introduciéndonos por una serie de recovecos que conservan algo de pasadizo secreto,

encontraremos un severo jardincito triangular y el antiguo convento de los carmelitas, cuya fachada ha sido remozada hasta en tres ocasiones y que muestra esa desagradable falta de edad de los rostros corregidos por la cirugía. Este edificio cobija hoy el Centro Superior de Estudios Musicales de Francia.

Los pasillos son fríos, sobre todo ahora que es febrero, y conservan todavía esa sequedad teológica, esa descortés indiferencia por la decoración que caracteriza a los interiores monásticos, abstractos como el espíritu. La planta baja contiene las oficinas, algunas aulas y la biblioteca, y la dejaremos pasar en cuanto dediquemos una breve contemplación al claustro: setos geométricos se ordenan casi astronómicamente alrededor de una fuente y del busto de Saint-Foix, musicólogo, biógrafo de Mozart y decano de esta institución. Hay una encantadora perspectiva de este claustro bastardo entre lo gótico y lo barroco desde los despachos de la primera planta que dan al interior, y para ascender a los cuales no hay más que remontar una amplia y accesible escalera de mármol con medallones de bronce en las paredes. El de Blaise Nérée es de los finales, a la izquierda. Desde la ventana se asiste a la nuca negra del señor Saint-Foix, a las balaustradas y los arcos de la planta de arriba, con las columnas en forma de ramas entrelazadas, blancas después de la última restauración, al dibujo preciso de los setos en el jardín, que a uno le hacen pensar en esas piezas de madera de colores con que los niños construyen edificios a escala. En invierno, en días como hoy, la nieve espolvorea el claustro y resulta imposible distinguir los setos del suelo; todo queda fundido en un diáfano caos blanco, vacío y delicado como la nada. El despacho de Blaise Nérée no suele destacarse por su orden: el escritorio atascado de paquetes y papeles, las carpetas y los apuntes olvidados en los asientos, las partituras descarriadas que pueden decorar el suelo, sugieren que entre estas cuatro paredes se trabaja con intensidad y pasión. A pesar de su edad, o quizá precisamente por ella, Blaise Nérée es un hombre sugerente, de una elegancia de revista: nadie verá jamás el pañuelo fuera de lugar sobre su chaqueta, la línea de los pantalones desviada del rígido trayecto que debe conducir de la cintura a los zapatos. El cabello blanco, ennoblecido por las canas, le da ese aire de sabiduría y respetabilidad que conviene al maestro, y que él ha aprovechado

para cimentar su autoridad como uno de los mayores especialistas mundiales en el estudio de la música barroca. Todo en la persona de Nérée es magnético, todo atrapa como una sirena: la suave voz de ante oscuro, que en su juventud le hizo emprender una fugaz carrera como barítono, los ojos grises, que contrastan con la palidez esteparia de la cabellera, su manera milimetrada de extraer el cigarrillo de la pitillera que hay sobre la mesa, junto al pequeño reproductor de música que observa desde el muro contiguo el póster de Monteverdi; la manera de colocarse ese cigarrillo en los labios y acercarle el encendedor con cuidado, de introducirlo y alejarlo de la boca para rematar una palabra con una voluta de humo o añadir el olor del tabaco negro al silencio. Hoy, ese día en que comenzó todo, Blaise Nérée fuma pacíficamente, como siempre, abandonando la mano izquierda con el cigarrillo sobre el vientre entre calada y calada, paseándose despacio hacia la ventana para observar la escarcha que el amanecer había dejado sobre las piedras del claustro. Frente a Monteverdi, en la pared contraria, había un cartel con el retrato que Elias Haussmann hizo a Johann Sebastian Bach, y que servía para atenuar la aspereza de las violentas letras de molde que constaban debajo: BACH 2000. 250 ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE J. S. BACH. SALZBURGO, AUSTRIA, 28 DE FEBRERO-7 DE MARZO. Aquel día había otro objeto abandonado en el despacho de Blaise Nérée, sobre un sillón de cuero sintético, entre todos los trastos, papeles y basuras con la categoría de inquilinos habituales. Era yo.

—Te he llamado —me dijo él— por la *Obertura Francesa*.

Yo adoraba a Blaise Nérée. En mí el respeto y la devoción unánimes que aquel patriarca con gemelos de platino despertaba entre toda la humanidad se unían a los que todo discípulo debe a su maestro, al que ha guiado sus pasos, a la persona que había logrado edificar un futuro lleno de luz y promesas con el material algo discutible de un jovenzuelo con aspiraciones artísticas, tímidamente devoto de Bach y Mozart. Desde que me mudé a París y me coloqué bajo la tutela de Nérée, muchas certezas habían prendido como bengalas en mi mente: dejé el piano; me zambullí de lleno en el estudio de la teoría musical, de la matemática, de la historia; me consagré, en vez de a la interpretación, a tratar de dilucidar qué cúmulo de circunstancias psicológicas, metafísicas, económicas y astrológicas habían facilitado la emersión de esas obras que desde la

adolescencia tanto me habían fascinado. A lo largo de mis cuatro años de carrera, en los dos siguientes como doctorando, y ahora que preparaba mi Tesis de Estado, Blaise Nérée había estado siempre a mi lado, como un perenne centinela de mi evolución intelectual: su limpia inteligencia analítica, su confianza en mis posibilidades aun cuando ni yo mismo estaba seguro de hasta dónde podrían conducirme, me habían ayudado a conseguir otro despacho en aquel edificio que había sido convento, algo más angosto y peor iluminado que aquel, con una modesta estufa eléctrica por todo mobiliario. Yo era el discípulo favorito, aventajado, de Blaise Nérée, y para mí aquello era más profundo y más sagrado que formar parte de una sociedad secreta, de una cofradía de elegidos: él era el modelo al que mi inmodestia aspiraba, yo vislumbraba mi futuro, algún día, en aquellas fuertes espaldas, la aristocrática elegancia con que sostenía el cigarrillo, la frescura de su modo de reír, como si dedicara una broma a un niño.

—La *Obertura Francesa* —repetí.

—Quiero que oigas algo —replicó Nérée, y me dio la espalda.

Tardé un poco en entender qué era lo que me mostraba porque mis ojos se hallaban todavía abstraídos en el tercer póster que decoraba el despacho, justo enfrente de donde yo estaba sentado, tras el escritorio y su estricto desorden: era un laudista de Caravaggio con los hombros desnudos y la boca semiabierta, en una expresión de entre abandono y lascivia. La mano de Nérée me había enseñado fugazmente una casete y la había introducido en el reproductor; por los altavoces no había comenzado aún a circular más que una especie de suciedad ruidosa y chirridos cuando me puso delante su pitillera, ribeteada con hermosos encajes de plata. Tomé un cigarrillo, lo acaricié con los dedos, miré a Blaise Nérée regresar lentamente hacia la mesa, como un modelo que acaba de concluir su tránsito por la pasarela. Entonces la música brotó de los altavoces. Mis oídos tuvieron que tomarse un tiempo en olvidar las varias ofensas a las que eran sometidos y hasta algunos segundos más tarde no lograron concentrarse en la melodía, por debajo del grosero sonido ambiental de la grabación, las asperezas del micrófono, la ultrajante desafinación del piano de pared que rugía con voz de animal constipado. Pero esas muchas inconveniencias quedaban solapadas de inmediato: la interpretación de la pieza, que

yo tan bien conocía, solo podía calificarse de magistral, de única. Una suave violencia al comienzo, una delicada voz baja en las primeras respuestas al tema principal, una severidad en el desarrollo que no llegaba a la dureza, la repetición de acordes sucediéndose con la naturalidad pasmosa de los movimientos de una moneda que gira sobre una mesa, en círculo primero, luego describiendo elipses, cesando por último: el silencio dejó en mi cerebro la impresión de haber asistido al funcionamiento de una máquina perfectamente engrasada, cuidada al milímetro. Sacudí la cabeza, atónito. Por paradójico que pudiera resultar, podía confesar que había escuchado por primera vez en mi vida en toda su transparencia el *eco* de la *Obertura Francesa* de Johann Sebastian Bach, en un pésimo piano vertical, en una grabación miserable.

—¿De dónde ha sacado eso? —articulé, colocándome el cigarrillo sin boquilla en los labios.

Nérée me mostró un rectángulo de color sepia, con cuatro o cinco sellos e impresos de correo.

—Alguien me lo ha mandado —dijo—. No ha dejado remitente, no conozco la letra, no tengo ni idea de a qué puede deberse un envío así. Las condiciones de grabación son lamentables, el instrumento tú mismo lo has oído. ¿Qué te parece?

—Capri —respondí—. Solo se me ocurre que sea él.

Por supuesto, Claudio Capri, qué otra cosa podía pensar, qué otro nombre podía invocar. En aquel momento, mientras paladeaba el primer humo del cigarrillo, la imagen de Capri, el clavecinista más audaz y reputado que había existido desde Gustav Leonhardt, ocupó mi imaginación: vi su traza de lobo, la anatomía escuálida, los ojos afilados y feroces, su modo de sentarse frente al teclado, como el de la fiera que va a dar cuenta de una presa previamente capturada; vi sus manos, pálidas, azulinas, dos escaparates de venas, tendones y músculos, la mano izquierda de seis dedos, uno más entre el corazón y el anular, proporcionado por una providencial malformación genética. Las versiones de Capri sobre Bach eran reconocidas en todo el mundo, por su solvencia, por su exactitud: y radicaba esa perfección no solo en un escrupuloso respeto hacia la partitura, sino también y sobre todo en la vertiente afectiva de la interpretación, si se me permite este dualismo. Toda música posee dos mitades: la primera, la técnica, es la que figura en

el pentagrama y a la que puede acceder todo el mundo; la otra, subterránea y secreta, es el talante, el color espiritual que el ejecutante presta a esa colección de sonidos para dotarla de pleno significado, para que sea capaz de transportar la información emocional que el compositor instiló en ella. Capri había logrado el milagro imposible de atenerse a la segunda de estas dos mitades en todas sus interpretaciones. Su modo de entender la música le había granjeado ya un número nutrido de detractores y devotos, y existía para él etiqueta propia: *apropiacionismo*. El intérprete, aseguraban los críticos, se apoderaba mediúmnicamente del espíritu del autor, se empapaba de tal modo de su circunstancia vital, época, psicología, que acababa por convertirse en él mismo: se apropiaba de su ser. Las exhibiciones de Capri venían siempre precedidas de una estricta reclusión por parte del maestro, de una profunda inmersión en la personalidad y la obra del compositor que debía interpretar. El resultado era asombroso; como comentó lapidariamente un articulista de la revista *Becuadro*, reseñando la versión de Capri de las *Variaciones Goldberg*: «Es Bach mismo quien toca aquí su clavicémbalo para nosotros y deja la impronta de su alma en la música». Solo Capri podía ser el responsable de la concienzuda maravilla que yo acababa de escuchar en el despacho de Blaise Nérée, aquella mañana de febrero en París: el verismo, la sinceridad, la incontestable naturalidad de la interpretación no dejaban lugar a dudas. Pero había algo que no casaba en todo aquello; qué hacía Capri devanándose los dedos contra un vulgar piano de pared, qué hacía aquel prodigio recogido en aquella grabación de espanto, por qué había llegado hasta nosotros de aquel modo, entre tímido y clandestino.

—Capri —repitió Nérée como reflexionando sobre el significado de sus palabras, sentándose en el escritorio, cruzando los brazos—. No sé si estarás al tanto de que Claudio Capri ha desaparecido precisamente esta semana.

Yo recibí la noticia con una sobresaltada curiosidad.

—Sí —la mano de Nérée sopesó un pisapapeles—. He tratado de contactar con él para ver si se le había ocurrido, por casualidad, enviarme este paquete con no sé qué propósito, para gastarme no sé qué broma extraña. No me ha contestado nadie en su casa de Saint-Germain, ni en su apartamento de Viena, ni en el de Nueva York.

Hablé con su representante, un viejo conocido: el pobre no sabe si morirse de miedo o de rabia. Capri ha incumplido los compromisos que tenía en dos festivales en Londres y Oslo y nadie sabe a ciencia cierta dónde se encuentra. Veo lo que estás pensando: este envío está relacionado directamente con esa desaparición.

—Es posible.

—Creo que te conviene dilucidar todo esto —la voz de Nérée se hizo de repente más profunda, oscura, marcial—. Puedo decir sin ambages que esta es la mejor interpretación de la *Obertura Francesa* que he tenido ocasión de escuchar en mi vida, mejor incluso que la legendaria grabación de Capri para Teldec. Tu ponencia sobre la *Obertura Francesa* en el congreso de Salzburgo tendrá lugar exactamente dentro de una semana. Podrías convertir esa conferencia en algo histórico.

El pisapapeles de Nérée era una esfera de cristal con un lema en la parte baja: *San Petersburgo*. Él la agitaba en la mano y un violento vendaval de nieve y lentejuelas asolaba el diminuto Palacio de Invierno aprisionado en el interior. Fumé despacio, contemplé el cartel de la pared de la izquierda, el retrato de Bach por Haussmann, el semblante de genialidad y mal humor de aquel hombre a quien también yo había dedicado una breve vida de erudición y amor viudo. Yo también había sido invitado a aquel congreso, y pensaba avanzar en él, ante la mirada desconfiada de los mayores especialistas del mundo en el compositor, las conclusiones de la que iba a ser mi Tesis de Estado, el primer peldaño de una carrera que yo imaginaba estelar y fulgurante. Nunca había desconfiado de Blaise Nérée, mi buen mentor, y por eso no iba a desaprovechar una oportunidad como la que él ahora me ordenaba tomar, obligado por la responsabilidad que le ligaba a este discípulo algo tardo y excesivamente devoto.

—Quiero escucharla otra vez —rogué.

La música volvió a salpicar mi ansiedad, y la intriga y el fervor fueron desatándose en mi corazón a medida que las escalas avanzaban suavemente a través del silencio, buscando la conclusión. Extinguí la colilla en el cenicero. Nérée me observaba con fijeza desde el borde de la mesa.

—¿Por dónde puedo empezar? —dije, pensando en voz alta.

—Lo sabes de sobra —respondió él—. Habla con Hélène.

Hélène Vauban había sido alumna de Capri: habíamos compartido nuestro mutuo amor por Bach, la aversión por las alcachofas, un piso, una cama, una nube de sentimientos confusos a la altura del pecho. Hélène había sido una de las clavecinistas más señaladas de Francia. Ahora era manca.

# 2.

La *Obertura Francesa* de Johann Sebastian Bach fue publicada en 1735, dentro de la segunda colección de *Clavierübung* que incluía también el *Concierto Italiano* en fa mayor y que estaba dedicada impersonalmente, según reza la portada, *a los aficionados, para goce del espíritu*. La fecha de composición es imposible de determinar, pero hay quien la retrotrae a la época de las grandes síntesis concertantes de Bach, su etapa como Kapellmeister en Köthen de 1717 a 1723; en apoyo de esta tesis, ciertos especialistas arguyen que la *Obertura* no constituye más que una adaptación al teclado de dos manuales del efectismo orquestal francés del Barroco, del que Bach podría haberse imbuido durante sus visitas a Hamburgo y sus audiciones de la orquesta del duque de Celle, especializada en la interpretación de Lully y Couperin. Formalmente, la *Obertura* no es distinta de las cuatro grandes *suites* orquestales BWV 1066-1069: consta de una concatenación de danzas, algunas con dos secciones, precedidas por una especie de prólogo y rematadas por un juego musical estructurado en forma de eco. La introducción, quizá el movimiento más audaz y emotivo de la partitura, se compone también de tres partes; la inicial y la final son simétricas, con variaciones, punteadas y solemnes: en medio contiene una nerviosa exposición llena de virtuosismo con indicaciones *forte* y *piano* para ambos manuales que conforman el recuerdo más transparente y enérgico que tengo de esta obra, sin duda la obra de mi vida.

Cuento con notables razones para respaldar esta exageración. La primera vez que escuché la *Obertura Francesa* en vivo fue en un teatro arrinconado de Sevilla, hasta el que la lluvia había permitido llegar a un muy exiguo número de curiosos. Por entonces yo era estudiante de uno de los últimos grados del conservatorio y acudía a todo concierto que se me ponía a tiro, con el masoquista propósito de medir las distancias que me separaban de aquellos individuos

que sudaban en los escenarios, sobre taburetes que siempre parecían haber sido colocados a la distancia errónea. Calibraba la velocidad, la fuerza, la efusividad de aquel millar de manos que danzaban sobre el teclado, instrumentos de una música sobrenatural que se servía de ellas como el alma se sirve del cuerpo, para cumplir sus trámites más terrenos y vulgares. Luego regresaba a casa y también yo me enfrentaba con el piano, y golpeaba los dedos contra las teclas hasta extenuarlos, hasta que los músculos quedaban agotados y extraviada la mente, como castigo por no estar a la altura de los trinos y dobles apoyaturas que acababa de presenciar. Aquella noche, en aquel teatro periférico con groseras tuberías en las paredes y manchas de humedad, muy pocos asistimos al prodigio. El clavicémbalo aguardaba en el escenario, bajo la fiera luz de los focos, muerto de lástima, y yo pensé en la mascota abandonada que espera a un amo que jamás debe de regresar a recogerla. La intérprete, de la que el programa de mano presumía un pasado lleno de distinciones y primeros puestos, tardó mucho en comparecer; alguien, en algún asiento vagamente detrás de mí, tosía con fuerza para mostrar su impaciencia. Por fin una muchachita frágil y leve, con dos calcetines azules escalándole las rodillas, corrió hasta el clave, se sentó y comenzó a tocar de inmediato, sin acomodar en el atril la partitura, sin preparar los dedos, como si la música le saliese de las manos con la naturalidad del sudor o las uñas. Aquella noche comencé a creer en la *Obertura Francesa*. Claudio Capri todavía no había grabado su celebérrima versión para Teldec, y el que sucedía ante mis pasmados oídos era el avatar más acabado, pulido, profundo de aquella obra irreemplazable que yo había conocido. La luz del foco de la izquierda caía a quemarropa sobre la muchachita, resbalándole sobre el cutis, creando la enigmática impresión de que lucía una máscara de bronce; fue esa luz la que me reveló que su edad era mayor de la que insinuaban la pueril falda a cuadros, los calcetines, las trenzas anudadas a ambos lados del cráneo. En cuanto a las manos, proseguían extáticamente su diálogo sobre el teclado, sonámbulas, olvidadas del resto del cuerpo infantil que oscilaba de manera imperceptible adelante y atrás sobre la banqueta, como afectado por una neblinosa somnolencia. Aplaudí hasta que me dolieron los brazos al final del *eco*. Despertando de un sueño lejano,

la muchacha miró a la platea, sonrió con un gesto de máscara japonesa, sin moverse. Yo me había enamorado.

La lluvia repicaba con lentitud en los charcos de la calle, azotando el descampado que se extendía a la entrada del teatro. En el vestíbulo fumé dos cigarrillos, vi marcharse al resto del público —el viejo de las toses dio bruscamente las buenas noches—, y me deslicé hasta los camerinos, hacia los que conducía un pasillo salpicado de desconchaduras y cucarachas, donde el olor a sumidero se hacía mucho más intenso. La muchachita se hallaba frente al tocador, deshaciéndose los lazos que le aferraban las trenzas. No se puso en pie para recibirme. Hablamos durante un rato; de cuando en cuando, yo espiaba la imagen de los dos que presentaba el espejo rodeado de bombillas, y nos hallaba más macilentos y cansados. Mi francés trataba de expresar como mejor podía lo mucho que me había gustado su interpretación, trataba de alabar su sorprendente pericia con las notas más altas, allí donde la mano izquierda solo puede moverse con mucho esfuerzo. Ella asentía reflexivamente, con el pensamiento quizá puesto en otra cosa, algo que debía de relumbrar detrás de esa mirada de color azabache que ella se detenía a ratos a interrogar en el espejo. *Oui, merci*, repetía, *oui, merci bien*. Me sorprendió que aceptara el cigarrillo que le tendí, me hizo sentirme como un perdulario tentando a una intachable colegiala. Fumaba de un modo cómico, reteniendo el humo por un momento en la boca, arrojándolo por la nariz con un exagerado gesto de distensión. Le confesé que también yo tocaba, que pensaba graduarme como clavecinista, que las partitas de Bach eran mis ejercicios preferidos. Hélène arqueó las cejas como un dibujo animado y opinó que podíamos tocar juntos. Tiré la colilla, la ayudé a colocarse el abrigo, regresamos al escenario, donde el clave seguía aguardando a que su dueño cruel volviera a rescatarlo. Tomamos una silla de bastidores con un travesaño suelto, yo me senté en los graves. Nos reímos mucho intentando una sonatina para teclado a cuatro manos de Carl Philip Emmanuel Bach, y muchas veces nuestros dedos estuvieron a punto de rozarse, de encontrarse en medio del torbellino de silencios y música. Una voz interrumpió el rondó final gritando desde el patio que las luces del escenario iban a ser apagadas y que el teatro estaba a punto de cerrarse. Bajo la lluvia, enfundada en un tabardo

gris de aspecto soviético, Hélène resultaba más desamparada, más inexperta, como si fuera incapaz de desenvolverse en ese orbe de inconveniencias y obligaciones que nacía detrás de su clavicordio. Le pregunté si nadie iba a ir a recogerla, ella respondió que no. Saldría para Madrid a las diez de la mañana, donde le aguardaba su maestro y desde donde regresaría con él a París, a los ensayos, a las partituras, a la rutina. Entonces yo no sabía quién era el maestro, no sabía que el gran Claudio Capri, que en aquellos días ofrecía dos recitales en el Auditorio Nacional, había apadrinado a aquella clavecinista tímida y huidiza, que se deslizaba sobre la lluvia y los charcos con la falta de énfasis de un espectro. Él la había recogido cuando ella apenas contaba trece años, después de descubrirla en una audición en un conservatorio de provincias, se la había llevado a París y le había alquilado un piso en el Barrio Latino, donde ella seguía escrupulosamente sus lecciones y pagaba su generosidad con besos y alguna otra cosa que su boca nunca llegó a admitir. Eran amantes: Hélène correspondía de este modo socrático a la sabiduría que él le suministraba, y luego, cuando su amor cesó porque la edad la condujo por otros derroteros, siempre conservó hacia Capri la admiración, el respeto y el afecto que se deben a un padre o a un hermano mayor, a ese familiar que nos resolvió las primeras dificultades con las que nos encontramos al salir al gran descampado del mundo. Aquella noche de lluvia, en Sevilla, Hélène se dejó convencer y la conduje de bar en bar hasta la madrugada, sin que cesásemos de hablar de conciertos, de instrumentos, de preferencias. Sé que en un bar con aspecto de covacha, caliente, entre el olor a radiador y la música de Lou Reed, la besé. Al alba escampó. El sol salía con dificultad, aupándose sobre las antenas, las copas de los árboles y las torres, tiñendo de escarlata la franja del cielo que no cegaban las nubes. Lo vimos desde el banco de una plaza, mientras terminábamos un paquete de churros y Hélène colocaba su cabeza sin trenzas sobre mi hombro. Diez minutos después dedujimos como una conclusión natural que era necesario que yo terminase mis estudios en París, con ella.

El apartamento de Hélène era una coqueta buhardilla en la esquina de la Rue des Ciseaux, frente a Saint-Germain des Prés, desde la que se tenía una hermosa perspectiva de los tejados del Barrio Latino, un paisaje extraterrestre de metal y mansardas.

Durante cuatro años ese fue nuestro espacio, el espacio en que compartimos nuestro común amor por la música, los instrumentos antiguos, las caricias, las películas en blanco y negro a deshora. Hélène fue la mano providencial que abrió la escotilla del recinto en el que hasta entonces mi alma había estado macerándose, y sé que la traté con crueldad y desagradecimiento, lo que no remedia mi culpa pero sí atenúa las muchas protestas de la conciencia. La beca que me concedió el Estado francés me permitió ingresar en el Centre Superieur
d'Études
Musicaux, conocer a Nérée, y encauzar mis vocaciones hacia lo que de verdad me apasionaba: el lado interior de la música, la geometría, el ritmo, las relaciones secretas que gobernaban la posición de las notas para que de ellas se generara esa hermética sensación de belleza. Fui escalando puestos con rapidez, mis profesores correspondieron con creces al interés algo patológico con que yo tomé mis investigaciones: abandoné el piano, descuidaba los almuerzos y el aseo, me entregaba al análisis de las partituras madrugadas enteras, hasta que el amanecer bruñía los tejados de metal que mostraban las ventanas. Tardé mucho en entender que el minucioso ceremonial que había servido de nido al amor de Hélène y mío estaba destrozado, como apedreado por un niño. Hablábamos poco, en nuestros encuentros nocturnos había algo de la urgencia indiferente con la que se trata de contentar a un extraño; yo tenía mis estudios, Hélène sus recitales, que un día la conducían a Rouen, otro a Burdeos, el siguiente a Metz. Ella sufría, pero la música, ese zodíaco de abstracciones al que había dedicado mi vida, me impedía entenderlo: para entonces el mecanismo de las notas se había convertido para mí en algo mucho más comprensible y doméstico que el oscuro álgebra de las emociones humanas, de las que podían estar torturando a Hélène. Una noche, ella me hizo reproches, muchos reproches; la boca se le cubría de saliva amarga mientras iba escupiendo una palabra detrás de otra, elaborando un largo inventario de las razones con las que contaba para dejar de amarme. Ni siquiera la escuché: aquella noche, recuerdo, yo estudiaba el allegro en fa menor KV 594 de Mozart tratando de rastrear las influencias de la música de órgano de Bach en la partitura. No vi salir a Hélène abrasada por el despecho, con las

llaves del coche y una botella de vodka que alguien nos había regalado por Navidad el año anterior. Se estampó contra un muro de contención a la altura de La Défense, y durante tres días se debatió entre la vida y la muerte, sobreviviendo en un espeso limbo de dolor y morfina. Hubo que amputarle la mano derecha. Dos semanas después comprendí que la mano fantasma me señalaba: abandoné el apartamento con apenas una maleta y el neceser del baño.

La cité en un pequeño café de L'Odéon al que solíamos ir los domingos, y en cuya terraza nos gustaba comer pastas mientras mirábamos los árboles del Jardin du Luxembourg, vigorosos y fuertes, por encima de la verja de hierro. Creo que la sorprendió encontrar mi voz en el auricular del teléfono, pero no me dio ningún indicio de asombro ni de fastidio: con breves monosílabos, se declaró de acuerdo en el lugar y la hora de la entrevista. Quizá su tono transparentaba algo de desgana, como si comprendiese que era imposible dejar de cumplir aquella obligación aburrida que iba a interrumpir el transcurso normal de la tarde. Llegó con puntualidad, lasa y displicente igual que su voz, deslizándose como la grasa por la acera de la Rue de Vaugirard hasta detenerse en los veladores del café. Llevaba un abrigo gris con los botones desabrochados, una camisa fronteriza entre el azul y el verde que asomaba por la breve ranura. La manga derecha, vacía, flotaba indecorosamente en el aire. Pidió café con leche; yo, por inercia, lo mismo. Empecé por hablarle de mí, del Centro de Estudios, de Nérée, de mi Tesis de Estado. Me sorprendía la fluidez con la que era capaz de concatenar las palabras, sin dejar espacios vacíos, sin permitir apenas un hiato para que un sentimiento más díscolo de la cuenta me pegara un bocado en el corazón o Hélène pudiera soltar un adjetivo a destiempo. Le tenía miedo. Un miedo gaseoso y sin concretar, pero no miedo de ella, miedo de lo que ella simbolizaba, miedo y repugnancia de la manga hueca del abrigo, aplastada sobre la mesa de aluminio en actitud acusatoria. Ella escuchó todo mi relato con una benévola sonrisa en los labios, una sonrisa de absolución. La había alegrado que la llamase. Sabía que yo tenía alquilado un pequeño apartamento a un par de manzanas, en Saint-Sulpice, y siempre se había dicho que si no nos encontrábamos en el barrio era porque yo esquivaba metódicamente la zona de Ciseaux,

donde ella aún seguía viviendo. Claro que no, mentí, qué tontería. Aceptó el cigarrillo que le tendí; fumaba con la mano izquierda, con la bocamanga del abrigo apuntándome sobre el velador, como si guardase una pistola dentro.

—¿Habrías preferido que me hubiera puesto la prótesis? —dijo, de repente.

—¿Qué?

—Tengo una hermosa prótesis de fibra de vidrio —aseguró—, pero solo la uso para los encuentros serios, para las personas que no conozco, los extraños son gente aprensiva. Pero contigo hay confianza.

Los sólidos ojos de cuentas negras pestañeaban cuando les alcanzaba el humo del cigarrillo. Se me antojó que era más dura, que su mutilación había tenido el efecto paradójico de un blindaje, y que algo había muerto en aquella manca áspera de la suave clavecinista que desprecié. Ahora trabajaba en una editorial de libros de música, corrigiendo partituras, tachando galeradas. De cuando en cuando se acercaba a algún teatro y asistía a algún recital de clave, y observaba al intérprete con ojo clínico, aprobando o desaprobando su modo de arrancar melodías al teclado: solían pecar de desapasionamiento, de falta de técnica, de genialidad impostada. Nunca había sufrido en ninguna de aquellas audiciones, nunca había llegado a volvérsele incómoda la nostalgia de su carrera truncada, y ahora observaba los clavicordios como un hijo las fotografías del padre muerto, con curiosidad, ternura, alivio y desapego. Claudio Capri seguía siendo su padrino, por supuesto, y aunque la relación atravesaba momentos de mayor y menor efusividad, seguían viéndose con frecuencia. Una vez al mes él solía telefonearla, y quedaban para merendar en un chalé de Saint-Germain-en-Laye, del que ella misma tenía llave. Aquella llave la había salvado más de una vez, había conseguido para ella el grado providencial de un amuleto. A veces, después del accidente, cuando todavía era incapaz de soportar el pesado vacío que sustituía su muñeca y el pesado vacío que sostenía su corazón, había tomado un tren de noche, había paseado por un sendero de grava rodeado de álamos y había atravesado la verja de aquel espacio que parecía aliviar el dolor de sus llagas con solo trasponerlo.

—¿Hace mucho tiempo que no lo ves? —inquirí.

—¿A Capri? —la bocamanga del abrigo se agitó como si estuviera despidiéndose—. Tres semanas, justamente. Hablé con él hace dos jueves, pero desde entonces no sé nada.

Puse la cinta que me había entregado Nérée sobre la mesa, junto a las tazas vacías y el paquete de tabaco. Era una tarde amarilla, el sol deslumbraba al rebotar en los metales y teníamos que entornar los ojos para fijar la vista en el círculo del velador.

—Nadie sabe nada de Capri desde hace dos semanas —le dije—. Tenía compromisos en Londres y Noruega y no los ha cumplido. Su representante está desesperado.

—¿Calac? Es un histérico.

—Quiero que escuches esta cinta —empujé la casete sobre la mesa—. Escúchala en casa, me llamas y me dices qué te ha parecido.

Yo la había arrastrado hasta aquel café engatusándola con la excusa de que se trataba de una mera reunión de viejos amigos, de un encuentro que podía servirnos para reponer la primera piedra de un edificio que los acontecimientos se habían encargado de demoler en el pasado. La manga vacía palpó la casete, como si estuviera estudiándola; la mano izquierda la sopesó al tiempo que sus ojos me dedicaban una mirada que penetró como una aguja en mi cráneo. Yo debería haber invocado otra excusa, matizar algo, tratar de suavizar la viscosa violencia de la situación, pero no fui capaz: quedó patente que lo único que esperaba de ella era aquel favor miserable, que oyese aquella cinta y me ayudase a dar con Capri. Pero ella no estaba ofendida, porque era más fuerte y más torva que la muchachita titubeante que tocaba el clavicordio en mi memoria. Tomó otro cigarrillo del paquete, atrapó el encendedor, lo prendió sin prisa. Yo la temía, sí, temía la acusación velada que era su cuerpo entero, su brazo tronchado a la altura de la muñeca, y por eso sentí un irremediable alivio cuando nos despedimos y la vi desaparecer por la acera del Luxembourg, sin mirar atrás.

# Courante

# 3.

Otros hubieran desaprobado mi conducta: no se puede pedir alegremente ayuda a alguien después de destrozarle la vida y una mano, pero yo sabía que Hélène era el único camino que podía tomar para llegar hasta Capri. Ella se ofreció gustosa a ejercer de herramienta; en ningún momento dudó, nunca le asaltó la sospecha de que jugaba el papel de una tenaza o un destornillador en mis manos, que iba a ser sepultado en la caja luego de cumplida su misión. Quizá se aburría entre las partituras de su editorial, quizá me echaba de menos, no lo sé, pero me ofreció imparcialmente su ayuda, sin que mediasen condicionales de ninguna clase. La noche siguiente a nuestro encuentro me telefoneó para comunicarme que había escuchado la cinta; no sé qué adjetivos empleó para definirla, pero resultaron mucho más elocuentes los espantados paréntesis de silencio que mediaron entre unos y otros. Tampoco ella era capaz de concebir una interpretación como aquella, una interpretación en cierto sentido sobrenatural, inexplicable, y si había que reconocer que se debía a Capri, entonces él había alcanzado el techo de su genio.

—Pero no —añadió Hélène apresuradamente—, no es Capri quien toca el piano en la cinta. Es mejor.

No entendí quién quería decir que era mejor, si su viejo maestro o el fantasma que extraía aquellas notas de un miserable piano de pared, tampoco me permitió preguntárselo. Sí, era cierto, Capri había desaparecido. Le había telefoneado a su chalé de Saint-Germain, a Nueva York y a Viena, y en los tres números le había recibido la voz inquietante y mecánica del contestador. Por último se había dirigido a Calac, su representante. Calac bramó por el auricular durante diez minutos, se deshizo en suspiros y anatemas, hasta sosegarse al borde del llanto y volver su voz monocorde y muerta, como el goteo de un grifo mal cerrado. Diez mil dólares a la basura, contabilizó la voz vencida, y un descrédito que iba a

costarle tantísimo remontar. No tenía maldita idea de lo que podía estar haciendo aquel excéntrico payaso, aparte de arruinar su carrera y con ella al buen Calac, al fiel Calac que toda su vida le había seguido como un perrito faldero. Hélène insistía en que aquel hombre siempre le había parecido canino, con sus brazos sin muñecas, la grasa rodeando los muslos, la grosera cabezota de bulldog donde parpadeaban dos ojos demasiado despiertos.

—Nos queda —reconoció Hélène por fin— el chalé de Saint-Germain, quizá allá pueda haber alguna pista.

Antes de colgar, noté que su voz también había sido alcanzada, herida por la metralla de una remota explosión; Capri no era hombre de este tipo de desarreglos, y Hélène entendía que esta flagrante excepción podía ocultar motivos siniestros. Resultaba imposible concebir una persona más metódica, anodina, rutinaria, inservible para la aventura que Claudio Capri: solía relatar a sus íntimos que la mayor peripecia de su vida había consistido en una excursión en barco que había hecho por el Danubio, de Tulln a Viena, y en el transcurso de la cual pasó mucho miedo porque una súbita tormenta les impidió durante un cuarto de hora acercarse a la orilla para desembarcar. El espacio natural de Capri consistía en su música, sus partituras anotadas con una caligrafía escrupulosa y llena de ángulos, el tedio doméstico que alimentaba minuciosamente, repitiendo un día y otro las mismas ceremonias sin preocuparse de su esterilidad. Esta ausencia incomprensible, esta alarmante falta de noticias no se habían producido jamás, y aunque Hélène no quería perder los nervios adivinaba que detrás debían de existir razones de una preocupante contundencia.

Para llegar a Saint-Germain-en-Laye es necesario tomar un tren de cercanías que también conduce a Nanterre y que suele ir plagado de estudiantes y jóvenes más oscuros, individuos enfrascados en cazadoras de cuero que colocan los pies encima de los asientos contiguos y manejan un argot lleno de palabras cortadas. Hélène se presentó en la estación de Saint-Michel con el mismo abrigo, con la misma ausencia fantasmagórica en la manga derecha. Nos sentamos junto a la ventana, frente a un señor que recorría la primera página de *Le Monde* con dos desagradables ojos biliosos, y al que nos tuvimos que resignar a mirar porque hasta Nanterre el trayecto es subterráneo y tras las ventanas no figura más que una noche de

cemento y tuberías. El día era azul, despejado y alto; un sol benevolente nos recibió al dejar el tren y salir de la estación camino de la cafetería más cercana. Desde la mesa en que desayunamos se dominaba una coqueta placita de fachadas agrisadas, con varias señales de tráfico y una frutería regentada por un hombre grueso con bigotes de morcilla. Durante el desayuno Hélène repitió que aquella forma de desaparecer, dejando tan solo una estela de silencio tras de sí, no era propia en absoluto de Claudio Capri, el hombre que la había educado. Su mano izquierda forcejeaba impotente con el azucarillo sobre el círculo de la mesa, intentando rasgar la bolsita de papel. Yo la tomé, la abrí de un golpe, la vertí sobre la taza sintiendo instantáneamente que una vieja repugnancia me ensuciaba la piel. En aquel momento la mirada negra de Hélène me acusaba de la misma manera profunda y sin palabras que la vacía bocamanga varada en el filo del velador. Yo pagué el desayuno, quizá esperando exorcizar esa asquerosa impresión de culpabilidad.

El sol apenas penetraba en el bosque de Saint-Germain, y cuando entraba se escurría líquidamente entre las hojas de los árboles, haciendo parecer que las ramas estaban cargadas de un rocío pesado y amarillo. El chalé de Capri se hallaba en las afueras, en una urbanización junto al bosque a la que se llegaba a través de un largo sendero de grava, vigilado por los álamos; la impresión que tuve es que atravesábamos la nave central de una vasta catedral, frecuentada por ciclistas y hombres en chándal. A la entrada de la urbanización, un guardia jurado con las piernas demasiado cortas nos exigió nuestros nombres y apellidos y los de la persona a la que íbamos a visitar. Los anotaba en un estadillo con manchas de aceite que tenía arrumbado en una mesa, junto a las llaves de un coche y un rollo de papel adhesivo. Le deletreé mi apellido, porque los franceses no suelen desenvolverse demasiado bien con él, pero el hombre me detuvo con un gesto de una mano y una sonrisa que acentuaba su condición de enano, que lo hacía más reducido y amorfo. Me mostró una placa donde leí, indiferente, *Jacques Martínez*. Él sabía perfectamente cómo se escriben los nombres españoles, buenos días. La urbanización era una especie de enorme ajedrez con piscinas, setos y masas de ladrillo y pizarra ocupando los escaques. Algún perro rencoroso nos ladró cuando

bajábamos una calle y girábamos hacia otra indistinta a la primera: solo la intuición de Hélène era capaz de guiarse entre aquel laberinto contaminado de un intenso hedor a crisantemos. La entrada del chalé de Capri tenía un semicírculo de hierro encima del portalón del jardín, infestado de yedras y enigmáticas florecillas blancas. Antes de cruzar el espacio que nos separaba de la puerta del edificio, se personó el vecino, un sujeto de rebeca y pantalones blancos que sostenía una manguera. Conocía a Hélène y la saludó con una efusividad sazonada de sonrisas. Qué tal le iba, qué tal las partituras, por allí todo como siempre. También para aquel desconocido el signo más distintivo de Hélène, el rasgo en que se compendiaba su entera persona de ojos negros, cabellos lacios y rostro bien ordenado era el ostentoso vacío que exhibía en su brazo derecho, que ella agitaba como una bandera conforme hablaba con una triste impudicia. Seguramente que al conversar con terceros, aquel tipo usaría para referirse a Hélène el epíteto cariñoso y repulsivo de *la petite manchote* o algún otro eufemismo más elusivo pero no menos tajante. No, hacía tiempo que no veía al señor Capri, pero claro, era un hombre tan ocupado, los artistas son gente tan ocupada, verdad. La última vez había sido hacía dos semanas, quizá, pero no podía estar seguro. Se despidió de Hélène con un beso en la mejilla, aferrado todavía a la absurda manguera que sostenía como a una serpiente, del cuello. Sobre el jardín habían sido abandonadas, con calculado descuido, una serie de estatuas hermosas y mutiladas como la propia Hélène: dioses y ninfas cubiertos de pátina que saludaban al espectador desde la nostalgia de un esplendor perdido en fuentes o museos. Por unos instantes, y mientras yo me entretenía en estudiar los rostros ciegos de las estatuas, Hélène revolvía en el bolso con su mano izquierda, despertando un rumor de cubiertos acumulados en un cajón. Cuando por fin dio con la llave correcta, una llavecita inocua y cómicamente minúscula, entramos en la casa.

El resplandor del sol se volvía verde al introducirse en el amplio salón rectangular, protegido por una seca moqueta. El cielo se entreveía de modo defectuoso en el cristal de la terraza, detrás de la nutrida muchedumbre de ficus, helechos, costillas de Adán y otras plantas de hojas como cuchillos que filtraban la luz del día tiñéndola de clorofila. Pronto quedó patente que Capri había huido

del chalé apresuradamente, sin tiempo para detenerse a restablecer el orden estricto en la decoración que era uno de los atributos más remarcables de su hogar. Ante aquella nueva excepción, Hélène movió la cabeza, no sé si con sorpresa o desagrado; se quitó el gorro de lana de la cabeza y lo fue estrujando en la mano mientras observaba el salón, como si se tratase de una esponja. Costaba mucho creer que Claudio Capri hubiera dejado tras de sí su casa convertida en aquel establo, él para quien el desorden revestía la bajeza indignante de un insulto. Sobre la mesita de cristal más cercana a la entrada, no solo reposaban las habituales estatuillas mayas y japonesas resignadas a una capa injusta de polvo, sino también dos cajas con trozos de *pizza* abandonados que se repartían el moho y las moscas. Debajo de la mesa, alrededor del sofá, había hojas de papel con migas y manchas de aceite. Una estela de latas de naranjada conducía hasta la cocina americana, en cuyo mostrador se pudrían más restos de comida precocinada, espaguetis inverosímiles, una costra parda que impregnaba los muchos platos apilados en el fregadero. Hélène no decía nada, y resultaba imposible aventurar si se hallaba fastidiada o atónita; contemplaba todo aquel desastre apretando las mandíbulas, frunciendo el entrecejo hasta que la frente se le convertía en una cosa arrugada e informe. En el pequeño escritorio del fondo, junto a la entrada, una cascada de apuntes, notas, folios dispersos, cobraba a la luz verdosa que entraba por la terraza el aspecto submarino de una plantación de algas. Capri parecía haber estado estudiando algo hasta el momento en que se produjo su huida repentina, porque los papeles se hallaban cubiertos de anotaciones furiosas, con abreviaturas y diagramas que no logré desentrañar. Encontré algunas hojas sueltas del *Arte de la Fuga*, con subrayados y tachaduras en lápiz rojo. Ni siquiera se había preocupado de desconectar el pequeño equipo de música que se hallaba junto al escritorio; dentro, en silencio, estaba el disco con la versión del propio Capri de la *Obertura Francesa*, el *Concierto Italiano* y las Partitas 3 y 6. La *Obertura Francesa* era también la partitura que había quedado abandonada en el atril del clavicémbalo, traspapelada y deshecha, como atacada por un huracán. Que el dueño de la casa se había marchado con prisa, pensando que su ausencia no iba a ser duradera, lo revelaba el hecho de que la tapadera del clave permaneciese abierta, dejando

camino al polvo para que almidonara las cuerdas. Hélène paseó su dedo índice por las notas más altas, extrayendo del olvido una suave melodía que me arrojó al pasado con la violencia de una patada: recordé una noche lluviosa, un teatro vacío, un rondó a cuatro manos interrumpido por un hombre que daba gritos.

Parecía obvio que la *Obertura Francesa* se hallaba en el centro de aquella misteriosa estampida de Capri, de aquel abandono de su casa convertida en un triste basurero, por eso volví a introducir el disco en el equipo de música y pulsé el botón de reproducción. Hélène se quedó observando el aire, quizá vislumbrando imágenes o sonidos que se ocultaban en su interior. Escudriñaba el clave, decorado con una hermosa franja de esmalte alrededor de la caja, acariciaba con la punta de los dedos las viejas teclas de marfil y ébano; aquel instrumento, una de las devociones de Capri, era un auténtico Johann Adolf Hass de 1761 que él jamás habría cometido la descortesía de dejar abierto. Las primeras notas de la *Obertura*, solemnes y espaciadas, comenzaron a llenar el aire verde del salón, y tanto Hélène como yo las recibimos con un involuntario escepticismo; a la luz de la interpretación sobre un patético piano vertical que habíamos oído en la cinta de Nérée, la de Capri resultaba falsa sin remedio, ortopédica, hipócrita como una confesión de amor escrita en un libreto. En la mesa más lejana, también de cristal, reposaba otra montaña abatida de papeles; con cuidado, Hélène cerró el clave, dejó su gorro de lana sobre la tapadera y se arrastró hasta ella. Yo seguía atendiendo a la veloz pirotecnia de Capri en el disco, a aquello que ahora me parecía el tramposo juego de prestidigitación que se hace para distraer la atención de un niño crédulo. Sobre las paredes, de un desnudo tono sepia, flotaban los rostros de ceniza de la familia Bach, Johann Sebastian, Carl Philip Emmanuel, Johann Christian, el rictus avinagrado de Händel con la peluca perfectamente calzada en la sien, el rostro triangular y quijotesco de Monteverdi. En otras fotografías colocadas encima de un aparador con botellas de licor, Capri, con su perenne aspecto de licántropo, recibía diplomas con un birrete en la cabeza o saludaba a políticos que solían figurar en los periódicos pero que a mi memoria le costaba trabajo emplazar. En una esquina, tras un retrato de una mujer gruesa y pardusca que debía de llevar mucho tiempo olvidada, el rostro blanquecino,

impoluto, sin fisuras de Hélène sonreía desde un lacónico marco de metal y madera. Las trenzas le nacían como dos surtidores a ambos lados del cráneo, la mirada de cristal negro era aquella mirada antigua de indefensión y energía, que relucía en los ojos de la muchachita que oí tocar en un teatro que ya no existía. Sentí odio hacia la persona miserable que había asesinado a aquella criatura, que la había ahogado en el arroyo de las negativas y de las despedidas, las cosas más importantes, los aplazamientos. Miré a Hélène, que estudiaba apreciativa los papeles que ensuciaban la mesa del fondo, y entendí que la persona de la fotografía estaba muerta, disuelta como el terrón de azúcar blanco y sin manchar que desaparece en el océano negro del café.

—Ven a ver esto —me dijo ella de repente, sacudiéndome el polvo de la memoria—. Creo que hemos encontrado algo.

En un rincón de la mesa se descomponían media docena de bizcochitos con una capa de chocolate, y un vaso que había contenido leche mostraba huellas de sarro. Los papeles que Hélène revolvía con su única mano, mezclando muy diligentemente los de arriba con los de abajo y volviéndolos a cambiar, eran cartas mecanografiadas en las que Capri rogaba a alguien, ilustrísimos directores de bibliotecas o excelentísimos secretarios de archivos, que le remitieran copias detalladas de ciertas partituras que no se nombraban. Luego había sobres, muchos sobres, algunos sin abrir, con el nombre de Claudio Capri en letras de molde bajo el logotipo de un gancho de grúa: ACEROS TUMGSTEN. Los Aceros Tumgsten, con sede en Berlín, mantenían una intensa e inexplicable correspondencia con Capri; en ocasiones el sello de la oficina de correos revelaba que las cartas se habían sucedido con apenas cuatro días de diferencia. Hélène abrió las que estaban cerradas y estudió otras que vagaban sin sobre entre el basurero que ocupaba la mesa: invitaban a congresos de accionistas, informaban del orden del día de rutinarios encuentros comerciales, calculaban el monto de las ganancias del último año fiscal y deducían de él las inversiones en obra social. Hélène y yo nos miramos sin entender nada; ella se guardó en el bolsillo del abrigo uno de los sobres como quien oculta el pañuelo que ha servido para restañar un resfriado, con vergüenza, con prisa. Además de las de Aceros Tumgsten, Capri recibía con cierta frecuencia otras cartas más pequeñas y elegantes,

en papel de barba color arena, con un monograma en que figuraba una cruz griega montada sobre la silueta de un abeto: Sanatorio Alban, Schmergelgasse s/n, Messkirch, Deutschland. Se informaba al señor Capri de que O. proseguía en su estado de mejoría y pronto sería dado de alta, si todo continuaba como hasta el momento. En otra, quizá anterior, O. permanecía estacionario y de momento resultaba imposible realizar pronósticos de ningún tipo sobre su recuperación. Hélène hizo un severo esfuerzo por registrar hasta los últimos rincones de su memoria, pero no dio con ningún conocido de Capri que pudiera corresponder a la sigla O. Ella se preguntó con tanta extrañeza como yo qué haría nuestro clavecinista interesándose por la salud de un desconocido internado en un remoto sanatorio rural del sur de Alemania. Dejamos de revisar las cartas, aburridos, al cabo de un rato: nuestras manos se internaban en la pila de papeles y desaparecían debajo, como succionadas por arena movediza. Algo más allá, al otro extremo de la mesa, nos aguardaba una carpeta azul; recortes, apuntes y trozos de folios sobresalían por los bordes que las gomillas no lograban cerrar. Se trataba de una especie de archivo en el que Capri solía introducir todo lo relativo a Bach que le era de utilidad en sus investigaciones. El apropiacionismo, corriente interpretativa inaugurada por él, precisaba de este apabullante acopio de datos para hacerse una idea precisa del autor y la obra a ejecutar: cuanto más detallado, perfecto, miniaturista fuera el conocimiento de la música, de las causas que la motivaban y los resortes que hacían posible su existencia, tanto más capacitado se hallaría el intérprete para comprenderla y reproducirla en el instrumento correspondiente. Para un músico de valía, la partitura debía ser estudiada de dentro afuera, de lo más profundo de la almendra a la cáscara que la recubría; aquel, solía decir Capri, que se limita a pulsar en el teclado lo que el pentagrama le ordena, sin indagar en lo que oculta bajo su superficie, ofrece siempre una versión falsa.

Los recortes que contenía la carpeta se remontaban a muchos años atrás: algunos eran frágiles y amarillentos lazos de papel, que se deshacían al separarlos del resto. Leí una serie de críticas sobre festivales conmemorativos de Bach, el último el del año 85, programas de cursos y resúmenes de congresos. A mi lado, Hélène tomaba una de aquellas serpentinas de papel rancio, se la colocaba

frente a la cara, la recorría con los ojos de arriba abajo como contando el número de líneas impresas. En aquel maremágnum abundaban también las bibliografías y las reseñas de libros especializados. De cuando en cuando, aparecían artículos sobre el propio Capri, generalmente alabando uno de sus últimos discos, las Partitas o los *Clavierübung*. Conservaba también una entrevista a Gustav Leonhardt, su maestro, de diez años atrás; no era extensa, de apenas un par de páginas, y en la primera aparecía la fotografía de un anciano arrugado como la estraza, con un brillo de acritud e inteligencia en los ojos. Habían sido subrayadas algunas de las respuestas: *Estudiando la época y las partituras musicales, se puede enriquecer algo su comprensión, pero no es suficiente. Bach es un milagro*. Me sentía como un arqueólogo submarino, exhumando restos de un galeón hundido, tratando de averiguar la catástrofe que lo había precipitado al fondo del océano. Resultaba imposible de definir, pero creo que Hélène, igual que yo, fue capaz de entender que había una especie de motivo común, oculto, inasible a primera vista, que unificaba todo aquel material sepultado en la achacosa carpeta; por usar un símil musical, un tema único que se repetía a lo largo de una serie infinita de variaciones, irreconocible a veces pero conservando su estricta identidad. Por eso nuestra sorpresa solo ocupó una pequeña fracción de todo lo que debería haber ocupado cuando nuestras manos comenzaron a levantar otras noticias, recortes de periódicos no menos revenidos que los otros pero quizá sí más incongruentes.

El primero era un fragmento de papel antiquísimo, que se descomponía entre los dedos como el esqueleto de un pájaro. Anunciaba un disparate: aprovechando la noche, alguien había saqueado la tumba de Johann Sebastian Bach en Leipzig llevándose un hueso de la pierna, el fémur. El periódico era alemán, pero la fecha no había sido conservada: en una esquina, absurdo, se borraba un anuncio de loción de afeitar. Con loable intención informativa, el reportero daba a continuación una escabrosa crónica de las peripecias de ultratumba de Bach. Cincuenta años después de su muerte, nadie sabía a ciencia cierta cuál era el lugar exacto donde se había enterrado a aquel maestro de enorme valía, Cantor de Santo Tomás, porque el cementerio de la iglesia de San Juan, donde el cuerpo se hallaba, fue remozado y trasladado a otra parte

por motivos de conveniencia urbanística. Hubo que esperar a 1894 para que, aprovechando la reconstrucción de esta iglesia, se sondearan los cimientos y se acometiese una búsqueda pormenorizada de los restos del artista; así se halló un ataúd de roble que, según todas las estimaciones, se correspondía con el de Bach, parecer que confirmaron los diversos estudios anatómicos sobre el esqueleto y la calavera. La iglesia de San Juan fue destruida en 1943 en un bombardeo, pero la cripta resistió milagrosamente: allí se guardaron los restos hasta el año de 1950, en que fueron enterrados por último en la iglesia de Santo Tomás. Otro recorte que Hélène me puso en la mano reveló cuál había sido el futuro del desdichado fémur; la fecha sí se conservaba, en lo alto de la página: 22 de enero de 1951. Al parecer, una llamada anónima y diversas pistas habían conducido a la policía hacia una nave industrial de la periferia de Leipzig, donde se adiestraban ilegalmente perros para la pelea: los peritos tuvieron que estudiar con paciencia kilos y kilos de huesos hasta dar con el que coincidía con los datos del de Bach. De camino, se esclarecieron las desapariciones de un anciano y dos vagabundos que alguien había denunciado un par de años atrás. Era difícil determinar la clase de importancia que noticias como aquella revestían para efectuar una interpretación de calidad, según Capri. Más parecía que él se había ido encargando de acumular una serie de chismorreos, anécdotas, noticias de agencia sin relevancia que solo tangencialmente debían de hallarse vinculadas a su trabajo, como aquella otra que también encontramos y que daba cuenta de la subasta en Berlín de una antigua casaca de 1708, *como las que debieron de usar Bach y Händel*. Pero esa ligazón secreta, esa conexión subterránea que tanto Hélène como yo habíamos entrevisto, subsistía: un último recorte, con foto incluida, anunciaba la compra por parte de la empresa Tumgsten de una considerable extensión de terreno en la Selva Negra. La fotografía, borrosa, cubierta de niebla negra, mostraba una confusión de árboles y arroyos. La pudiente empresa metalúrgica Aceros Tumgsten adquiría un número desorbitado de hectáreas en Baden-Wurtenberg, cerca del pequeño pueblo de Messkirch, donde también tenía proyectado abrir una factoría. Messkirch, nos bastó comprobar con solo revisar una de las cartas que atosigaban la mesa, era la misma localidad donde se hallaba emplazado el Sanatorio Alban, donde se

hallaba internado el misterioso dueño de aquella inicial por el que Capri se había interesado con tanta vehemencia. Al parecer, el cabo del que había que tirar para atraer la bobina era aquel, el inocuo pueblecito que podía conducirnos a estadios mayores y más difíciles del enigma. La ciudad con aeropuerto más cercana era Ulm; saqué dos billetes de ida y vuelta aquella misma tarde: mi ponencia en Salzburgo tendría lugar dentro de pocos días, y en medio me quedaba un espeso ovillo por devanar.

# 4.

Messkirch es una pequeña ciudad de diapositiva confinada en la orilla derecha del Danubio, tras una barrera de bosques y arroyos. Aparte del paisaje, su mayor baza turística consiste en haber sido la localidad natal de Heidegger, según se encarga de recordarnos una cumplida plaquita en el número tres de la Kirchplatz, frente a la iglesia de San Martín, y el lugar donde se retiró en su vejez a elucubrar sobre esos alambicados enigmas que tanto le acongojaron: la pequeña cabaña de madera en que trabajaba todavía se visita, fuera de la ciudad, en medio del tupido bosque que parece una ilustración de la propia obra del filósofo, denso, impenetrable, multiplicado en garabatos, ramajes, filigranas inútiles. En *El Danubio*, el germanista italiano Claudio Magris afirma que Messkirch participa también del hechizo endémico de todas las poblaciones suevas: la lentitud, el correr defectuoso del tiempo, la tendencia a la cristalización, como si esta zona de Alemania desease convertirse en la postal estática que muestra a los turistas. Todo allí da la impresión de producirse a retardo, en sus propias coordenadas de duración, un lapso elástico y tenue que nada tiene que ver con la velocidad del resto del universo; uno se acuerda del museo de los relojes de Furtwangen, a apenas unos kilómetros, y se pregunta si aquellas máquinas atrasadas de aspecto inocuo no serán las responsables de esta anomalía, de este estuario de tiempo que hace que los días pesen menos y la luz sea más transparente.

El tren conduce desde Ulm hasta Messkirch siguiendo el trazado del Danubio y atravesándolo en ocasiones, allí donde el río no exhibe todavía ese cauce aristocrático con el que divide Viena o Budapest. La vía bordea el extremo sur de la Selva Negra, y desde los cristales no resulta difícil comprender de dónde procede una nomenclatura tan literaria: una nube gris y verde se extiende sobre la tierra, punteada a ratos por la dentadura de montes remotos o el

campanario de un pueblecito extraviado entre los vegetales. En Messkirch hay un lujoso parador, en cuyo vestíbulo se exhiben los típicos relojes de cuco y los bastones de montaña, pero Hélène y yo optamos por alojarnos en otro establecimiento. En la oficina de turismo, una lánguida muchacha rubia con los labios azules nos señaló en un plano cuáles eran los enclaves más pintorescos, aquellos en que podíamos sacar mejor partido a nuestras cámaras fotográficas, y nos dio un tedioso listado de albergues y posadas donde probar las especialidades de la cocina autóctona. Estrechó las cejas y se inclinó educadamente cuando le inquirimos por el Sanatorio Alban; se retiraba la lacia cortina de pelo rubio de la oreja como si las palabras quedaran prendidas en ella antes de alcanzar el oído. Señaló otro punto en el mapa plegable: una bifurcación de la carretera noreste que conducía a Sigmaringen, en un marco bastante hermoso, a decir verdad. Allí todo era hermoso, sentenció la muchacha con una horrible sonrisa de cadáver, mirando de soslayo el póster que desde la pared, montañas y valles mediante, cantaba las maravillas de Baden-Wurtenberg. El sanatorio ocupaba un calvero en forma de media luna justo en el nacimiento del bosque; a un par de kilómetros, nos informó la muchacha, teníamos un modesto hotel de excursionistas. Los labios azules pronunciaron el nombre como intentando impedir que su sonido se quedara impregnado entre las comisuras, como escupiendo una medicina asquerosa que se negaba a tragar. Le pedimos que lo apuntara en una tarjeta.

El edificio de Der Holzweg, nombre heideggeriano donde los haya, dominaba desde una loma un decorativo panorama de pinos y coníferas que se iba deshaciendo gaseosamente en el horizonte, allá donde debía de interrumpirlo el cauce perpendicular del Danubio. Trozos de ciervos y jabalíes flotaban sobre las paredes, prestando al escenario de muros de adoquín y techos de madera el aire alpino conveniente al negocio. En el vestíbulo, dentro de una especie de cabina telefónica con mostrador, un viejo estornudaba desde lo alto de un taburete. Hacía frío en la sala, y el remolino de alguna cortina revelaba que las ventanas no estaban bien cerradas. Nos acercamos al mostrador; el viejo se desbarajustaba la cara con ayuda de un pañuelo, refregándose la nariz como buscando borrarla. Debía de aburrirse allí dentro, en aquel rincón remoto de

la montaña y el invierno, y me pareció que recibiría con entusiasmo la llegada de aquellos resfriados esporádicos que ponían paréntesis a su rutina de cumbres nevadas y animales disecados. El casillero, sobre la pared del fondo, demostraba que el hostal apenas estaba ocupado: solo los llaveros de las habitaciones quince y dieciocho se hallaban ausentes de sus correspondientes taquillas. Cuando por fin se recompuso la cara, el viejo nos miró con curiosidad. Los ojos, dos cosas improbables debajo de las antiparras, se fijaron en la manga vacía de Hélène mientras la ofensiva nariz se sorbía los miasmas. Qué alegría tenernos allí, dijo glacialmente con voz nasal, los huéspedes no eran nada comunes en esta temporada del año, nada comunes. El frío los espantaba. Para redondear la última frase, disparó un sonoro estornudo que nos permitió entrever los dos dientes estratégicos que habitaban sus encías. Continuó hablando al tiempo que se retorcía de nuevo la nariz como un montón de plastilina. En verano aquello era otra cosa. A partir de mayo, para ser exactos. Unos buenos paseos por la montaña respirando a pleno pulmón, eso no lo había en las ciudades. Cuando le hicimos notar con la debida sutileza que teníamos prisa por soltar los equipajes, sacó un enorme dietario de debajo de una pila de folletos y pasó las páginas una a una, humedeciéndose los dedos en la lengua. Cada tres páginas, volvía a sorberse la nariz, y el sonido era parecido al de una cerilla rascada que no termina de prender. El reloj de cuco de la pared dio las once, o las doce: su indicación resultaba fuera de lugar dentro de la casetilla del viejo, que comprobaba las últimas entradas con la infinita parsimonia de quien dispone de todo un largo invierno desocupado por delante. Nos pidió los nombres, documentos de identificación. Preguntó si deseábamos una cama de matrimonio o preferíamos dos separadas. Por toda respuesta, los ojos castaños de Hélène se perdieron en las alturas, quizá para comprobar la solidez de las vigas del techo, alguna decorada con filigranas. Separadas, dije yo, y el viejo me dirigió una rápida mirada reprobatoria, como si hubiera roto uno de los pastorcillos de porcelana que acumulaban polvo en la repisa de la entrada. Tenía dos manos desproporcionadas, largas, que parecían dos animales desconfiados y vengativos, teñidos de pelaje colorado. Las manos dieron la vuelta al dietario y nos indicaron un lugar para firmar. Entonces Hélène me señaló la primera línea de la página de la

izquierda: allí se hallaban el nombre y la firma de Capri, complicada y grácil como la música que él amaba, con la fecha de llegada y de salida, apenas dos semanas atrás.

Messkirch era un lugar apacible, opinaba el señor Schulz, y las visitas merecían la pena en cualquier época del año. Quiso saber si éramos franceses, y decidió libremente no oír que yo era español. Francia era un país muy hermoso, sí señor, había muchas cosas que ver. Un nuevo estornudo partió en pedazos su panegírico, Hélène y yo nos miramos pensando que se nos ofrecía el momento idóneo para la retirada. Luego comprobaríamos que el señor Schulz no era mal hombre, como ningún hombre es malo si se le conceden el tiempo y la indulgencia precisos; llevaba tanto aislado en aquella jaula de granito, rodeado de un inverosímil paisaje de postal, que por fuerza necesitaba convencerse de que no vivía en el interior de un almanaque, y para ello hablaba sin cesar, sin necesidad, sin ganas, tal vez intentando deshacer la soledad acumulada a fuerza de enhebrar palabras. Después de dejar las bolsas de viaje en la habitación y comprobar que los calefactores funcionaban correctamente, nos atrapó de nuevo en el vestíbulo y estuvo dándonos una prolija relación de sugerencias turísticas. La cabaña de Heidegger era muy hermosa, ¿sabíamos quién era Heidegger? Un gran hombre, Heidegger, una de las más grandes almas de Messkirch (estornudo). La Selva Negra contaba con panorámicas inigualables, imposible que en Francia tuviéramos nada igual. En aquel momento una mujer gorda, de cabeza maciza, vestida con un uniforme azul y armada con una fregona, preguntó bruscamente desde la escalera si estaba arreglado el pestillo de la azotea. Malhumorado, el señor Schulz la despidió con un gesto de la mano: cómo podía atreverse aquella empleada a interrumpir su ponencia sobre las maravillas de la región. Antes de que optásemos por dos monosílabos y salir corriendo hacia la carretera que nacía al pie de la loma, nos mostró media docena de folletos donde figuraban jóvenes rubias transportando pantagruélicas jarras de cerveza. El castillo de Sigmaringen, a muy pocos kilómetros, era precioso, y las fuentes del Danubio, en Brigach, quedaban también muy poco al oeste. Al salir del edificio sentí que me había liberado por fin de un chicle que parasitaba la suela de mi zapato.

Bajo la loma, el amarillo sendero de grava se bifurcaba en dos

direcciones: a la izquierda, regresaba a la carretera principal, a Messkirch o Sigmaringen; a la derecha, se internaba en un denso telón de vegetación sobre el que asomaba el pico ocasional, borroso, de algún monte. Anduvimos. A pesar del sol encendido sobre las copas de los árboles, el aire dolía al penetrar en los pulmones y dejaba el pecho convertido en una urna de cristal. Había una especie de pureza atávica en el paisaje, la de la tierra, la de lo no profanado por la mediocridad de la civilización. Nos cruzamos con un hombre con bombachos y sombrero tirolés, que nos gritó los buenos días. Se oían voces de pájaros, pero nunca he sido capaz de distinguir un gorrión de una gaviota. Hélène caminaba a mi lado en silencio, como si el crujir de nuestros zapatos sobre la grava compensara la ausencia de palabras y resultase más estimulante que cualquier conversación. Sus curiosos ojos de almendra observaban con fijeza las piedras, las nubes en forma de cordillera, la impenetrable empalizada de árboles que quedaba frente a nosotros, con una fascinación de niña recién salida del internado, y yo sentí por un instante que recuperaba a la frágil muchacha con trenzas que me hipnotizó frente a un clavicémbalo, tantos años y dolores de cabeza antes de aquella mañana. A algunos pasos, el sendero descendía levemente y entraba en un terraplén; cruzamos un tramo de bosque, el sol desapareció bajo la techumbre de las copas, el aire se volvió más oscuro y frío. Pronto una verja nos detuvo el paso: una barrera de tajantes lanzas oxidadas guardaba un calvero en medio del cual se elevaba el sanatorio. Nos aproximamos a la verja, pero la repugnancia nos impidió acercar las manos a los barrotes, por no contaminarlas de la escoria castaña que los recubría. El edificio languidecía en medio de un jardín desierto, sobre el que a intervalos asomaban dos o tres macizos de flores mal cuidadas; un camino atravesaba el jardín dividiéndolo en dos mitades, deteniéndose en la escalinata de entrada. Se trataba de algún antiguo hospital de campaña, de arquitectura levemente remozada, al que habían corregido las ventanas y los accesos para intentar desmentir su perentoria caducidad; debía de datar de la Segunda Guerra Mundial, tal vez de antes. Una estricta ringla de ventanales rectangulares rodeaba cada una de las tres plantas por las dos alas, y permitía entrever atisbos de interiores blancos, globos de lámparas. Recuerdo que en cierto momento un haz de sol se

escabulló entre las ramas del bosque y cayó a quemarropa sobre el calvero, obligándonos a Hélène y a mí a entornar los párpados: habían recubierto tan completamente la construcción con una capa de pintura blanca que el más indiferente rayo de luz la transformaba en una especie de diamante de sal, gigantesco y abrasador. Pronto nos dimos cuenta de que había algo en aquel escenario, en aquel paréntesis en mitad del bosque y el enorme terrón blanco olvidado dentro, que no funcionaba como era debido. Parecía como si esa tranquilidad patológica, ese transcurrir defectuoso del tiempo que se acusaba en el pueblo imperase también en el interior de la verja podrida. La cancela estaba cerrada con cadena y dos candados, y sobre una de las lanzas se resquebrajaba un viejo cartel con el nombre de la institución y los horarios de visitas: el moho había borrado los números. Costaba creer que el sanatorio siguiese aún usándose, al menos para internar enfermos; flotaba sobre el edificio la pesada calma, entreverada de severidad y melancolía, que pende sobre las viejas ruinas. Recorrimos el perímetro de la empalizada, sin dejar de vigilar el desidioso jardín y las ventanas: de cuando en cuando una sombra transitoria, quizá con bata, atravesaba alguno de los rectángulos de cristal y desaparecía, como una imagen en un charco. Unos cien metros a la derecha, donde las lanzas de la verja luchaban contra la invasión de las hierbas, alguien había practicado una abertura clandestina, torciendo dos barrotes. Mi mano tocó la superficie rugosa del óxido cuando me incliné para comprobar si el cuerpo de un adulto era capaz de atravesarla. Entonces entendí que, sin duda, el sanatorio estaba habitado: no sabía qué clase de enfermos contendría aquel establecimiento de pabellones sellados, pero desde mi posición, lo mismo que Hélène, veía ahora a dos individuos con batas blancas transportar pequeñas cajas desde un cuatro por cuatro hasta una puerta trasera. No era aquel el momento idóneo para entrar; volveríamos más tarde.

El señor Schulz nos aguardaba en el vestíbulo, supervisando que la limpiadora de cabeza maciza desempolvase debidamente los bustos de los ciervos. La mujer hacía equilibrismo en lo alto de una escalera de mano, mientras golpeaba la cornamenta de los animales con el cepillo de una desesperada escoba. Fuera de su cabina, el viejo parecía todavía más esmirriado y endeble: su cráneo era un

balón rojizo con volutas de pelo sobre la bufanda mal colocada. Nos recibió frotándose las manos, enseñando los dos dientes con ayuda de la tos y los estornudos, encorvando su cuerpecillo de títere en una sesión de innecesarias reverencias. Nuestro paseo había resultado demasiado breve, le parecía a él, quizá nos hallábamos cansados. Hay muchas cosas que ver, nos aseguraba, pero cada una necesita su debido tiempo. Cesó de hablar por un instante para dejar paso a un estornudo que no llegó a cuajar, así que aprovechó la interrupción para gritar a la limpiadora que las barbas del ciervo más próximo aún lucían un vergonzoso forro de pelusas. El señor Schulz quería invitarnos a un café, y nosotros, que habíamos quedado algo desorientados después de nuestra visita frustrada al sanatorio, aceptamos el ofrecimiento. Nos condujo hasta un gran salón situado tras el vestíbulo, donde un ejército de mesas y sillas tapadas con sábanas contemplaban el inmenso panorama de bosques que mostraba la cristalera. Él mismo encendió la máquina de café de un bar vacío, y nos colocó con presteza dos tazas encima del mostrador. En temporada baja no merecía la pena tener el comedor abierto, lo ganado se iba tan solo en pagar a los empleados. Así de puerco, sentenció, es el negocio de la hostelería: el asentimiento subsiguiente se confundió con los envites que la tos le propinaba en la espalda. El turismo en aquella zona era hermoso, prosiguió mientras vigilaba que el café descendiese de manera correcta. Había muchas cosas que ver, si es que se iba allá a hacer turismo, claro. Entonces los ojillos de molusco del señor Schulz nos miraron con un gesto de interrogación, al tiempo que sobre su boca se dibujaba algo parecido a la ironía. También iban a Messkirch viajeros que no pretendían gozar de los panoramas naturales.

—¿A qué han venido ustedes? —dijo, estudiando alternativamente los ojos de Hélène y los míos.

—Venimos a visitar a un enfermo en el Sanatorio Alban —respondí yo.

La boca del viejo emitió una especie de risita de fogueo.

—Ustedes no vienen a visitar a ningún enfermo —replicó con brutalidad—. Ustedes vienen al Sanatorio Alban, eso es todo.

Vertió el café en las tazas con un pulso que, contra todo pronóstico, no titubeó ni un instante.

—¿Está vacío? —pregunté yo.

El señor Schulz se ladeó sin misericordia la nariz de plastilina.

—¿El sanatorio? —dijo—. No, no está vacío, pero nadie sabe a ciencia cierta si alguien sigue tratándose allí.

—Es antiguo —intervino Hélène.

—El edificio es de un viejo hospital construido en la posguerra. Hace treinta o cuarenta años lo adquirieron sus dueños actuales y lo convirtieron en el Sanatorio Alban, clínica para trastornos nerviosos. Durante un tiempo, hubo muchos internos y el movimiento en este hotel, por mentira que les parezca, era intenso. Luego todo empezó a decaer, los internos descendieron de número, las visitas se espaciaron hasta desaparecer. Sí, hay gente que trabaja ahí todavía, pero parece que no en sus enfermos. Ahora cuéntenme ustedes, ¿qué pasa ahí? ¿Son ustedes de la policía?

Negamos algo asustados.

—No. ¿Por qué?

Los ojos del viejo volvieron a escrutarnos con malicia, la pareja de dientes apareció sobre el labio inferior, bañada en saliva. Ahora no estornudaba.

—Hace menos de tres semanas —dijo— otro extranjero vino preguntando por el sanatorio, y se presentó con la misma excusa de ustedes: venía a ver a un interno.

Hélène y yo nos observamos detenidamente; la manga vacía de ella cayó con pesadez sobre el mostrador, junto a su taza de café a medias.

—¿Era italiano? —repuso Hélène.

—Ustedes lo saben de sobra —dijo el señor Schulz—. Vi cómo usted señalaba su nombre en el registro esta mañana, cuando les hice firmar. Capri, eso es, así se llamaba. Lo recuerdo porque un verano, hace mucho tiempo, estuve de vacaciones con mi difunta esposa en Italia y visitamos una isla con ese nombre. El señor Capri tenía seis dedos en la mano izquierda. Curioso, muy curioso. Se quedó apenas un par de noches, pero hablamos mucho. Era representante de marcas de piano, me dijo, una profesión interesante. Venía a visitar a un viejo amigo al sanatorio para el que esperaba el alta. Y se fue con él, sí, un señor muy callado. Me encargó que les reservara dos billetes de avión para Berlín y que buscara un hotel discreto.

—Y usted lo hizo.

—Por supuesto —el viejo se acodó en la barra—. El Darmstadt Hotel es de un viejo amigo, y sé que el señor Capri se sentiría bien atendido.

La mano viuda de Hélène jugueteaba con el asa de la taza, despertando un vago acorde de xilófono. Sus ojos miraban el círculo negro del café como si en su interior se contuvieran las respuestas a las muchas preguntas que se agolpaban en nuestros cerebros.

—¿Nadie hace preguntas? —inquirí yo—. ¿Nadie quiere saber qué hace un hospital vacío al lado del pueblo que visitan desconocidos?

—¿Preguntas? —el señor Schulz agitó la mano derecha con gesto de espantar moscas—. ¿Para qué? A nadie le conviene echar piedras sobre su propio tejado. La mayoría de los hombres del pueblo trabaja en la central siderúrgica que la empresa Tumgsten tiene en las afueras, junto a la carretera de Ulm. No les exagero si les digo que la economía de Messkirch depende enteramente de esa fábrica. Aceros Tumgsten se ha encargado de dar empleo a todos los habitantes de la localidad, sobre todo desde que adquirió una enorme parcela de terreno en el bosque para montar un complejo de no sé qué cosa, reciclaje de hierros, creo. Eso fue hace cincuenta años.

—¿Y qué tiene eso que ver con el sanatorio?

El viejo me miró fijamente antes de contestar, con ojos de aguardar el efecto de un chiste.

—El Sanatorio Alban estaba incluido dentro de los terrenos que Aceros Tumgsten compró para su complejo. También les pertenece.

El café del albergue Der Holzweg no era demasiado malo.

Gavota

# 5.

De noche uno entiende por qué la selva de Suabia se llama Negra. Desde la entrada del albergue solo se distingue la tímida procesión de farolas que se disgrega y desaparece en dirección al bosque, y el gigantesco reptil negro dormido plácidamente sobre la tierra, como el dragón que guarda la boca de una cueva: Fafner, me dije yo siguiendo con los símiles germánicos, que vela junto al tesoro de los Nibelungos. Descendimos de nuevo la carretera que se interrumpía en las primeras filas de árboles, la noche estaba despejada y cuajada de estrellas y el frío nos impedía mover las articulaciones con toda la soltura que hubiéramos deseado. Rígida en su abrigo, Hélène parecía una estatua recién dotada de vida que se había tomado la libertad de abandonar su pedestal y se paseaba a la luz de las farolas. Conforme avanzábamos hacia el bosque, el dragón se iba haciendo más feroz, enorme: el horizonte se llenaba de lobos y lechuzas, la última farola delegaba en una oscuridad añil y tanteamos los bolsillos de los abrigos en busca de las linternas. Aquella tarde la habíamos gastado en un paseo turístico por la calle principal de Messkirch contemplando fuentes y dejándonos contemplar por las viejas que simulaban barrer en las puertas de las casas; después nos habíamos introducido en una tienda de artículos de jardinería para pertrecharnos de todo lo necesario en nuestra expedición nocturna, con algo de la alegría pueril con que dos adolescentes llevan a cabo un juego prohibido.

Si el primer tramo del bosque era sombrío y fresco durante la mañana, entonces nos pareció el pasillo de una gruta, una galería donde la humedad se aferraba a los huesos y costaba cada vez un poco más girar los codos y las rodillas. Todo debía de ser muy parecido, pensé, a esa noche indiferenciada y sembrada de amenazas en la que tienen que moverse los ciegos. Sentí la presión del brazo de Hélène en el mío, efectué un par de ráfagas con la linterna que nos otorgaron pedazos de árboles, jaramagos, pupilas

diminutas que desaparecían, recortes parcialmente pinchados sobre el infinito tapiz de las tinieblas. No queríamos caminar con la linterna encendida para no delatar nuestra posición, pero a ratos una angustia difícil de disipar obligaba a Hélène a presionarme de nuevo en el codo. Ella llevaba calzada su prótesis de fibra de vidrio: creyó que la ocasión merecía ese aderezo que solo reservaba para eventos sociales de máxima importancia, comidas con antiguos condiscípulos, audiciones en las que no estaba bien despertar la compasión de los viejos conocidos. No había luna, de modo que adivinamos la situación del calvero porque al poco de ir caminando se materializó ante nuestros ojos un fantasma azulado, atrapado borrosamente en el centro de un círculo que marcaba una empalizada. En una penumbra de tal densidad, el resto de los sentidos parecen crecerse a costa del de la vista, imposibilitado para funcionar: avanzábamos contra el perímetro de la verja percibiendo que el frío era tan intenso que formaba cristales en nuestras extremidades, que allí lejos, fuese donde fuese, los lobos competían por llorar con mayor fuerza y desesperación. Dimos con la abertura entre las dos lanzas que habíamos detectado esa misma mañana, Hélène cruzó al otro lado al tiempo que yo iluminaba la invasión de malas hierbas que interrumpía el cercado. A pesar de lo inútil de la precaución, nos pareció conveniente agacharnos para deslizarnos por el borde del jardín, hacia el ala derecha del edificio: al poco, pudimos comprobar que el espejismo azul que acabábamos de vislumbrar desde el bosque era sólido y podía palparse. Sin volver a encender las linternas, rodeamos un par de esquinas, en busca de alguna puerta trasera como la que habíamos visto utilizar a los hombres de las batas blancas por la mañana: solo hallamos una portezuela apulgarada por el óxido que conducía a un subterráneo lleno de contadores y tuberías. La primera hilera de ventanas era tan baja que sin necesidad de auparnos podíamos comprobar la espesa capa de mugre y polvo que las tapizaba. Hélène me ordenó guardar silencio con un dedo, se arremangó el brazo derecho y al resplandor titilante de las estrellas yo contemplé su mano de maniquí, diseñada para que se le pudieran acoplar sin dificultades las asas de las tazas, los auriculares de los teléfonos. Con algo de desasosiego, entendí que Hélène era una criatura híbrida, imposible, un pacto entre la materia orgánica y las cosas muertas, el

resultado de alear una mujer con un juguete. Quizá su mano artificial contagiaría al resto del brazo, al resto del cuerpo, y la fibra de vidrio iría creciendo como una gangrena por toda su anatomía hasta apoderarse de ella y convertirla en una estatua: aquel miedo oblicuo se trocó en amargura al reparar en que yo era el último responsable de aquel mestizaje. Pero para Hélène la mano no era el recordatorio de un antiguo amor amputado, sino un instrumento eficaz que nos iba a permitir abrirnos camino allí donde las paredes y la noche se obstinaban en negárnoslo. El edificio parecía prácticamente deshabitado: solo en el ala izquierda se sorprendía de vez en cuando una luz pequeña y fugaz que atravesaba las galerías. De modo que Hélène no tuvo embarazo en destrozar el cristal de la ventana más próxima con un seco ademán de kárate para dejarnos libre la vía que necesitábamos. El estrépito fue breve y profundo, como los estornudos del señor Schulz; despejamos el resto del montante a golpes de codo, los pedazos de cristal hacían sonido de lluvia al caer en las baldosas del interior.

Solo por el testimonio fragmentario de las linternas y el eco de los pasos pudimos hacernos cargo de la vastedad real del hospital: anduvimos por una serie de pasillos de ceniza, fúnebremente alumbrados por la luz de fuego fatuo que penetraba por los ventanales. Del techo colgaban globos forrados con una gruesa capa de suciedad, la misma que velaba los radiadores y el imperfecto cuadriculado de azulejos que decoraba la pared y que alguna vez debió de ser blanco. Hacía mucho, demasiado tiempo que nadie ponía un pie en aquella zona del sanatorio. A intervalos, restos de caliche o ladrillos desprendidos nos obstaculizaban el paso, y nos bastaba barrer con la linterna el techo o el muro adyacente para comprobar que la arquitectura se desmigajaba poco a poco. Cada pasillo se hallaba salpicado por un número incierto de puertas, todas atrancadas; alguna conservaba un papel pegado con celofán, *Radiología*, o algún dibujo obsceno, una suma a lápiz. Resultaba evidente que nadie podía estar oyéndonos, pero nos movíamos con reparo por los corredores, amortiguando el rumor de nuestros gestos, como deseando no levantar los fantasmas que debían de hallarse adheridos a cada una de las paredes. En otra zona el aire conservaba olor a clínica, esa indefinible presencia compuesta de alcohol, desinfectante, suero, medicinas. Una de las puertas no

estaba cerrada: en el interior de un cuarto con el azulejo manchado de sarro, acumulaban polvo una vieja máquina para tomar la tensión y una lámina que mostraba pornográficamente las vísceras de un hombre partido en dos. Mi linterna descubrió una rata gruesa como un saco huyendo bajo uno de los huecos de ventilación, pero preferí dejar a Hélène ignorante de esa asquerosa compañía. Una puerta de doble hoja con los batientes atascados daba paso al ala izquierda; cruzamos con mucho sigilo, entendiendo que nuestros pies y nuestras linternas debían ser más desconfiados que nunca.

El aura de desolación y ruina desaparecía como un mal espejismo apenas atravesada la frontera: los pasillos recobraban su antigua salud, el piso se mostraba encerado y limpio y chirriaba levemente bajo las suelas de goma. Nos parecía haber traspuesto un umbral de tiempo abolido y haber regresado a un edificio que conoció un esplendor cancelado cincuenta años atrás; el cristal de las ventanas nos enseñaba jardines tranquilos, la noche de juguete en el interior de la cual casi resultaba imposible ninguna amenaza. Ahora era patente que aquella ala del sanatorio sí seguía usándose, y se había estado haciendo hasta aquella misma tarde; había perfumes transitorios en la atmósfera, colillas abandonadas en los ceniceros de pie que flanqueaban la entrada a alguna habitación interior. Un detalle se nos antojó más revelador que ningún otro: las luces de emergencia guiñaban sus pilotos escarlatas encima de cada una de las puertas cerradas con las que íbamos encontrándonos. No habíamos vuelto a encender las linternas y sabíamos que no teníamos nada que temer, pero nuestra respiración se detuvo en los pulmones cuando nos llegó rumor de pasos, desde algún punto incierto en la oscuridad azul y negra de la galería. Nos acoplamos rápidamente a la pared, tocando los azulejos con la espalda; lejos de nosotros, hacia el norte, barriendo aburrido el suelo con el foco de la linterna, iba un hombre con uniforme, desprovisto de rasgos, reducido a una sombra abultada y perezosa, como un muñeco. El pasillo en el que nos hallábamos desembocaba perpendicularmente en otro mucho mayor, por donde parecía transcurrir la ronda del vigilante. Nos introdujimos por un tercer pasadizo que encontramos detrás de nosotros, más angosto y oscuro, y donde cesaba el olor a ambientador. Una breve concesión a la linterna nos desveló que concluía en una puerta que cedió al golpear suavemente la

cerradura con el talón. Al principio no supimos hacernos cargo de la magnitud de la sala en la que habíamos irrumpido, porque solo contábamos con diez dedos indecisos, de carne o fibra, para estudiar los límites de las tinieblas. La linterna de Hélène se atrevió a una ráfaga, luego a otra: por último convinimos en que no sucedería nada si la dejábamos encendida. Habíamos penetrado en una especie de gran laboratorio cuadrado, de techo bajo, opresivo como una cripta. En las dos mesas centrales se acumulaban microscopios, aparatos de medición, estuches con tubos de ensayo, carpetas: hojeé alguna de ellas pero solo descubrí fotografías de bacilos y palabras asfixiantes de cuatro sílabas. Se trataba de un laboratorio químico, sí. Indagamos tan paciente como inútilmente todas las estanterías de las paredes, revisamos los nombres abstrusos de los frascos, Hélène incluso se atrevió a destapar alguno y olisquear el interior.

—Es como salvado —dijo—. No huele a nada.

Ninguno de los dos teníamos una idea predeterminada de lo que pretendíamos encontrar al internarnos en el sanatorio, pero aquel laboratorio desfondaba nuestras expectativas por lo alto y por lo bajo. La sorpresa que nos producía solo podía parangonarse con la ácida desilusión con que observábamos los apuntes de la mesa, basureros de fórmulas y notaciones químicas tan prohibidas para nuestra ignorancia como una lengua olvidada. En un rincón, la linterna de Hélène reveló cuatro o cinco jaulas donde se desentumecían un mono y varias cobayas; los animales miraron la bombilla con ojos opacos, atascados todavía por el sueño que acababan de interrumpirles. Enfrente se alineaban dos monitores de ordenador que Hélène no dudó en encender. Mientras ella destripaba el sistema informático a golpes de ratón, yo me entretenía en molestar al pobre mono asomándole un dedo por los barrotes de la jaula: sentado en el suelo como la estatua de un templo indio me dejaba hacer, enseñando a ratos los colmillos para redondear un bostezo. Acudí hasta el ordenador cuando Hélène me llamó porque parecía haber encontrado algo; se trataba de una pista mínima, un alfiler extraviado en medio de un inmenso pajar de diagramas y cálculos químicos, pero quizá era el cabo del que debía empezarse a tirar para atraer el resto de la bobina. La pista se reducía a un solo dato: en el menú principal de la computadora

aparecía un archivo con el título *Proyecto Contrapunctus*. El contrapunto era una de las técnicas musicales favoritas de Bach, que él cultivó durante toda su vida, hasta el punto de dar a su última gran obra inconclusa, el *Arte de la Fuga*, el título provisional de *Contrapunctus*, el mismo que encontrábamos ahora parpadeando en la pantalla. Las alusiones a Bach concluían en el nombre del archivo, porque el interior, según demostró una rápida exploración, no contenía más que la misma densa jungla de fórmulas y símbolos que habíamos descubierto en las carpetas. La calefacción no estaba conectada en la sala, así que un sospechoso soplo de aire que erizaba la piel de la nuca nos puso sobre aviso. Las cobayas se agitaron en las jaulas, el mono emitió un gruñido. La mano izquierda de Hélène desconectó el ordenador y retrocedimos paso a paso, hasta chocar con las mesas. El resplandor de una bombilla que no era ninguna de las nuestras acababa de descubrir el pestillo decapitado de la puerta, una voz inquieta preguntó quién estaba dentro. Luego solo entendimos que la puerta se había abierto del todo y que una sombra nos enfocaba sádicamente a la cara con la linterna, una sombra de la que no cesaba de brotar una estridente voz de alarma. En nuestro examen previo del laboratorio habíamos localizado una salida falsa, decorada con un póster con el sistema periódico: huimos hasta una habitación contigua con perchas y batas pálidas, que se abría a su vez sobre el corredor principal. La voz de Hélène practicó una especie de gárgara en la penumbra, sentí que el aire se movía con violencia detrás de mí. Entonces la luz del techo me cegó por completo y brotó ante mis ojos un pequeño cuarto cuadrado, engastado de azulejos demasiado blancos. Tardé un poco en descifrar la mole negra que sujetaba a Hélène por el brazo izquierdo, doblándoselo con saña sobre la espalda para que ella no pudiera más que soltar gemidos discordantes de dolor y rabia. El guardia jurado, o lo que fuese, era un nervioso muchacho de ojos turquesa que sostenía una pistola cerca del hombro de Hélène, demasiado cerca de su sien izquierda. Gritaba la alarma tensando las venas del cuello y su voz se perdía estérilmente en el interior del laboratorio, en el corredor delantero del que su compañero parecía hallarse ausente. Nos repitió dos veces que no nos moviéramos. Me amenazó con apretar el gatillo si yo avanzaba un milímetro en dirección a la salida que conducía a la

galería.

—No hay que perder la calma —decía yo sin entender cómo el espanto me permitía apenas articular una palabra—. Seamos todos sensatos. Baje de ahí el arma, no vaya a cometer una tontería.

El muchacho estaba más aterrado que nosotros. Empuñaba la culata de la pistola sin cerrarla del todo en la palma de la mano, como si fuese un trozo de metal al rojo vivo. Jadeaba, echaba miradas ansiosas al laboratorio y a la puerta del pasillo esperando a un compañero que parecía no llegar nunca. Por el contrario, a Hélène el peligro la proveyó de la dosis necesaria de sangre fría; se acordó de que la providencia le había arrancado la mano derecha y había colocado en su lugar una cosa pesada y fuerte, que podía salvarla: el brazo se alzó como para efectuar un saludo, el muchacho cayó abatido de inmediato, con un sonido de cartílagos rotos y un breve abanico de sangre. No quisimos quedarnos a comprobar las lesiones, los nervios nos pusieron electrodos en las piernas y corrimos con desesperación por la galería, oyendo gritos que nos ordenaban detenernos, muy lejos detrás de nosotros. Regresamos al ala derecha, a la mugre, el olor a suero y las ratas, pero la multitud de pies que nos perseguía no se detuvo: en algún momento un trueno sacudió el pasillo haciendo retemblar los cristales, y algo silbó muy cerca de nosotros, un insecto caliente que se estrelló en el vano de una puerta arrancándole astillas. Estaban disparando, y solo luego, al reflexionar detenidamente en ese dato, lograría yo atisbar hasta qué punto debían de ser turbios, arriesgados y furtivos los experimentos que se llevaban a cabo tras los inocuos jardines del Sanatorio Alban. La disposición del edificio no era difícil de retener: regresamos a la ventana rota por la que habíamos entrado, salté afuera, me dañé una rodilla, percibí el aliento glacial del relente en la garganta. Hélène salió apoyándose a horcajadas en el vano de la ventana; su mano ortopédica chocó bruscamente en la pared y se le desprendió. No nos detuvimos a recogerla.

# 6.

Las ciudades, como las personas, se reducen siempre a la memoria que las contiene. Unas y otras son esa combinación, muchas veces incongruente, de atisbos, certezas, ilusiones y desengaños que nuestros recuerdos apilan con desorden en cierto basurero del pasado, y que nos resulta imposible rescatar sin exhumar a su vez toda la quincalla manoseada e inútil que se adhirió a ellas como parásitos. En mi memoria, Berlín es un enorme zoológico de grúas donde no cesa de llover. De un otoño anterior a aquella excursión con Hélène motivada por la desaparición de Capri conservaba la película de un paseo por Tiergarten bajo el aguacero, deteniéndome intermitentemente a protegerme bajo los tilos, y de una audición de Nikolaus Harnoncourt en la Philharmonie donde ofrecieron él y su grupo algunas cantatas de Bach. Ya por entonces, un par de años antes de desembarcar en el Darmstadt Hotel, la Kudamm, con el límite del Europa Center al fondo, se me apareció como un desaforado escaparate de grúas, de todos los tamaños, colores y formas, afanadas como pájaros prehistóricos en picotear edificios bajo la tormenta. Entonces, aquel principio de marzo en que yo rodaba junto a Hélène por los bulevares en el interior de un taxi, desempañaba el cristal de la ventanilla para comprobar que en Berlín seguía lloviendo, que en Berlín jamás cesaba de llover, y estudiaba el tapiz plomizo del cielo en busca del esqueleto familiar de las grúas. El Darmstadt Hotel se hallaba en Prenzlauer Berg, en el antiguo Este, un conglomerado de casitas bajas y residencias obreras que los jóvenes alternativos habían aprovechado para montar alarmantes monumentos a la psicodelia llenos de colores chillones y mugre. El Gobierno de la RDA, atacado por un súbito sarampión estético, se había dedicado a remozar entera la Hausemannstrasse, demoliendo los cuchitriles obreros y plantando en su lugar increíbles palacetes berlineses del siglo pasado: el resultado, tras la lluvia y el vaho del cristal, se acercaba mucho a la

arquitectura feliz de un parque de atracciones. Hélène se encontraba a mi lado, en el asiento de atrás, con la mano izquierda en el regazo y la cabeza inclinada, seguramente ocupada en revisar imágenes que solo se ofrecían al preocupado cinematógrafo de su cerebro; sé que sufría por el destino incierto de Capri, y que buscaba sin cesar objeciones a sus presentimientos de desastre. Le pellizqué el hombro con un gesto que quise que fuese de tibieza y ella me dedicó una sonrisa sesgada, de rebajas, rescatada de su desánimo para evitar que me preocupara. Hélène era mi cachorro, mi muñeca indefensa, y en momentos como aquel me asaltaba el impulso apenas contenible de abalanzarme sobre ella para estrujarla, de exprimir a base de abrazos todas las incertidumbres que estuvieran haciéndole daño: pero en su regazo reposaba también aquella repulsiva manga vacía, aquella acusación sin palabras que me designaría eternamente como culpable.

Los berlineses son unas criaturas misteriosas que atraviesan plazas resguardados bajo impermeables violetas, según tuve ocasión de comprobar cuando el taxista se detuvo a una manzana escasa del lugar que le habíamos indicado. Desde la cortina de lluvia y el coche, el Darmstadt Hotel se nos mostraba como un lacónico bloque de cemento gris punteado de ventanas, ultrajado por luces de neón azul en las que la *s* se resistía a parpadear, muerta y negra en mitad de la fachada. A pesar de lo poco esperanzador del marco, el vestíbulo se esforzaba en convencer al visitante de que el establecimiento tenía una reputación que defender, y dispensaba por las paredes diplomas espurios a la calidad y fotografías de estrellas de tercera fila alojadas en habitaciones con colchas de color celeste. Con toda probabilidad debía de tratarse de un antiguo edificio administrativo soviético que algún listo aprovechó para comprar a precio de saldo tras la demolición del muro y que había adecentado con algunas camas y cuartos de baño. El neón venal sobre las ventanas, su emplazamiento marginal en la plaza, el barrio apartado y lleno de transeúntes oscuros, alejado de los monumentos que figuraban en las postales, todo revelaba que el Darmstadt Hotel había sido fundado para la celebración de encuentros clandestinos, visitas rápidas, tránsitos obligados, y que su principal baza era la discreción. El mobiliario se encargaba de refrendar esa sospecha: el recibidor estaba escuetamente decorado con cuadros cinegéticos,

dos mesillas bajas con lámparas no muy limpias, una moqueta verde en la que nadaba alguna colilla, media docena de sillones de cuero falso a un lado, donde en el momento de nuestra llegada se derramaba un hombre enorme como un pastel. La casetilla en la que se alojaba el conserje, entre un mostrador de madera sintética y un casillero, tenía la angostura de un hueco de ascensor. El conserje, un joven turco con una chaqueta de mezcla manchada en los puños, nos pidió la documentación con sequedad y rellenó las fichas mientras yo observaba al hombre del sillón: un traje negro envolvía la circunferencia abrumadora de su vientre, se entretenía en sostener alternativamente con una mano y otra una pequeña caja del tamaño de un bolígrafo. Había algo repugnante, una desviación asquerosa en el alma de aquel hombre que aparecía impresa en su rostro con la nitidez de una delación. La piel era demasiado blanca, las pestañas demasiado largas, demasiado fino el bigote sobre los diminutos labios de mujer.

Antes de que el conserje nos entregase la llave de la habitación empezamos con las primeras preguntas: sabíamos que un amigo nuestro se había alojado allí hacía escasos días con otro hombre, y era de vital importancia para nosotros dar con ambos. El joven de piel de aceituna nos miró de hito en hito, y la voz tardó un intervalo insoportable en brotarle de la garganta: no quería problemas, nada de problemas, no estaba autorizado para proporcionarnos la lista de sus clientes. Nada de problemas, por supuesto, terció Hélène con su voz más maternal, se trataba simplemente de que nos hiciera un favor que sabríamos recompensar. En ese momento un hombretón investido con un avasallador traje color perla se acercó al mostrador de la mano de una rubia oxigenada, con los pechos apretados en un vestido con lentejuelas. El conserje hizo una reverencia, enseñó los dientes, eligió una llave, se despidió. El gordo arrellanado en el sillón de cuero nos contemplaba con una descarada fijeza, muy interesado por nuestra conversación en aquel vestíbulo desangelado que tan pocas distracciones ofrecía. Coloqué discretamente un billete de veinte marcos bajo el registro de entradas, el joven recibió mi gesto con una expresión de horror, mirando el dinero como a un escorpión. No quería problemas, nada de problemas, él era inmigrante y para los inmigrantes todo era mucho más difícil; a ver,

cedió por fin guardándose el billete en el bolsillo del pantalón, qué queríamos saber, a quién buscábamos. Registró dos o tres páginas con la punta del dedo, pero Claudio Capri no figuraba en ninguna de ellas. Hélène sugirió que le dejase echar un vistazo al dietario a ella misma, el muchacho se tocó nervioso los botones de los puños de la chaqueta: no quería problemas, lo sabíamos de sobra, y otro billete de veinte marcos le hizo entender que no iba a tenerlos. Tal y como esperábamos, el Darmstadt Hotel servía de refugio a todas aquellas parejas desamparadas que por motivos que no podían confesarse no contaban con un lugar mejor para intimar. Todas las entradas eran de matrimonios bien avenidos, que se refugiaban en aquel rincón insalubre de la ciudad para disfrutar de su amor: Hermann Holzbauer y señora, Kurt Schneider y señora, Peter Hahn y señora. Nos concentramos en las entradas de un par de semanas atrás, cuando, según las precisiones del señor Schulz, Capri debía de haber llegado a Berlín en compañía de su fantasmal protegido. Pronto nos dimos de bruces con el dato que buscábamos: hacía tan solo diez días que habían ingresado los señores Johann Goldberg y Hermann Keyserlingk. Quien esté levemente familiarizado con la historia de la música recordará la leyenda de las *Variaciones Goldberg*, según la cual el conde Keyserlingk, aquejado de insomnio, encargó a Bach que escribiera para él una obra de teclado que pudiera tañer un clavecinista empleado suyo, Goldberg, con el fin de facilitarle el tránsito al sueño que todas las noches se le hacía tan dificultoso. Inquirimos al conserje por el aspecto de aquellos dos hombres registrados en la hoja. Los recordaba bastante bien, porque se habían quedado algunos días: el señor Keyserlingk era alto, delgado, con el cabello y los ojos pálidos, muy distinguido, dejó buena propina. En cuanto al señor Goldberg, apenas hablaba y parecía un hombre espantosamente tímido; maduro, de cuarenta a cincuenta años, desorientado, el pelo corto y cano. Los dos se comportaban como si fuesen muy amigos, y el conserje remarcó con malicia el adverbio: muy muy amigos. Capri había abandonado la pista ex profeso en el registro, de aquello no cabía la menor duda, evitando su nombre para no resultar demasiado evidente a eventuales curiosos, pero dejando una puerta abierta a los iniciados en la biografía de Bach. Hélène arqueó las cejas con intriga, tomó la llave del mostrador, nos despedimos. Íbamos a dirigirnos hacia el

ascensor para alcanzar el tercer piso cuando el gordo del asiento de cuero se puso en pie y se bamboleó en dirección a nosotros. Parecía mentira que unos pies tan minúsculos pudieran soportar una masa de tal envergadura: hacía el efecto de una peonza deslizándose por la moqueta descuidada del recibidor.

—Señorita Vauban —pronunció con voz de mujerzuela.

Los ojos de Hélène me dirigieron una interrogación antes de fijarse en la cara del hombre y comprobar que había en ella algo de pueril y de falso, como los rasgos en serie que se implantan en una colección de muñecas. No había visto en su vida a aquel individuo, pero él pronunciaba su nombre con una desenvoltura ofensiva, dejando entrever cuatro dientes viciosos bajo los labios de mujer. Las manos jugueteaban todavía con la cajita del tamaño de una estilográfica y se la cambiaban de una a otra exhibiendo dos meñiques con las uñas demasiado largas.

—¿Nos conocemos? —prorrumpió Hélène, algo molesta.

—Yo *sí* que les conozco a ustedes —el gordo pestañeó con ademán de pavo real—, y de momento es lo único que tiene importancia. Señorita, me temo que usted va perdiendo últimamente sus prótesis por los lugares menos indicados.

La boquita de adolescente se torció con dificultad para esbozar un pariente esmirriado y torpe de una sonrisa. Hélène volvió a mirarme con alarma, y supe que en el fondo de sus pupilas recordaba una persecución y sonido de pistolas y era incapaz de vincular aquella amenaza con el gordo cómico que ofrecía para nosotros delante del ascensor su más cuidada gama de elegancias: hablaba juntando los tobillos, poniendo los ojos en blanco, pasándose el pulgar por los labios después de rematar una palabra que precisase de demasiada saliva. Había algo en él denso y pegajoso como la gelatina.

—Sabemos que buscan al señor Capri —dijo—, sabemos que su excesiva curiosidad ha estado a punto de costarles más de un disgusto. Mi misión se reduce a transmitirles este mensaje: deben dejar de buscar.

—¿Cómo nos ha encontrado? —le interrumpí con brusquedad.

Me contempló como al mosquito impertinente que le ensuciase la solapa.

—Estamos al tanto de los conocidos del señor Capri —respondió

—. Fueron ustedes muy chapuceros, si me permiten que se lo diga, al tratar de penetrar en el Sanatorio Alban, y el señor Schulz, dueño del albergue de Messkirch, nos comunicó todo lo que deseábamos saber sobre ustedes después del debido estipendio. Deben dejar de buscar al señor Capri. Se metió en un lío y ya ni ustedes ni nadie pueden hacer nada por él: es mejor que lo olviden. Hay otras cosas que les interesa más encontrar.

Hélène apretaba los labios de un modo que no hacía excesivamente difícil adivinar que trataba de contener la prolija cascada de palabrotas que le forcejeaban en la lengua. El hombre me puso la cajita que había estado manoseando en el bolsillo del abrigo y se despidió después de aplastarse con mucha delicadeza las guías del bigote contra el labio.

—Encantado de hablar con ustedes. Buenas noches.

Se marchó haciendo equilibrismo sobre sus dos pies diminutos, siguiendo una invisible pasarela que le condujera a la salida. El conserje, asustado, reconoció que había pasado allí medio día esperando, abandonado en el sillón de cuero sintético. Los ojos de Hélène observaban todavía con rencor la puerta del hotel por la que el gordo acababa de desaparecer, como si su rabia pudiera perseguirle más allá de la noche y de la lluvia para hacerle pagar sus palabras. Su mano izquierda me tocó con angustia, mientras la derecha, vacía y expectante, pendía del costado del abrigo. Solo entonces, cuando pudimos recuperarnos del repugnante aspecto de eunuco del desconocido, nos atrevimos a examinar la cajita. Era un recipiente oblongo, de cartón, cuidadosamente sellado con una tira de celofán que nos costó desgarrar. La garganta de Hélène se abrasó en un grito al comprobar lo que contenía: sobre un algodón manchado de yodo y sangre negra, solitario como un tenedor fuera de la vajilla, reposaba el undécimo dedo de Claudio Capri.

# Passepied

# 7.

La memoria se atasca en los afluentes menores del pasado y elude el cauce principal, queda atrapada por objetos pequeños y superfluos cuya importancia es solo marginal y olvida los grandes actos, las palabras cruciales, con una predilección por la insignificancia que nos parece un atentado contra la democracia de las cosas. De aquella noche en Berlín en que supimos que Claudio Capri estaba en peligro, que el turbio secreto que en las últimas semanas le había llevado a comportarse como un fantasma le había precipitado, también, en un peligro difícil de concretar del que solo conservábamos un dedo amputado, recuerdo ante todo una ventana. La habitación del Darmstadt Hotel en que nos alojamos era un cuarto modesto que olía a naftalina, con un discutible empapelado en las paredes por el que bogaban guirnaldas y cornucopias. Hélène, que entró primero, esquivó encender el interruptor de la luz y se dejó caer sobre la colcha, como un bulto. Yo la oía debatirse entre sollozos y maldiciones ahogadas mientras me aproximaba a la ventana, atraído por el resplandor intermitente, rosa y verde, de un cartel de neón. Mi mano descorrió desganada el visillo, en el exterior figuraba una versión descuidada de la Stromplatz, tapada a jirones por la cortina de la lluvia, sobre la que seguía imponiéndose el letrero inútil del hotel. Enfrente, en desorden, un grupo de edificios jorobados peleaban por abrirse camino hacia el cielo y la noche entre una algarabía de antenas, tendederos, parabólicas. En el lado derecho del mayor de ellos se extendía un faraónico anuncio de cosméticos, donde una muchacha de ojos verdes dedicaba un beso a la lluvia. Recuerdo haber quedado hipnotizado por la joven modelo, permanecer como congelado frente a la ventana, sosteniendo el visillo con el dedo índice. Aquella enorme esfinge parecía abandonada en mitad de la tormenta, postergada a un barrio lateral de Berlín en que su belleza fuese menos letal, inofensiva. Había un mecanismo tras el anuncio que hacía que la

muchacha parpadeara: cada diez segundos, su mirada de esmeralda era interrumpida por dos monstruosas pestañas puntiagudas como rastrillos. Tras el intervalo, los ojos volvían a refulgir en la penumbra azul, y yo me sentía más nebulosamente enamorado de aquella gigante varada en la lluvia.

Hélène no podía compartir mi fascinación. Se rompía en un gorgoteo de lágrimas y palabras a trozos bajo la oscuridad del dormitorio, sobre la colcha cubierta de un intenso hedor a sábanas húmedas y alcanfor. La cajita con el undécimo dedo de Capri seguía en el bolsillo de mi abrigo, testimonio repugnante del peligro que también a nosotros nos amenazaba: para mí no constituía más que un asqueroso indicio de la suerte de su dueño, que durante los últimos días habíamos investigado sin resultado; para Hélène suponía la constatación de sus peores presentimientos, aquellos que le aseguraban que la súbita desaparición de su maestro y las oscuras pistas que de él habíamos ido encontrando a lo largo de nuestro camino tenían por común denominador el desastre. Entre las tinieblas de la habitación del hotel, la mano izquierda de Hélène daba aspazos, arañaba formas invisibles, como tratando de apartar la amenaza de que Capri era víctima. Aunque su relación con él había quedado rescindida mucho atrás y los sentimientos que le tenían por protagonista en su corazón se habían ido enfriando paulatinamente desde entonces, la brusca prueba del dedo hizo nacer en Hélène una violenta compasión por Capri, un amor inveterado que buscaba rescatarlo del dolor y la angustia que él debía de estar padeciendo detrás de la penumbra líquida de la habitación, de la opaca noche de Berlín y la muchacha que parpadeaba. Intenté consolarla apretándole los hombros y recurriendo a las primeras palabras a mano; ella se estrechó contra mí como si ese gesto consiguiese la absolución de Capri, con un vigor que quizá buscaba borrar la existencia del dedo cortado, relegarlo al limbo ominoso de las pesadillas y los malos sueños. A medida que ella lloraba sobre mi brazo sentí que su emoción atravesaba los abrigos y entraba también en mi sangre, que un reflejo invertido de la compasión por Capri me alcanzaba. Coloqué a Hélène todo lo erguida que pude sobre la cama, observé su silueta, la besé. Hallé en su boca un sabor a plata fría, a arena, a chocolatina corrompida por el tiempo: ella dejó de llorar. Se puso

en pie despacio, entreví a la breve luz de la ventana que la manga vacía oscilaba ante la mesilla de noche. Creo que ella me miraba, pero las sombras no me permitían saberlo. No sé cuánto estuvimos así, separados, ella de pie en un ángulo impreciso del cuarto, yo sentado sobre la colcha sin saber si arrepentirme por lo que acababa de hacer: la oscuridad volvía nuestra distancia insalvable. Dos golpes vinieron a deshacer de repente la atmósfera de tinieblas e incertidumbre en que respirábamos. Al encenderse la luz de la mesilla, el cuarto se estrechó y las cornucopias de las paredes se mostraron sin ningún pudor; un cisne enmarcado flotaba junto a la ventana, torpe, inverosímil. Hélène tomó aire y abrió la puerta: una joven con una bandeja y dos vasos preguntó tímidamente si podía entrar. No era hermosa, pero le decoraban el rostro dos ojos verdes que despertaron una misteriosa simetría en mi mente; eran los mismos ojos de la descomunal muchacha que pestañeaba bajo la lluvia. Se trataba del servicio de habitaciones, venía simplemente a traernos los vasos para el baño. Entró en el cuarto con la cabeza baja, agazapada, intentando disimular su existencia. Yo había vuelto a la ventana y seguía divisando el vasto anuncio de cosméticos, sin quitarme el abrigo. Después de dejar los vasos, la muchacha se había plantado en mitad de la habitación, con las manos cruzadas sobre el regazo, y contemplaba muy abstraída la pantalla de la lámpara: pude observar que sus ojos eran idénticos a los de la modelo del anuncio, redondos y traslúcidos como dos lágrimas. Quería decir algo, pero las palabras no llegaban a formarse en su lengua.

—Yo conocí al hombre que buscan —exhaló como si vomitara.

Hélène se aproximó a ella y la invitó todo lo dulcemente que pudo a hablar. Dos surcos bajo sus ojos delataban que había estado llorando.

—El señor Keyserlingk era muy amable —dijo la muchacha haciendo chasquear las uñas—. Él y el otro señor se pasaban el día entero en la habitación, la ciento quince, dos puertas más allá. Les he oído preguntar por él y quiero que sepan lo que pasó.

La mano de Hélène recogió la de la muchacha con gratitud, una mano blanda, pálida, deteriorada por el contacto con la lejía. Iba a contarnos lo que había sucedido con el señor Keyserlingk, pero no podía ocurrírsenos ni por asomo aludir a su confesión ante el

conserje u otras personas del hotel. La muchacha era pequeña, iba recogida dentro de un seco uniforme negro que disminuía su estatura sobre el estampado de la pared, que la reducía al tamaño de una sombra. Yo la escuchaba perdido en la belleza de sus pupilas: dos hermosas cuentas verdes en una cara triangular, sin detalles.

—No salían en todo el día —reveló—. Pedían el almuerzo, mandaban ropa a lavar y planchar, era yo quien les atendía. Creo que se ocultaban de algo, que les daba miedo salir. De noche, sí, se iban. Regresaban tarde, de madrugada, y al día siguiente otra vez lo mismo.

Las palabras se secaban en la garganta de la chica: estaba nerviosa, la mano izquierda luchaba contra la derecha sobre el regazo, entre un crepitar de uñas astilladas. Le ofrecí un cigarrillo, que ella aceptó con una sonrisa a punto de caerse. Fumaba con prisa de separarse de la boquilla, acercándola apenas a la punta de los labios. Se llamaba Mila.

—El señor Keyserlingk era muy simpático —aseguró—. El otro algo menos, parecía extraviado, creo que no acababa de entender muy bien dónde se encontraba. Hablamos. Me dijo que salían de noche a buscar clubes, cafés teatros, bares con espectáculo, cualquier lugar donde se pudiera tocar el piano. El amigo del señor Keyserlingk buscaba un empleo. Yo les di la dirección del local de un amigo mío, es un local de *jazz*. Se encuentra en Schöneberg, y se llama Der Rhinozeros. Es todo lo discreto y modesto que el señor Keyserlingk me dijo que quería. Luego sucedió lo de los hombres.

Hélène apuntó el nombre y la dirección exacta del local en una libreta, mientras Mila aspiraba su colilla casi sin tocarla, sorbiendo solo el extremo del cilindro de papel y algodón. Miraba inquieta la puerta de la habitación: sabía que se estaba demorando demasiado.

—Eran tres hombres —recordó Mila con apresuramiento—, uno de ellos el gordo que ha hablado con ustedes en recepción. Llegaron diciendo que eran amigos del señor Keyserlingk, que venían a hacerle una visita. Para entonces, el otro señor ya no estaba con él, no se alojaba en su habitación, no sé dónde se habría quedado. Subieron a hablar con el señor Keyserlingk y bajaron con él. El señor Keyserlingk pagó y se fue. Eso es todo.

Habríamos querido hacerle alguna pregunta más, pero Mila nos

miró con ojos de animal acorralado y se escurrió por la puerta del pasillo, luego de aceptar con una inclinación de cabeza el billete de cincuenta marcos que Hélène le puso en la mano. Cuando la chica salió, ella expulsó el aire sonoramente y se aproximó a donde yo estaba, junto a la ventana. La modelo del anuncio seguía pestañeando ante el acoso intermitente de la lluvia, y sé que también Hélène advirtió la similitud al contemplar los ojos de cristal verde. Se estrechó contra mi hombro y sentí la calidez parcial de su muñón en mi costado. Quería creer que aquel brazo cercenado llegaría a cicatrizar, que dejaría de acusarme con sus dedos fantasmas de todo aquello que le infligí en un pasado no lo bastante lejano como para darle carpetazo y pasar la página. Me apetecía decir algo, me apetecía que Hélène dijese algo, pero lo que ella pronunció no era lo que yo esperaba oír.

—Der Rhinozeros —dijo.

# 8.

La dirección que nos había suministrado la chica correspondía a un local disimulado en una oscura bocacalle de la Potsdamer Strasse, sobre cuya entrada, protegida con rejas y óxido, se bamboleaba un endeble rinoceronte de latón. La lluvia no había cesado, y seguía precipitándose en el rectángulo de la callejuela produciendo chasquidos metálicos al chocar con las escaleras de emergencia del edificio más cercano y las tapas de los cubos de basura. Desde el teléfono de la esquina, que yo aproveché para hablar un momento con Nérée, un impreciso sendero de charcos y escoria conducía a través del pavimento hasta el hedor a basura, gatos, oscuridad mojada, el letrero del bar precariamente iluminado sobre el rinoceronte que oscilaba. A pesar de ser tan tarde, Blaise Nérée estaba en su despacho, y recibió mis noticias con un interés que la distancia del auricular transformaba a ratos en ansiedad. Faltaban horas escasas para el inicio del congreso, mi ponencia tendría lugar pocos días más tarde del acto inaugural, Nérée estaba sin noticias mías desde hacía una semana y sorbía mi información como si ella lograra restañar el desasosiego y la rabia que había padecido hasta aquella noche. De todos modos, nada de lo que pude comunicarle fue demasiado satisfactorio: sabíamos simplemente que Capri estaba metido en un lío y que su cuerpo vagaba multiplicado en trozos por toda Europa, que había ayudado a escapar del Sanatorio Alban a un individuo misterioso que seguíamos rastreando por las calles de Berlín. En un par de días nos veríamos en Salzburgo, por supuesto, y colgué tranquilizado por esa promesa, como si la sucesión de los acontecimientos fuese impotente para alterar ese hecho incuestionable del futuro. Hélène me esperaba fuera de la cabina, protegiéndose bajo un alero del chaparrón que apedreaba la Potsdamer Strasse y sonaba con redobles de tambor en los techos de los coches.

El local de Der Rhinozeros no era demasiado amplio; aunque la

luz, azul e indirecta, apenas nos permitía adivinar las siluetas de las cosas, entendimos que había una especie de pequeño escenario circular en la pared más alejada de la entrada, y que a su alrededor se congregaban rebaños de mesas redondas, la mayoría deshabitadas. La pared era de ladrillo rojo, desnuda como la de una cárcel o un colegio, no sé si por convicción decorativa o porque el presupuesto no había dado para revoque; con intermitencias, se alzaban de entre el humo y la luz submarina fotografías en blanco y negro de negros apretando saxofones o inclinados sobre un contrabajo: Ben Webster, Charlie Mingus. Un sujeto guardaba la barra, frente a un detallado escenario de botellas de las que las bombillas arrancaban destellos hipnóticos; el sujeto era escuálido, áspero como el tronco de un árbol quemado. Pedimos unos refrescos y el hombre los sirvió sin levantar la vista del mostrador, como si le estuviese prohibido dirigir los ojos más allá del fregadero y la pila de cartulinas plastificadas en que se ofertaban los cócteles de la casa. Le preguntamos por un tal Johann Goldberg, de unos cincuenta años, pelo entrecano, que quizá había pedido empleo en el establecimiento; el sujeto se dedicó a fregar vasos y nos arrojó una breve mirada de indiferencia antes de apretar el bote de lavavajillas. En aquel momento deseé que Hélène no hubiera perdido su prótesis de fibra de vidrio para poder dejar al amigo una muestra de agradecimiento por su solicitud, pero nos retiramos cortésmente hacia una de las mesas. La calefacción estaba puesta y corrientes de aire caliente sobrevolaban la música que brotaba de los altavoces, una balada en la que creo que Lee Morgan ofrecía lo mejorcito de sus pulmones. Hélène se deshizo de su abrigo, lo colocó en el respaldo de su silla; la manga suelta de la blusa, lacia como una bandera sin viento, la hacía más manca, más indefensa, me hacía a mí más miserable. En las mesas, esparcidas a nuestro alrededor, bebían entre cigarrillos muchachas solas, algunas lo bastante rubias como para darnos a entender qué era lo que esperaban. Otras conversaban con hombres maduros, que encendían mecheros contrachapados con oro e iniciales; de cuando en cuando, la camarera abandonaba ante ellos vasos con líquidos transparentes y escribía signos en una libreta. Al fondo, en el escenario, alguien había olvidado un piano de pared, dos o tres amplificadores, un micrófono desenchufado: en cierto momento, una acuosa luz celeste

se encendió sobre el instrumento y las muchachas miraron soñadoramente hacia él, con el gesto de sirena de la modelo del anuncio de cosméticos. Un hombretón grueso se sentó frente al teclado después de tropezar con un par de sillas y protegerse del brillo del foco con una mano. Llevaba una cazadora de cuero muy gastada, bajo la que se desvanecía la leyenda de una camiseta con el dibujo de la Puerta de Brandeburgo: *I love Berlin*. Para empezar a tocar tuvo que darnos la espalda, así que solo pudimos comprobar que su edad debía de rondar entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y que un puñado de pelo blanco, mal cortado, le parcheaba el cráneo. Pero todas nuestras dudas quedaron disueltas en el momento en que sus manos pulsaron las primeras teclas: indiferente al rumor de las conversaciones que llenaban la sala, al solo de Lee Morgan que el simpático camarero no había desalojado de los altavoces, al entrechocar de vasos y las carcajadas irrespetuosas, aquel desconocido nos dio la clave con un rápido impromptu que hizo a los ojos de Hélène intercambiar dos miradas de asombro con los míos.

El desconocido tocaba abrumado en su taburete, con los hombros cargados por algún peso difícil de soportar que ninguno de los que le contemplábamos desde las mesas estábamos capacitados para identificar. Era patente que no ofrecía su música a nadie, que el rápido prodigio que desgranaba sobre la dentadura blanca y negra del instrumento constituía un ajuste de cuentas privado entre él y las cuerdas, cara a cara, sin testigos, donde el auditorio no suponía más que un detalle accesorio que era preferible soslayar. Para nosotros, para Hélène y para mí, el hombre del cabello blanco estaba ofreciendo una interpretación libérrima, caprichosa, genial, del *eco* de la *Obertura Francesa* de Bach: ahora no nos cabía la menor duda de que habíamos encontrado las manos responsables de la clandestina maravilla registrada en la cinta de Nérée, que habíamos chocado, por fin, con el más aventajado discípulo de Claudio Capri, dotado de evidentes aptitudes para superar a su maestro, a todos los maestros. Muchos han sido los intérpretes que se han atrevido desde los primeros balbuceos de la gramofonía a convertir en sonidos las exigentes partituras de Johann Sebastian Bach, con resultados diversos: desde la escrupulosidad historicista de Gustav Leonhardt, Scott Ross o Wanda Landowska hasta las

versiones más acomodaticias de Sviatoslav Richter o Claudio Arrau, nadie, ni siquiera el sobreactuado Glenn Gould, había logrado alcanzar el grado de intimidad con el pentagrama, con el pulso interior de las notas, que mostraba aquel milagroso desconocido en un remoto tugurio de Berlín. Hice un signo a la camarera, impaciente, incapaz de aguardar por más tiempo. La chica me observó con ojos abatidos al escuchar mi pregunta.

—¿Oskar? —dijo, con hastío—. Es un pobre tipo que no hace daño a nadie. Entre semana no tenemos actuaciones, así que le dejamos tocar y le damos a cambio algún dinero, para comer y el alquiler. Está loco, como pueden comprobar por lo que toca. Si quieren oír música de verdad, el viernes tenemos al Spandau Jazz Trio.

Pasado un rato, el hombre pareció aburrirse del teclado; lánguidas, perezosas, sus manos abandonaron los últimos acordes sobre el instrumento y él se quedó mirándolo, abstraído, como si descubriera insectos invisibles reptando entre las teclas de marfil. Hélène y yo creímos que era el momento oportuno para acercarnos a él. Mi mano sobre su hombro le sacudió de la profunda ensoñación en que parecía hundido: nos miró alternativamente, con dos espantados ojos amarillos, y yo supe que había visto aquel rostro antes. Quiso ponerse en pie de inmediato, abandonar el taburete, el escenario y el local, pero el calor o la amenaza que encontró en mi mano le impelió a quedarse. Seguía contemplándonos de hito en hito con gesto de enajenado, la boca abierta sobre dos mejillas fláccidas como bolsas de plástico; entonces yo supe a quién pertenecía aquel rostro y recibí la mirada alarmada de Hélène, que también acababa de advertirlo: ninguno de los dos era capaz de articular una palabra.

—Por favor —rogó el hombre, con un duro alemán nórdico—. Por favor, no me hagan daño.

—Nadie va a hacerle daño —le aseguró Hélène con una sonrisa expresamente diseñada para él—. Siéntese tranquilo, somos amigos suyos. Somos amigos de Claudio Capri.

Ante la mención de ese nombre, un destello iluminó las pupilas del desconocido y sus hombros parecieron liberarse del oscuro peso que le aprisionaba frente al piano.

—Usted lo conocía —dije—. ¿No es así?

—Sí —respondió él dedicándonos la mirada extraviada del ratón que acaba de salir de una jaula—. Sí, sí. Yo conocí al señor Claudio Capri, él fue mi ángel guardián. Me ayudó, me ayudó mucho, y nunca dejaré de estarle completamente agradecido. Antes de conocerle mi vida era distinta; ahora, gracias al señor Capri, todo es de otro modo.

Se llamaba Oskar: su identidad concluía en ese dato sucinto, sin mayores precisiones. Encogió los hombros una vez y otra cuando le inquirimos por apellidos, patronímicos, algún rasgo familiar. Ante aquellas cuestiones su mirada opaca, una mirada hecha de pizarra, regresaba al riel del teclado y parecía perderse en el abismo de la música muda que guardaba dentro de él; la mano sobrevolaba los semitonos dubitativa, quizá dispuesta a presionar alguno para que respondiese por él a esas preguntas que no tenían contestación. Sentíamos pudor de tocarlo, de pronunciar su nombre por temor a asustarlo, como el jilguero se espanta del dedo que le acerca su ración de alpiste: estaba solo, solo debajo de su fregona de pelo blanco, de la cazadora de cuero usada, abandonado en mitad del universo, de Berlín y la noche, y levantaba para protegerse de lo desconocido el mágico ensalmo de su música. Su pulso temblaba todavía cuando me atreví a estrecharle de nuevo el hombro, en un intento de inculcarle una confianza que debía de serle demasiado difícil albergar.

—No tema, Oskar —le repetí—. Ahora está a salvo, pero tiene que venir con nosotros. Hay alguien por ahí que sí quiere hacerle daño, y es mejor que huyamos cuanto antes.

No opuso resistencia; su rostro neutro estaba tan lejos de manifestar desconfianza como entusiasmo. Apesadumbrado, con la espalda doblegada de nuevo, se dejó conducir hasta el callejón de la salida, donde el chaparrón seguía salpicando las basuras y hacía ruido de monedas perdidas al estrellarse en el metal de la escalera de emergencia. Decidimos que antes de marcharnos sería conveniente que Oskar recogiera sus pertenencias, así que tomamos un taxi y nos dirigimos al lugar en que vivía, una pequeña buhardilla en Friedrichshain, a dos calles del Volkspark. Aprisionado en el asiento trasero entre Hélène y yo, Oskar contemplaba con los mismos ojos muertos con que había mirado el teclado el dibujo borroso y fugaz en que la lluvia convertía a Berlín

sobre los cristales del coche. Su cuarto se hallaba encima de cinco pisos con los rellanos cubiertos de desechos y pintados de aerosol: una deficiente puerta con candado daba paso a un cuchitril angosto, con el techo en diagonal, desde una de cuyas aberturas se divisaba la Puerta de Brandeburgo iluminada y la Torre de la Televisión. Había un colchón en el suelo, en una esquina, junto a espirales de polvo y restos de revoque desprendidos de las paredes. Manchas fosilizadas por los años historiaban las baldosas, iluminadas transitoriamente con velas colocadas en los golletes de dos botellas. Allí Oskar debía de llevar una vida de refugiado, de gato basurero, revolcándose entre la porquería, respirando el olor a desecho que emanaba de los muros, de los restos de comida abandonados en los rincones, del sarro rojizo que emporcaba el lavabo y el espejo apostados en el extremo opuesto al de la entrada. No tenía mucho que recoger: estrujó en un petate un par de camisetas y un calcetín sucio mientras Hélène espiaba la Puerta de Brandeburgo, nebulosa y lejana, como el espejismo de un sueño. En el suelo, desechados también, había trozos de papel de periódico que alguien había garrapateado con pentagramas y escalas musicales; sostuve los papeles en la mano durante unos instantes, absorto, sabiendo que no me había equivocado. Cuando por fin huimos de aquella cueva, un gato mojado nos dio la despedida desde el alféizar del ventanuco: se lamentaba a maullidos de la marcha de su compañero de penurias.

# Sarabande

# 9.

Aquella tenía que ser nuestra última noche en Berlín; antes del alba, en que un tren nos llevaría tan lejos como para ponernos a salvo, nos quedaba una larga vigilia que pensábamos consumir entre conversaciones y cigarrillos. Pero al cruzar de nuevo el umbral del Darmstadt Hotel supimos que los acontecimientos traían prisa, y que debíamos descartar nuestros planes de espera si no queríamos que el futuro nos arrollara o que nos dejase olvidados en la cuneta. La misma luz polvorienta flotaba en la recepción, tras cuyo mostrador el joven de piel olivácea seguía observando estatuariamente la lluvia que se concentraba en los aleros de la plaza. Debía de habernos catalogado como una fuente de problemas de la que era mejor desentenderse en lo posible, así que ni siquiera nos dirigió una leve mirada al tiempo que colocaba la llave y la ficha de nuestra habitación sobre el tablero; el rostro de Oskar, tan desorientado como desde que salió del local de *jazz*, sí le mereció una breve inspección, que detuvo al instante, cohibido. Luego me puso un papel doblado en dos en los dedos y habló sin mirarme, dirigiéndose al mapa de transportes de la ciudad que figuraba en la pared, junto a una fotografía revenida de la avenida Unter den Linden. El papel contenía una dirección: Bergstrasse 41, Lindenberg. El joven castaño explicó a la avenida de los tilos que un caballero que no había dejado nombre había telefoneado al hotel para indicarme las señas y transmitirme un mensaje.

—Debe ir usted esta noche —dijo—. Lleve consigo al señor Goldberg. Será la última oportunidad de que dispondrá para ver al señor Keyserlingk.

Hélène volvía a sentir que algo se le rompía en el interior del tórax, porque me miró con los ojos suplicantes del reo que aguarda su absolución. Pero no, no podíamos arriesgarnos a entregarles a Oskar por las buenas; todavía no estábamos seguros del todo de los motivos, pero sí sabíamos de sobra que aquel pobre músico

ofuscado les era imprescindible por algún tipo de causa que disculpaba la compra de hospitales aislados en bosques y la mutilación de clavecinistas de once dedos. Ignorante de todo aquel cúmulo de amenazas y enigmas que le tenía por protagonista, Oskar miraba a la moqueta de la recepción del Darmstadt Hotel buscando algo entre sus restos de pelusa, con el cabello blanco mojado dibujándole figuras en la frente. Supe que la presencia de Oskar era necesaria en el congreso de Salzburgo que comenzaba al día siguiente, supe que él debía estar allí para desbaratar ante los ojos del mundo entero la trama repugnante que le involucraba y que yo, como Hélène, creía poder barruntar a través de los resquicios dispersos que Capri nos había ido proporcionando. Abrí mi cartera y extraje una pequeña tarjeta ilustrada con una violeta que puse en la mano de Hélène: era la dirección del hotel de Salzburgo donde tenía reservada una habitación para el congreso a partir del día siguiente. Oskar y ella, insistí ante sus negativas y sus giros incompletos de cabeza, tenían que tomar de inmediato el primer tren para Viena y luego marchar hacia Salzburgo, estarían allí antes del mediodía. Existía un itinerario más sencillo, a través de Múnich, pero yo prefería evitar sorpresas y obligarles a un rodeo por Dresde y Praga. En cuanto a mí, concluí barajando entre los dedos el papel que el conserje acababa de entregarme, no me quedaba más remedio que acudir al lugar de la cita para ver qué había sucedido con Claudio Capri y qué nueva trampa se ocultaba detrás del reclamo. En cuanto terminase, solo tenía que montarme en el mismo tren: antes de veinticuatro horas estaríamos todos juntos delante de la estatua de Mozart. Hélène se mordía el labio de abajo, su manga derecha bailaba inquieta en el extremo de la muñeca.

—¿Le ha ocurrido algo al señor Capri? —dijo Oskar como despertando con un parpadeo.

Hubiera sido mucho más fácil huir los tres en aquel mismo instante, renunciar al equipaje abandonado en la habitación, al clavecinista mutilado, a la ciudad turbia e irreal que era Berlín bajo la tormenta. Pero le debía aquella cita a Claudio Capri, no solo por la compasión de Hélène, que sentía que un pájaro se le moría dentro de las costillas, sino por su dedicación a la música a la que también yo había entregado mi vida, por figurar en la vanguardia de un combate en el que también nosotros estábamos

comprometidos. Sé que Hélène temía por mí, pero un oscuro sentimiento del deber o la reciprocidad le impedía retenerme, obligarme a acompañarles aquella noche a la estación.

—Vas a tener mucho cuidado —me dijo apretando algo con los dientes—. ¿Verdad?

La besé en los labios, porque fue la forma más sincera que se me ocurrió de efectuar la promesa que exigía. Apreté las manos de Oskar con las mías, él miró algo que debía de quedar detrás de mí, y se despidió con una sonrisa de enajenado. Antes de regresar a la lluvia y las luces acuosas de la noche, comprobé que los dos se habían quedado clavados en el vestíbulo, tal vez esperando a que desapareciese por la puerta para que mi marcha fuese más definitiva, más irreversible. Tomé un taxi en la misma Stromplatz, que conducía un individuo con gorra que olía a cebolla.

El tiempo que medió hasta nuestro desembarco en Lindenberg pareció acaparar toda la noche: enfilamos largas avenidas de monumentos difusos, bocacalles con muros pintados, salimos a una autovía surcada de carteles que informaban crudamente de la distancia en kilómetros que separaba aquel punto de Hannover y Hamburgo. A medida que íbamos aproximándonos a nuestro destino, la oscuridad se apropiaba de la ciudad y vaciaba las aceras: solo farolas con insomnio vigilaban las esquinas o hacían compañía a los semáforos que trabajaban para nadie. La Bergstrasse era un largo muestrario de naves industriales, sobre cuyas fachadas se exhibían carteles de empresas de pinturas, cosméticos, papelería. El taxista me dejó en el número 39, aburrido de aquella ringla de galpones que parecía no tener fin. Cuando el coche dio la vuelta y se perdió en la lejanía, me quedé solo, abandonado en mitad del frío y la lluvia frente a un anuncio de papel higiénico, con el resplandor indiferente de una farola por toda compañía. El número 41 estaba ocupado por un baldío: una combinación de aligustres y socavones se perdía en la oscuridad tras una tapia a medio levantar y una reja. Lejos, se distinguían las sombras enormes de cuatro grúas quietas, gigantescos insectos de metal que aguardaban entre las tinieblas a que se les ofreciera una presa; en medio, pude adivinar entornando los ojos un edificio en construcción, apenas un esqueleto de tabiques y pilares sobre cuyo piso más alto giraba una fría luz azul. El destello de aquel faro solitario barría todo el

terreno, revelando el sueño amenazador de las grúas, un electroimán, bañando los aligustres teñidos de escarcha con el color de la luna. El panorama tenía mucho de decorado extraterrestre, y el cíclico brillo azul lo volvía vaporoso y tenue como el escenario de un sueño.

Al principio creí que me habían gastado una broma, o así quise creerlo, porque solo podía imaginarme aquel lugar como teatro de sucesos ridículos o siniestros. Al rato, entendí que dos o tres sombras avanzaban desde las profundidades hacia mí; cuando la aureola azul les alcanzó, pude entrever que se trataba de dos hombres y un perro. El perro no cesaba de ladrar mientras el primero de los hombres abría el candado de la reja, mostrando dos docenas de colmillos afilados sobre los que su voz se rompía con un sonido metálico, el sonido del martillo contra el yunque. Era un doberman, pero de los hombres que lo acompañaban apenas pude distinguir nada; el segundo de ellos sujetaba al animal con un collar de púas hasta casi ponerlo a dos patas. Llevaban guantes y cazadoras de cuero, quizá gorras: se agitaban sin cesar, flexionaban las piernas, abandonaban a la noche pequeños globos de vaho, intentando exorcizar el frío y la humedad que debían de estar devorándoles los huesos. Al abrirse la cancela, el segundo soltó un poco la correa del doberman y la avalancha de ladridos, dientes y saliva me hizo retroceder. El tipo se rio, el otro masculló una especie de maldición o de aviso. Di mi nombre, me hicieron entrar. Desde detrás de la reja el terreno parecía irregular, pero solo cuando uno lo recorría se daba cuenta verdaderamente de que estaba compuesto de zanjas, cráteres y cárcavas, como la superficie de un asteroide. La luz azul seguía sirviéndome de faro, allí en lo alto de la mole que crecía a medida que avanzábamos y se convertía en una especie de templo en ruinas, un zigurat olvidado en un basurero de ferralla y escombros. De noche, las grúas parecen más imponentes, peligrosas: sospechamos que aprovechan la ausencia de sus dueños para moverse con cuidado en la soledad de las obras, para alimentarse con sus picos abiertos de los incautos que se aproximan a ellas. Los dos hombres y el ladrido metálico del perro me condujeron hasta la entrada del edificio en construcción, donde la lluvia se detenía en una precaria techumbre de pizarra. Seguí la órbita del resplandor azul por vez última: recorrió el suelo

desvelando toda su complicada orografía de simas y agujeros, iluminó un viejo cartel que se oxidaba, torcido, casi en el límite de la parcela por el lado contrario. Leí: ACEROS TUMGSTEN. Bajo el tejado de pizarra el piso ascendía un poco formando un montículo; tres sombras me aguardaban en lo alto sin moverse, como componentes de una tríada egipcia. Los hombres que me habían acompañado se situaron cerca de mí, el perro fue obligado a callar: durante un lapso demasiado dilatado solo llenó mis oídos el repique de la lluvia contra el techo de pizarra. Luego, algo me abrasó los ojos; una de las tres sombras del montículo había encendido una linterna y me enfocaba sin piedad, llenándome la noche de fuegos fatuos y bengalas que parpadeaban. Preguntaron dónde estaba Oskar, yo pregunté dónde estaba Capri, el chorro de luz de la linterna descendió de mi rostro y se estrelló en el suelo. En ese momento pude vislumbrar con más claridad que se trataba en efecto de un edificio en construcción, y que nos hallábamos en la planta baja, entre un laberinto de columnas de hormigón, andamios, morteros. Alguien, uno de los tres hombres, aseguró que esperaban que no trajese a Oskar conmigo. Yo reconocí el timbre de aquella voz, y supe quién me estaba interrogando desde lo alto del montón de tierra, disfrazado entre una trinidad de sombras: era aquel eunuco repugnante que nos había abordado en el vestíbulo del Darmstadt Hotel para darnos un aviso y una cajita.

—Ha hecho usted muy mal —dijo la sombra—. Debería haber traído a Oskar con usted. Si sigue cometiendo estas torpezas acabará como su amigo Capri, que, efectivamente, se encuentra aquí.

El cono de la linterna resbaló por la rampa de arena y rescató de la oscuridad un bulto: era un saco de cemento del que asomaba una cabeza, la cabeza de Claudio Capri. Los ojos, opacos, miraban hacia la nada, una mancha violeta le contaminaba los pómulos y se perdía en su boca, abierta a medias, como si tratase de contener un bostezo. Mi primera reacción fue agacharme hacia el cuerpo para comprobar si todavía estaba vivo, pero un brazo me retuvo, cerca de mí, a la derecha, agarrándome la solapa del abrigo. Entonces la linterna se apagó, el fantasma de Claudio Capri desapareció en las tinieblas y yo comprendí que me hallaba en peligro, que la ratonera acababa de cerrarse y me iba a ser muy difícil escapar.

—Lo sentimos —dijo la misma voz, afectada por una especie de tristeza sardónica—. El señor Capri se dio un golpe en la frente y murió. Nadie pudo evitarlo.

Respiré, para otorgarme fuerzas: el aire era transparente y frío, y me dolía en el fondo de los pulmones con una violencia cárdena. Giré lentamente sobre mis talones, buscando hacerme cargo de lo que me rodeaba. Entreví pilares, montañas de grava, ladrillos apilados frente a una hormigonera, sombras de hombres que se agitaban demasiado cerca o demasiado lejos. El bordoneo de la lluvia seguía sonando sobre mi cabeza y mi miedo, fuera la luz azul estorbaba el sueño de las grúas. Más lejos se adivinaba un cementerio de hierros, coches amputados, lavadoras y chapas, que vigilaba la silueta gigantesca de un electroimán. El tenue halo azul que se filtraba a través de los pilares dotaba a todo de un aire lunar, submarino: yo creí que flotaba en el interior de un acuario a medida que iba girando y mi cerebro advertía la amenaza que avanzaba hacia mí a través de la oscuridad insondable y la cortina de lluvia. Por mi memoria surcaron como cometas las imágenes del dedo ensangrentado de Capri y de un guardia jurado que apretaba una pistola contra la sien de Hélène: comprendí que debía huir de inmediato, porque si aquellas atrocidades habían sido permitidas ya en la partida, el rival no iba a conformarse con avisarme amistosamente de que había perdido mis cartas. El gruñido del perro a mi derecha me concedió un atisbo de orientación; corrí hacia la izquierda, colisioné con un hombre que me agarró de las muñecas, forcejeamos; arrojé un puño al aire que chocó con un objeto de marfil, un dolor repentino me taladró el estómago y sentí que una medusa malva me crecía en las entrañas. Ahora los ladridos chocaban contra mis rodillas, el vapor de la respiración del animal casi me entibiaba las manos: solté una patada, el doberman gimió, un brazo que no era el mío silbó en la oscuridad, sobre mi cabeza. Algún otro fantasma avanzaba también hacia mí, triturando la grava del suelo; golpeé al aire sin cesar, percibiendo el latido de la sangre en los nudillos, esperando que algún objeto se interpusiese en la órbita de mis puñetazos. Una voz sonó a algunos pasos, una especie de voz de aviso, yo aguardé sin moverme, contando las gotas de sudor que me rodaban por la frente. Nadie se movió durante un intervalo que me resultó enorme como las grúas que

dormían fuera del edificio. Corrí, nadie me detuvo. Tropecé tres o cuatro veces en los socavones del terreno, me unté las manos de barro en los charcos, agradecí más que nunca el frío reparador de la lluvia. Al llegar a la cancela, oí que los ladridos del perro seguían batiendo yunques en la distancia.

# 10.

En Salzburgo se tiene la impresión de asistir a una perpetua fiesta de cumpleaños. La ciudad en forma de tarta que asciende en terrazas desde el río hasta el castillo, las calles de juguete engalanadas como para celebrar un inacabable Domingo de Ramos, la felicidad y la torpeza de los monumentos que recorren el casco histórico, una burbuja en la que parece haberse congelado la alegría artificiosa del siglo XVIII, todo sugiere que se festeja sin cesar el aniversario de un niño muy viejo que se negó a crecer y sobrevive desde hace cientos de años entre muñecas y caramelos. Salzburgo es el puro símbolo de la inocencia: balbuciente, inútil, bello. En lugares así, bajo el benévolo sol del invierno y la sombra del Mönchsberg, mientras paseamos a la orilla del río contando los campanarios y las cúpulas de la Ciudad Vieja, nos asalta la fugaz certeza de que nada malo puede sucedernos, de que la impunidad de una antigua niñez protege a Salzburgo de los desastres. Al descender de la estación y comprobar qué diferente era allí el cielo de la dura amenaza gris que siempre vuela sobre Berlín, yo me acordaba de Joseph Haydn, y la amabilidad de las calles y los edificios me lo traían más y más a la memoria como esas melodías parasitarias que una vez han entrado en nosotros se niegan a salir, alimentándose del insomnio. Su hermano, Michael Haydn, está precisamente enterrado en Salzburgo, en la colegiata de San Pedro. Joseph, el feliz Joseph, era un hombre afortunado, como aquella ciudad. Durante el sitio francés de Viena, a principios del siglo XIX, Joseph Haydn se dedicaba a tranquilizar a sus compatriotas entre el estrépito de las bombas con una frase que era la definición de su alma: *Donde está Haydn no puede ocurrir nada*. Del mismo modo, resultaba difícil creer que algo pudiera ocurrir en Salzburgo, pero el tiempo iba a encargarse de disipar rápidamente en mi cerebro esa vana impresión.

A pesar del sólido cielo que flotaba sobre el Mönchsberg, mi

llegada a la ciudad distaba de ser tranquilizadora. Había pasado la noche entera sin dormir, encarrujado en el asiento de un vagón de segunda clase que compartía con un desconfiado gordo de barbas de paja; me miraba sin cesar, miraba la bolsa de deporte que protegía con sus manos en el sillón de al lado, finalmente se dedicaba a dar cabezadas y a roncar con una dedicación que apagaba el chirrido de las ruedas contra los rieles. Querría haber aprovechado el viaje para pensar, para ordenar mis conclusiones, para trazar un dibujo que me sirviera de orientación en lo sucesivo e hiciera menos aventurada la exploración de ese inmediato futuro que, a través de Oskar, Claudio Capri nos había legado. Pero mis pensamientos estaban hechos de vapor y de agua, aparecían y desaparecían dejando apenas una huella transitoria de su rastro, como esas veloces localidades con tejados de pizarra que atravesaban las ventanas del tren. En Viena, donde transbordé de madrugada, los acontecimientos volvieron a alcanzarme: no había vehículo lo suficientemente rápido para zafarme de su estela. La página de cultura del principal diario austriaco anunciaba, bajo una foto demasiado generosa, que el gran clavecinista italiano Claudio Capri había fallecido en Berlín. Recuerdo que devoré un cruasán en un banco de la estación, convertido en un muñeco de caucho por el frío y el sueño, con el periódico desplegado sobre las rodillas. Me costaba leer las letras, tardaba en encontrar traducción para el alemán anodino del periodista, me dolía la cabeza y tenía ganas de despertarme en París, en una cama con girasoles bordados, de tomarme el café escuchando la radio y descender a la rutinaria parada de metro que visitaba todos los días. El gran Claudio Capri había muerto al caer de un edificio en construcción que se hallaba en las afueras de Berlín; sus allegados habían notado su desaparición desde hacía una semana, y el artista dejó sin cumplir varios compromisos en festivales a que le obligaba su contrato. El día anterior, por la noche (¿cuándo?), alguien había telefoneado a la comisaría de policía de Lindenberg para notificar el hallazgo del cadáver, en evidente proceso de descomposición. El cuerpo debía de llevar abandonado en aquel lugar varios días, ya que apareció con lesiones provocadas seguramente por ratas u otra clase de alimañas: faltaban dos dedos de la mano izquierda y el rostro mostraba rastros de sangre. Usé el periódico para limpiarme las manos del azúcar del

cruasán y lo estrujé en la papelera, con furia. Mi principal preocupación era cómo iba a recibir el corazón de Hélène toda aquella prolija colección de detalles macabros.

En la línea Viena-Salzburgo sí pude pensar, aunque tampoco me sirvió de mucho. Los asientos eran más cómodos, el gordo fue sustituido por una joven de hermosas rodillas que leía una partitura de Brahms, un cielo azul e higiénico iba elevándose desde las montañas sobre una noche demasiado opaca. No acababa de entender cuál había sido el motivo de la llamada al Darmstadt Hotel, para qué me habían hecho acudir a aquel criadero de grúas si sabían desde el principio que no llevaría a Oskar conmigo. La muerte de Capri estaba en los periódicos desde antes de mi llegada, eso era obvio, tan obvio como que en última instancia me habían permitido escapar. Tenía que entender mi visita como un aviso: Capri dentro del saco, con el cráneo violeta, era el futuro que me correspondía si seguía internándome en los pasillos del laberinto. Me pregunté por qué no dejarlo, acordándome de mis sábanas bordadas, de la estación de metro de Odéon y del café demasiado malo que compraba en un colmado de la esquina. Pero mi reputación estaba comprometida en ello, la ponencia estelar que iba a pronunciar dentro de pocos días cambiaría mi vida y me transformaría en lo que siempre había deseado, un especialista a la altura de Blaise Nérée, una digna obra de mi Pigmalión. Me palpé la casete de Nérée en el bolsillo interior del abrigo, pensé también en esa histórica conferencia que de momento se aparecía a mi mente borrosa e incompleta como un lejano recuerdo de infancia. Oskar sería la piedra angular, el pilar de un descubrimiento que abriría para mi nombre las páginas de la historia de la musicología: su presencia resultaba imprescindible en Salzburgo.

La tensión había alejado momentáneamente de mi cuerpo el sueño y la fatiga que me acosaban en el tren. Sin equipaje que arrastrar, paseé por la orilla del Salzach, crucé hasta la Ciudad Vieja por el Puente Mozart y me entretuve mirando los monumentos. El acto inaugural del congreso tendría lugar a las once en el convento de los padres franciscanos; sin apresurarme recorrí el dédalo de callejones del centro, alcancé la Franziskangasse y choqué con un enorme retrato de Bach. El convento había cedido la sala del refectorio, decorado con hermosos azulejos amarillos, para la

celebración de las conferencias: desde la puerta contemplé a una dócil muchedumbre ordenada en asientos, a la que se dirigían tres hombres calvos desde una mesa con botellas de agua. Sobre ellos, el retrato de Bach atribuido a Rentsch el Viejo observaba teológicamente la sala, indiferente a los *flashes* de los fotógrafos y las cámaras de televisión, perdida la vista en los rombos de las ventanas o los nervios de las bóvedas que achataban el techo. Uno de los hombres sentados a la mesa era Walter Kolneder, autor de un par de guías de Bach y Vivaldi que suelen consultar los aficionados. El calvo del centro se ponía en aquel instante unas gafas y aseguraba que el acto de inauguración no podía estar completo sin hacer referencia a un suceso del que desgraciadamente habían tenido noticia aquella misma mañana: el congreso internacional estaría dedicado en su totalidad a la memoria de un hombre que había llevado a cabo como pocos la tarea de divulgar y comprender la obra de Johann Sebastian Bach, el insigne Claudio Capri. La sala respondió con una estruendosa riflería de aplausos, luego de la cual el calvo dio el acto por concluido y una muchacha con falda de pliegues ocupó el estrado: seguía, según el programa, una audición de las principales partitas para violín. Entre el público vislumbré a gente que conocía, colegas y rivales de estudios, y a mi maestro, Blaise Nérée, en las primeras filas. Escuchaba la partita BWV 1002, que siempre le había deslumbrado, como quien contempla una suave puesta de sol: la mano colocada en la barbilla, el codo sostenido en las piernas cruzadas, impecablemente enfundado en su traje color gris perla. Quería saludarle, pero no aguardé al final de la audición; el agotamiento, que de nuevo se había hecho fuerte en mis músculos, junto con la incertidumbre por la suerte de Hélène y Oskar, me condujeron hasta la Getreidegasse, tres portales más allá de la casa de Mozart, donde se hallaba el hotelito Das Veilchen. Se trataba de un modesto establecimiento familiar que yo visitaba siempre que pasaba por Salzburgo, generalmente por motivos de investigación, y que regentaba una viuda con hoyuelos en la barbilla de la que me había hecho amigo a fuerza de compartir tardes de invierno. El vestíbulo solía estar decorado con ramilletes de violetas, para ser fiel al título del hotel, y terminaba en una escalera empinada sobre la que la señora Breitkopf aguardaba dormitando tras el mostrador. Había abierto el negocio después de

que su marido, militar jubilado, fuera abatido por un aneurisma mientras arreglaba el jardín de la parte de atrás, y apenas se había preocupado de alterar la disposición original del edificio: todos los cuartos se encontraban en la parte de arriba y tenían el baño fuera, además de una coqueta panorámica de las torres blancas y verdes de la catedral. Aquellos días la señora Breitkopf solo tenía en casa a una familia americana y tres parejas de japoneses, según me aseguró escudriñando el libro de entradas con las antiparras; al rictus de preocupación con que recibí esta noticia respondió que por supuesto había reservado para mí mi habitación favorita, la que permitía la vista de la última hilera de ventanas de la Mozarthaus. Llegué al cuarto intentando retener las muchas angustias y voces de alarma que luchaban por tumbarme los tabiques del cerebro: no quería pensar, mi cuerpo era un basurero de fibras recorridas por el cansancio y sabía que en aquel estado toda conclusión que alcanzase sería precipitada y errónea. El hotel Das Veilchen es lo más parecido a un hogar que tengo en Salzburgo; me dejé arrullar por la fragancia a lavanda de las sábanas, la luz ámbar que se filtraba a través de las cortinas con espigas bordadas me produjo un efecto narcótico. Me desplomé en la silla frente a la ventana, donde el sol se estrellaba de lleno contra la fachada de la casa de Mozart. En mi mente latía la desesperación aleada a la incógnita sobre la suerte de Hélène y de Oskar, y creo que pretendía imprecisamente velar hasta su llegada; luego, al poco, me desvanecí en la silla y estuve hundido en un profundo sueño durante muchas horas.

Al abrir de nuevo los ojos encontré que seguía despatarrado en el mismo sitio, con el abrigo convertido en una cosa arrugada y molesta a la altura de las caderas. Era de madrugada, la casa de Mozart se había hundido obedientemente en las sombras con el resto de edificios de la calle, en la que aguardaba el amanecer una farola solitaria. Fumé varios cigarrillos mientras contemplaba las aceras despobladas, los vacíos soportales azules, dotados todos de una enigmática luz que los hacía parecer distintos, más remotos, más auténticos. Necesitaba tanto aquel descanso que había dormido más de catorce horas sin parar, sin importarme la incomodidad del asiento y sin que las muchas inquietudes que me taladraban el ánimo lucharan por despertarme. Qué podría haberles sucedido a Hélène y Oskar era algo que apenas me atrevía a vaticinar: mi

corazón recibía con una violenta tamborrada las hipótesis más pesimistas, y la inteligencia se afanaba con desesperación en buscar paliativos a mi angustia. Podrían no haber tomado el tren que les indiqué, quizá consideraron por un motivo que no se hallaba a mi alcance que Salzburgo no era un lugar tan protegido como yo pensaba. Fuese como fuese, estaba seguro de que pronto tendría noticias de ellos, en uno u otro sentido, a través de una carta, una súbita llamada de teléfono, una columna de periódico en el peor de los casos, aquel que mi corazón se negaba a admitir protestando con una rabiosa convulsión. Al tiempo que consumía el último cigarrillo, miraba la luz de cuarzo del alba extendiéndose por la Getreidegasse, acariciando los umbrales de los edificios; aquel día, a las diez, tendría lugar la ponencia de Blaise Nérée, mi maestro, al que todavía no había tenido ocasión de saludar. La mía llegaría dentro de dos días, y contaba con la oscura certeza de que para entonces conocería el paradero de Hélène.

Desayuné en una cafetería de la Residenzplatz y me dirigí sin prisa hacia el convento de los padres franciscanos. El día previo, el agotamiento y la sobrecarga de mis nervios me habían impedido acercarme a él, pero ahora sabía que una entrevista con Nérée, el hombre más perspicaz que conocía, me ayudaría a diluir muchas de las oscuridades que encontraba en torno a la muerte de Capri y el hallazgo paralelo de Oskar. Sin embargo, sentía un pudor de novicio de describirle todo el transcurso de mis búsquedas y las pueriles suposiciones que había ido construyendo sobre ellas: prefería presentarle el resultado completo de mi investigación antes de que él desbaratara de un manotazo lo que podía considerar un batiburrillo de conjeturas sin fundamento y fantasías mal enhebradas. El refectorio del convento se encontraba algo menos lleno que el día anterior; mientras uno de los calvos que habían protagonizado la apertura alababa la carrera de Blaise Nérée bajo el retrato faraónico de Bach, yo me escabullí entre los asientos posteriores. Desde el sitio que encontré, se divisaba cómo Nérée escuchaba pacientemente la lluvia de elogios entre la nuca de una mujer con moño y el cuello poco limpio de un hombre que tosía. La luz de la mañana atravesaba las vidrieras dibujando rombos sobre los azulejos, tejiendo un leve ajedrez entre las paredes y el suelo. Seguía llegando público; alguien se sentó pesadamente detrás de mí,

con una contundencia que hizo temblar también mi silla. No sé qué me obligó a girarme, para encontrar a un individuo áspero con la raya del peine en el mismo meridiano del cráneo: sus ojos se clavaron en los míos, percibí que su mirada seguía recorriéndome la espalda cuando ya me había vuelto a fijar en el estrado. Me asaltó, momentánea, la impresión de que yo conocía a aquel hombre a pesar de no haberlo visto nunca, porque ambos habíamos sido protagonistas de un misterioso encuentro que me resultaba imposible concretar.

Pero Blaise Nérée acaparó mi atención: había tomado la palabra y ahora recurría a su más engrasada retórica para ganarse al auditorio que le observaba desde los asientos. Era un hombre dotado de un esquivo magnetismo, de un oculto poder de seducción que se revelaba transitoriamente en su modo de arreglarse las mangas de la camisa sobre el papel que le servía de guion, en sus sonrisas bien calculadas para prestar el debido énfasis a algún comentario distendido. La ponencia versaba sobre un tema en el que Nérée era un largo especialista, la simbología numérica en la obra de Bach. Aquella mañana, en el frío eco del refectorio, desgranó muchas de las deducciones y ejemplos en los que yo sabía que se ocupaba desde hacía años. Según sus tesis, Bach partía de un concepto de la matemática como fundamento de la creación; y si la música constituía parte de la matemática al estar basada en las correspondencias numéricas entre los sonidos, según querían los antiguos, el compositor se revelaba como émulo de la divinidad al levantar mundos con sus partituras. El músico es un demiurgo, afirmaba, porque pone orden, *kosmos*, en el caos de los sonidos. Dicho concepto figura ya en el *Timeo* de Platón, donde se nos advierte que el demiurgo, u ordenador, compuso el mundo que conocemos distribuyendo sus elementos *según el número y la medida*; en esto seguía a los pitagóricos, para quienes los números eran realidades tangibles, de pleno derecho, casi como ideas platónicas, de manera que alterar los números sumándolos, restándolos o multiplicándolos significaba alterar simétricamente la configuración del universo. A partir del Renacimiento, muchos otros pensadores afirmaron que Dios se había servido del número en la obra de la Creación. Francesco Zorzi, o Giorgi, fue un monje veneciano que publicó en el siglo XVI una obra titulada *De*

*harmonia mundi*, en donde se buscaban relaciones aritméticas entre las escalas de los ángeles, las medidas del Templo de Jerusalén y las de la Torre de Babel, entendiendo que Dios se expresaba mediante claves secretas a quienes se tomaban el trabajo de constatar la equivalencia de dichas cantidades. Por ejemplo, la relación entre las proporciones del ser humano (cabeza, tronco, extremidades), las dimensiones del Arca de Noé (largo, ancho, alto) y los intervalos musicales griegos (tono, diatesarón, diapasón) eran idénticos, lo cual era índice de la existencia de intenciones ocultas en la gran obra de Dios. Bach, aseguraba Nérée, compartía este tipo de planteamientos por su arraigada religiosidad. Hacer música significaba imitar la tarea divina de la Creación, y por eso consagró toda su vida a ella, guardando profundos enigmas y correspondencias en sus partituras. Usó habitualmente el método de notación simbólica conocido como cábala musical, consistente en vincular a un número cada una de las veinticuatro letras del alfabeto; esto permitía expresar las palabras mediante cifras, sumando las de cada una de las letras que las componían. Así, por ejemplo, a la palabra BACH, que se repite catorce veces en el *Arte de la Fuga* en forma de notas dominantes, corresponde precisamente el número 14 (2 + 1 + 3 + 8). Bach acostumbraba a concluir sus partituras con las iniciales SDG, tras las que se ocultaban JSB, sus iniciales, dotadas del mismo valor numérico: 29. Como ilustración de estos puntos, Nérée recurría al examen de ciertos fragmentos de la *Pasión según San Mateo*. El coro de judíos *Sein Blut komme über uns und unsere Kinder* resulta, en comparación con el resto de coros de la misma obra, demasiado extenso; *über uns* se repite 36 veces y *unsere Kinder*, 34. Si sumamos ambas cifras obtendremos el año de la destrucción de Jerusalén, y la elección del número 34 se debe con toda probabilidad a que es la edad con la que murió Cristo según una antigua tradición. En la misma *Pasión*, el pasaje en que Jesús alza el cáliz cuenta con un *arioso* cuyo acompañamiento consta de 116 compases, alusión sin duda al Salmo 116, el único que hace referencia al «Cáliz de la Salvación».

Las preguntas fueron pocas y los aplausos muchos; Nérée agradecía el estruendo inclinando majestuosamente la cabeza, con la debida sonrisa de modestia implantada en los labios. Antes de levantarme para dirigirme al estrado, noté que la mirada del

desconocido sentado detrás de mí seguía perforándome la nuca, que mi espalda le parecía un objeto digno de perenne atención. Mientras avanzaba hacia el rostro de Bach y la figura de Blaise Nérée que impartía apretones de manos, volví la cabeza un instante y lo vi, allí, en medio de un bosque de sillas vacías, sin moverse, interesado todavía en el vuelo de mi abrigo. Nérée arqueó las cejas al verme, me tomó del brazo al tiempo que despedía al último de sus admiradores con un número de teléfono. Salimos del refectorio juntos, siguiendo el cadencioso paso de desfile que marcaban sus zapatos. Estaba radiante, como un dios de mármol, con el gesto de estatua romana endulzado por la satisfacción. Por fin me encontraba, dijo, esperaba verme en la apertura del congreso, en alguna de las mesas redondas que habían tenido lugar el día anterior, pero yo no aparecía por ninguna parte, realmente temió que yo no fuese a asistir después de todo. Me sugirió que paseásemos por el claustro del convento y oiríamos cantar tercia a los monjes. El sol se derramaba sobre las arcadas del jardín arrancando nuevos matices de verde a los arrayanes, creando fugaces arco iris en el agua de la fuente; combinado con la música de quietud sobrenatural que ofrecían los monjes, cerca, el panorama acrecía esa atávica sensación de invulnerabilidad que transmitía Salzburgo, imperecedera como la niñez y la muerte. Nérée abrió su pitillera y me la tendió con una sonrisa: yo tomé un cigarrillo, lo encendí, le fui dando vueltas entre los dedos sin saber por dónde empezar el diálogo para dotar a mi explicación de una mínima cantidad de solidez o congruencia. Blaise Nérée me observaba también con su cigarrillo en la mano, quizá atento a los diferentes espectros de congoja, indecisión, pudor que iba atravesando mi voluntad, incapaz de abrir el grifo de las palabras. Entendiendo que necesitaba ayuda, Nérée comenzó por lamentar la suerte de Claudio Capri. Reconoció que al leer la noticia de su muerte en el periódico de la víspera pensó automáticamente en mí y en el modo en que aquella tragedia podía afectar a mi investigación sobre la misteriosa casete que me entregó en el despacho. La desaparición de Capri era un hecho francamente desagradable, opinó, como el modo en que había sucedido, y luego de ese último participio aspiró una bocanada de humo y me trepanó con sus ojos grises de la misma forma en que me habría mirado si hubiese descubierto un alacrán

en mitad de mi frente. Yo solo me atreví a sugerir que la versión de los periódicos quizá no fuese tan fidedigna como podría pensarse a primera vista, y luego lamenté también sin energía la muerte del clavecinista.

—¿Qué quieres decir con eso de los periódicos? —preguntó Nérée sin dejar de mirarme.

—No lo sé —respondí, extraviado—. Capri estaba metido en algún asunto extraño, algo que tenía que ver con la casete.

A pesar de la placidez que reinaba en el claustro, que debería haberme servido para inventariar todos mis temores sin ambages, una combinación paralizante de inquietud y cobardía se me había asentado en la boca del estómago y me hacía imposible confiarme a Nérée, hacerle partícipe de mis cuitas, ponerle al tanto de mis expediciones adolescentes por sanatorios abandonados y edificios en construcción, de mis sospechas sobre conspiraciones calcadas de alguna novela de supermercado. No me sentía a la altura de sus discípulos, al nivel del rigor, la coherencia y la elegancia que nos había inculcado durante años de seminarios y trabajos conjuntos en los que yo había descollado como la más aventajada de sus promesas. Prefería no decirle nada hasta que tuviera las evidencias en la caja de montaje y toda la trama pudiera reconstruirse como un gran mecano sin piezas sueltas. Yo sufría miedo de perder puntos en la estima de Nérée, y comprobaba con aprensión la mirada de desconfianza que sus ojos me dedicaban mientras paseábamos por el claustro, mientras yo me tragaba a duras penas las espinas de mis dudas. Un sonido de pasos retumbó contra los techos nervados de la galería: alguien había tenido la misma idea que nosotros y se disponía a pasear por el patio, de donde el sol de la mañana se iba escurriendo para dejar que un frío seco se introdujera bajo los abrigos. Una sombra se dibujó sobre la puerta de entrada, se desvaneció, volvió a aparecer: nos separaba todo un pasillo, pero entreví que se trataba del desconocido que se había sentado detrás de mí durante la conferencia de Nérée y que no había dejado de observarme ni un momento; se asomó cuidadosamente, pareció comprobar nuestra posición y volvió a desaparecer por la entrada. De repente experimenté un odio cerval hacia aquel hombre, hacia su aspecto desmedrado de espantapájaros, sus ojos biliosos, la raya plantada en mitad de la cabeza como el tajo de una sandía.

Rebañando mi colilla, pensé que tal vez me estuviera siguiendo, que tenía que solucionar aquello de alguna forma, que la histeria creciente que iba desordenando mis pensamientos me hacía vulnerable y estúpido: en cierto momento, entendí que todo lo que me ocurría era que temía por Hélène, también por Oskar, pero sobre todo por Hélène. Por qué no habían llegado a Salzburgo, qué amenaza les había detenido en ese punto de la vía que me era opaco como un cristal cubierto de vaho. Tenía menos de cuarenta y ocho horas para que mi ponencia comenzase, y para entonces ellos debían estar allí.

—¿Descubriste de quién es la cinta? —dijo Nérée, mirándome con una especie de dureza.

—No es Capri quien toca —contesté yo—. Sí, lo he descubierto, he conocido al intérprete.

—¿Quién es?

—Estará aquí el jueves, para mi conferencia.

Después de aquel frustrante paseo por el claustro de los franciscanos, sospeché que mi nombre había tocado fondo en la escala de la confianza de Blaise Nérée: él esperaba encontrar un informe sobre los avances en la investigación de uno de sus principales alumnos y colaboradores y recibía aquel rimero de respuestas titubeantes, de hipótesis mal formadas, elaboradas por un torpe aprendiz de detective en quien la timidez y el miedo impedían cuajar un pensamiento consistente. Agobiado por la vergüenza, hui hacia la calle, con el tiempo suficiente para advertir que el sujeto de la raya en medio me aguardaba a la salida del convento, tras una jamba, con un grupo de turistas que revisaban planos de la ciudad y señalaban edificios. Quise acercarme a él y hacerle un par de preguntas, pero se escabulló tras una esquina. El resto de la mañana lo pasé en los jardines de Mirabell, vagando inútilmente, perdiéndome por los senderos entre los parterres, deteniéndome a contemplar embobado el mirador que daba al otro lado del río, al Mönchsberg y al castillo. Estaba enjaulado, preso por el desarrollo de los acontecimientos, como si la vida del difunto Capri, la de Hélène y la mía fuesen filamentos que se iban enredando, haciendo nudos y atascándose al cruzar unos la trayectoria de los otros, hasta envolvernos a todos en el mismo ovillo enmarañado y confuso. Así me sentía yo entonces, mientras

me sentaba en alguno de los bancos del parque a fumar un cigarrillo y veía pasar a turistas con chándal, prisionero de una bobina descomunal, atrapado en el centro de los hilos, incapacitado para sacar un brazo o una pierna y poner fin a mi inanidad con un gesto. Los dos días que transcurrieron en Salzburgo hasta la mañana de mi conferencia se me diluyen en la memoria en ese borroso precipitado de esperanzas, angustias, insomnios y cábalas en medio del que yo luchaba por encontrar un punto fijo, una palabra mágica que me liberara del hechizo de arrastrarme por bancos y sillas de cafés, de tumbarme sobre la colcha del hotel para empalmar inacabables cigarrillos que traían más objeciones e imágenes, sin ser capaz de vencer mi parálisis. En cualquier momento habría tomado el tren de vuelta hacia Berlín y la lluvia, habría rastreado la vía de estación en estación, habría colapsado los teléfonos de la compañía ferroviaria preguntando por una muchacha rubia y un hombre extraviado, pero sentía miedo de abandonar Salzburgo: porque Salzburgo podría desvanecerse si yo me marchaba, porque ellos podrían desembarcar en Salzburgo cuando yo me hubiera marchado, porque Salzburgo iba a ser el escenario de mi consagración definitiva y yo no podía arriesgarme a perderlo como un sueño al alba. En esos dos días asistí a algunas de las ponencias del congreso, observé las mesas redondas desde la última fila, entre aburrido y culpable; recorrí como un fantasma todas las plazas y las atracciones turísticas de la ciudad, y una tarde, cuando terminaba un café en una terraza de la Makarplatz, junto al teatro, volví a ver al hombre de la raya en medio y la bobina se enredó más y más entre mis dedos y percibí que los hilos me rodeaban los brazos y las muñecas y que iba a hacerme falta mucho esfuerzo para lograr liberarme. Yo miraba pasar los coches de caballos en dirección a Mirabell, el sol dejaba un resplandor de miel sobre el metal de mi mesa y titilaba en el fondo de la taza; en algún momento entendí que alguien me observaba desde el interior de la confitería, volví la cabeza y lo descubrí. Sobre la barra, entre el estanque de sombras que ocupaba el local y la cristalera, el desconocido de la raya en medio bebía un vaso de leche, dejaba resbalar sus ojos sobre mi silla y se volvía hacia otra sombra mayor que aguardaba a su lado, tambaleándose. Aquella otra sombra era gruesa como un globo, parecía sostenerse precariamente sobre dos tobillos diminutos; yo supe que conocía al

dueño de la sombra y noté que el asco y la rabia me subían por la garganta a borbotones. Dejé unas monedas en el plato, corrí hasta donde los había visto: pero solo hallé el vaso de leche a medias sobre el mostrador, y el papel cubierto de migas y azúcar que hasta un instante antes manchaba un cruasán.

A medida que las horas pasaban, Hélène seguía sin aparecer y el escaso coraje que me quedaba se fue desinflando como un odre. Entre el humo de los cigarrillos recordaba las balas que silbaban junto a nuestros oídos en el sanatorio y el cráneo azulado de Claudio Capri, dentro de un saco y de la muerte, y me parecía que la noche se llenaba de grúas amenazantes como aquellas que dormían en los suburbios de Berlín, entre el aguacero. Hasta aquel momento, tal vez había decidido no hacerme cargo de la gravedad de la aventura en la que nos habíamos involucrado, de la generosidad en dispensar amenazas con que contaban nuestros enemigos: entonces, acosado por la angustia y la soledad, me horroricé al pensar que nuestras vidas estaban en juego como la de Capri, que la verdad sobre el destino del pobre Oskar y mi reputación futura no merecían un precio de esa altura. Durante la tarde del último día, evité salir del hotel para impedir que me siguieran; de cuando en cuando retiraba la cortina bordada con espigas de la ventana y espiaba la casa de Mozart, la acera de enfrente, esperando sorprender un cuerpo conocido en cada una de las sombras que deambulaban por los soportales. Había vuelto a ver a Nérée aquel mismo mediodía con otros de los participantes del congreso, a la hora del almuerzo, y aunque intentó animarme tocándome alegremente la rodilla y haciendo bromas privadas sobre los restaurantes de París, un residuo de distancia me reveló lo que sabía desde el día anterior: que iba a tener que trabajar mucho para recuperar el puesto que hasta aquella estancia en Salzburgo había ocupado en su consideración. A las diez salí de nuevo a la calle; la noche era alta, estaba poblada de estrellas y se introducía en los pulmones con un oscuro regusto a metal frío. Tenía exactamente doce horas hasta el inicio de mi conferencia, y consciente de que sería incapaz de pasarlas en la mortaja de las sábanas, me encaminé a la estación, esperando el último milagro. La cantina estaba ocupada por un hombre calvo que fregaba vasos tras el mostrador y escuchaba una vieja canción alemana en la radio; la voz de la

muchacha surgía del altavoz manchada de interferencias, como si cantase entre bolsas de plástico. Un revisor y un guardagujas conversaban junto al andén, bajo la luna llena del reloj que flotaba en el techo de hierro. Me miraron, callaron al verme pasar, prosiguieron la conversación cuando me senté en un banco, frente al panel con los horarios de llegada. Desde la boca de la estación soplaba un descarnado viento de las montañas, que me azotaba los huesos por mucho que estrechase los brazos contra la cintura y los pliegues del abrigo. Los trenes de Linz e Innsbruck cesaban a las tres de la mañana, pero los de Viena llegaban hasta las siete. Esperé con las mejillas acurrucadas en las solapas, sintiendo el calor del vaho en la nariz, dejando que la memoria se me perdiera en el pantano de los entresueños. Había un hombre en la sala de espera, vestido con una chaqueta gris, que paseaba entre los asientos vacíos. De lejos me pareció reconocer su silueta, pero no me apetecía levantarme: comprendía el placer que deben de sentir las tortugas en el interior de sus caparazones, aletargado dentro de mi abrigo sobre el banco. La memoria me resbaló en el hueco de un embudo y vi a Hélène sentada en el velador de un café, con la manga vacía sobre el mármol. Mi pasado pertenecía a aquella muchacha anodina de ojos tímidos, que izaba frente a mí el apéndice hueco de su abrigo como para recordarme esa vieja y cruel deuda que yo jamás podría saldar. Mi juventud y mis ilusiones le pertenecían, aquel modesto pisito en el Barrio Latino donde quizá fuimos felices, todo un orbe cancelado de emociones, ternuras, esperanzas y dilemas que ahora quedaban reducidos a aquel troncho en su muñeca, a aquella flor cortada que ella paseaba indolentemente por el vacío en busca de un teclado imposible. Veía a Hélène desde mi especie de entresueño viscoso, notaba su cercanía y esa sensación se traducía en una suave tibieza en los músculos, en el deseo de abandonarse y cesar, de dejarse arrullar por una mano que espantaría de nuestra almohada todos los malos presagios. Mi incipiente carrera se tambaleaba allí, en la madrugada de Salzburgo, bajo el aliento helado de las estrellas; ese ideal al que había dedicado mi energía y mis renuncias durante años oscilaba sobre la cuerda floja a punto de precipitarse en el vacío y yo, medio dormido, no sentía miedo ni alarma, sino esa voluptuosidad infantil de estrenar sábanas recién puestas. Hélène me aguardaba, lo sabía, esperaba en el fondo del

abismo donde mi futuro iría a estrellarse, en el fondo de mi vida con los brazos abiertos, porque por paradójico que resultara Hélène era dos grandes brazos, dos manos abiertas que podrían recogerme y hacerme olvidar que alguna vez quise volar, que me convencerían de que abajo, en la tierra, todo es mucho más sólido y nítido y auténtico. Y creo que luego me dormí, porque seguía con Hélène en el velador del café y arrimaba una silla a ella, el sol me deslumbraba si volvía la cara, yo apretaba la manga vacía y pronunciaba alguna palabra y la besaba, y ella asentía, asentía y yo volvía a besarla, y su muñón estéril volvía a dar fruto y crecían del abrigo capullos de geranios, y a medida que yo la besaba y le dedicaba caricias el geranio crecía y subía por el abrigo y había un aroma rojo y fresco en el aire mientras ella reía. Cuando desperté, con los ojos escocidos, descubrí que la aurora empezaba a dorar el techo de hierro y que la docena de viajeros escasos que llegaban de Viena dejaban el tren arrastrando pacientemente maletas con ruedas. Me puse en pie, las articulaciones de mis piernas emitieron un débil quejido. En la sala de espera, la sombra que yo había creído reconocer esperaba algo, entre los asientos.

# Bourrée

# 11.

El sol despuntaba sobre el Mönchsberg como si recuperase la libertad después de pasar la noche aprisionado en el interior de la montaña. A aquella hora del amanecer, la brisa de las cumbres era casi la única habitante de las calles, una compañía invisible y juguetona que se divertía ondeando los toldos de las panaderías o arrastrando bolsas de papel a lo largo de las aceras. Regresé al hotel, di los buenos días a la señora Breitkopf sin demasiado entusiasmo, pasé un rato debajo de la ducha hasta que el chorro de agua me desencostró los muchos temores que me habían crecido a ras de la piel: un último tren desde Viena desembarcaba en la estación diez minutos antes de la hora programada para mi ponencia, y aquella ínfima posibilidad era el único tablón al que podía agarrarme si no quería terminar bajo el agua, vapuleado por las olas, por usar un símil que la ducha me ponía en bandeja; pero después de la noche pasada en el banco, la catástrofe marina en la que mi futuro parecía ir a disolverse me importaba algo menos, no ocupaba tanto lugar en el censo de mis angustias. Solo me importaba volver a ver a Hélène, tocarle el hombro, hacerle sentarse junto a mí en la mesa de un café donde pudiéramos hablar y hablar hasta que su muñón diera indicios de rebrotes. Mi equipaje estaba con ella, de modo que no contaba con ninguno de los apuntes y esquemas en que había ido bosquejando el contenido de mi exposición durante los últimos meses. Sobre la mesilla de noche, fui garrapateando ideas en las páginas impares de mi libreta, haciendo pausas para tomar el aire, reunir fuerzas, aspirar el humo del cigarrillo, observar fugazmente la ventana y ver cómo la luz índigo de la mañana sacaba a la Getreidegasse de su pantano de piedra y sombras. Había trabajado durante tantos años en la *Obertura Francesa* de Bach que no me resultó muy difícil acumular una buena porción de cosas que decir, aunque todo ello se alejase como un sucedáneo de la revolucionaria conferencia que tenía

programada. Antes de salir, me palpé el bolsillo interior del abrigo para comprobar que la cinta de Nérée seguía allí: aquella iba a ser la piedra angular de mi discurso, el cimiento de lo que quería elevar sin saber muy bien cómo, sin estar todavía demasiado al tanto de la resistencia de mis materiales y las leyes de la arquitectura. Recorrí las calles con una estúpida sonrisa de optimismo varada en los labios: sentía que el sol de la mañana era benévolo y fuerte, y que acariciaba mi pelo húmedo con un vapor amarillo. Todo habría sido mucho mejor si Oskar y Hélène hubieran aparecido, me iba diciendo, pero su ausencia no debía impedirme rematar mi misión. Mis propios ojos habían sido testigos de las pruebas principales, mi propia inteligencia había logrado establecer puentes, sumar y restar consecuencias, hasta dotar de significado a todo aquel conjunto de indicios y entrevisiones, trazando el debido dibujo sobre los puntos al azar que salpicaban la superficie del papel.

El rostro colosal de Bach me dio la bienvenida desde el fondo de la Franziskangasse, retemblando todavía por el viento que bajaba de las laderas y jugaba a remover chaquetas y manteles. Un señor calvo con los ojos borrados por dos arrugas me saludó con mucha amabilidad, se cercioró de que yo era el conferenciante de aquella mañana, hizo un par de apreciaciones sobre el viento y, tocándome el codo, propuso un café. Nos acompañó una señora gruesa y erecta, vestida de negro, que esperaba mi llegada con el calvo en la puerta del convento. Este señor era uno de los organizadores del congreso que yo había visto sobre el estrado el día de la inauguración; parecía que las muchas responsabilidades con que le gravaba su trabajo habían ido aplastando su pobre cuerpo, reduciendo su anatomía hasta aquella cosa delgada y nerviosa que se agitaba en el café. Pidió los desayunos con apresuramiento, elevando su voz chillona sobre la del resto de personas que atosigaban la barra, tamborileando con los dedos sobre los muestrarios de tartas y napolitanas, reprendiendo al camarero por la temperatura de la leche. La mujer gorda le miraba hacer, me miraba a mí, con las manos cruzadas sobre un bolso de charol que sostenía en el abdomen y la boca convertida en una sutura debajo de las narices: me observaba con un interés mercantil, como tratando de determinar mi valía o el precio que yo podría alcanzar en una hipotética subasta de conferenciantes. Desayunamos allí mismo, de

pie, mientras el calvo se quemaba la lengua con un grito ahogado, vertía el café en el suelo, se reía atolondradamente limpiándose las mangas de la camisa: me dio mucha lástima. Aún quedaban tres días más, masculló, así que no debía tomarse las cosas tan a la tremenda, lo sabía, pero no lo podía evitar. Había tantas cosas que supervisar, tantos detalles a los que prestar atención, cualquier mínimo fallo podía significar el fracaso, y había tanto dinero invertido en todo aquello. El adverbio *tanto* era su favorito, y lo dispensaba con generosidad en cada frase. Me preguntó de qué iba a hablar, porque no había tenido tiempo de revisar el programa. Con voz de cuervo, la gorda graznó mi tema: la *Obertura Francesa*. Le confié que mis puntos de vista no iban a ser demasiado heterodoxos y que no iba a traer a la luz ningún dato nuevo de importancia. El calvo me miró con algo de consternación, de arriba abajo, como descubriendo de repente que yo estaba allí.

—¿Tienen reproductor de casetes en la sala? —pregunté.

—Sí, por supuesto —dijo él, con una sonrisa de confusión.

La luz del sol, más dorada y vigorosa que hacía unas horas, había alcanzado la puerta del café y convertía a quienes se detenían en el umbral en sombras anónimas, borrones amarillentos de los que solo podía adivinarse la posición de brazos y piernas. Alguien aguardaba a la entrada, junto a la ninfa *art nouveau* pintada en el cristal que derramaba una generosa cornucopia de flores y bombones. Yo le había dedicado un interés marginal a aquella sombra cada vez que volvía la cabeza para escuchar al hombrecito calvo, porque tenía que acercar mi oído para descifrar sus lamentos y porque me gustaba mirar el color de jalea del sol en los escaparates. Una pareja de señoras con gorras moteadas salían entonces, tomadas del brazo, la sombra se hizo a un lado para dejarles paso. La saliva se me amargó en las encías a pesar de las napolitanas cuando descubrí que la persona que aguardaba era el desconocido de la raya en medio, que escrutaba el interior del local con sus ojos ensuciados de bilis. Al entender que yo lo había descubierto, se retiró y salió a la calle. No hice nada. Esperé a que el calvo terminase de pagar y emprendí el camino del convento con él y la gorda, asintiendo a lo que me decía con toda la amabilidad que me permitía la impaciencia. Remontamos de nuevo la Franziskangasse ante la mirada gigantesca de Bach, la calle no

estaba muy concurrida y no encontré al hombre que me vigilaba. En la entrada del convento, donde ya se hallaban reunidos en corros algunos de los asistentes a la conferencia, el calvo me comunicó que Blaise Nérée no podría acudir: el alivio me hizo resollar con la fuerza de una locomotora. Interpretando mi gesto en el sentido opuesto, el hombrecito ofreció excusas, habló de responsabilidades, de que le había rogado que se disculpara personalmente en su nombre, yo moví la mano para indicar que no tenía importancia. Miré mi reloj: eran las diez menos diez; en aquel justo instante un tren procedente de Viena estaría deteniéndose en el andén, y quizá dos personas que yo conocía se bajasen con apresuramiento tropezando en los estribos, buscando un taxi que les llevara a la otra orilla del Salzach.

Entré en el refectorio siguiendo al hombrecito calvo, con la sensación de ir a asistir a un fusilamiento en que oficiaba de principal protagonista. Los zapatos cloqueaban sobre el embaldosado, un nuevo retrato de Bach nos veía avanzar a través del pasillo de asientos como desde encima de un altar. Ocupé un lugar en la mesa, situé la botella de agua, el vaso, enderecé el micrófono, extraje la libreta del bolsillo del abrigo y busqué entre las páginas impares. Al alzar la vista descubrí una muchedumbre de ojos clavados en mis manos, en la solapa del abrigo malamente doblada sobre mi pecho, en mi cara llena de pavor y el pelo que todavía no había tenido ocasión de secarse; la expectación flotaba en el silencio del refectorio, denso como la gelatina, espesado por la luz amarilla que se filtraba a través de los vitrales. El calvo, sentado a mi derecha, me señaló la situación del reproductor de casetes, trató de transmitirme ánimo con una presión de los dedos sobre mi antebrazo, golpeó dos veces el micrófono y comenzó a presentarme. Teníamos el honor de contar aquel día con una de las jóvenes promesas en el ámbito de los estudios musicológicos, apadrinada nada menos que por el profesor Blaise Nérée, del Centro Superior de Estudios Musicales de Francia, etcétera. El calvo citaba, equivocándose, el título de alguno de mis artículos, la gorda que nos había acompañado al café se aproximaba rápidamente a la mesa y removía un papel, se sentaba, la muchedumbre de ojos se agrupaba en mi rostro concentrado en la entrada de la sala, en la que podían aparecer en cualquier momento los cuerpos de las

únicas personas que tenían mi salvación en sus manos. Pero en vez de esos cuerpos, encontré otro que se había ganado un lugar por méritos propios entre mis incertidumbres de los últimos días: el hombre de la raya en medio estaba de pie junto a la puerta, con las manos cruzadas a la espalda y las piernas un poco abiertas, en postura de aguardar una orden. Intenté olvidarme de él, los párpados comenzaron a pesarme en la frente; solo entonces recordé que apenas había dormido aquella noche, que estaba derrotado de antemano, que la pérdida inminente que iba a sufrir no revestía excesiva importancia. La vista me desbarró soñolienta por las cabezas apiñadas en los asientos: había un hombre que bizqueaba, un anciano con jersey de rombos, una muchacha con gafas cuya boca mordisqueaba la suculenta uña del dedo pulgar. Detrás, un sitio vacío, y detrás un rostro que mis ojos recibieron con un parpadeo. La presencia de aquel rostro en aquel lugar no debió haberme sorprendido tanto como lo hizo, puesto que ya había asumido que el hombre de la raya en medio tenía un compañero; yo conocía aquella cabeza levemente ovalada, que ahora me saludaba desde la butaca con una sonrisa sardónica, el bigotito apenas dibujado sobre la boca de niña, la piel blanquecina, las largas pestañas de corista con las que ensayaba un gesto de ensoñado aburrimiento. Todo se me hizo claro, entonces, como la posición de los signos en la resolución de un problema de álgebra; entendí de un fogonazo de qué tenía que hablar. El hombrecito calvo me cedió la palabra y yo miré la cabeza que flotaba sobre el asiento con un arrebato de odio.

En el transcurso de lo que me pareció un monólogo lleno de baches y titubeos, ofrecí datos rutinarios sobre la *Obertura Francesa*, refrendados con inseguras miradas a los apuntes que se mezclaban bajo mis manos para determinar una fecha o colocar un detalle en la casilla precisa. Hablé de la época de composición, de las ediciones existentes, de los manuscritos y su fiabilidad, corregí un par de notas que se habían deslizado erróneamente en los pentagramas en las dos o tres primeras versiones, rebatí la interpretación de algún viejo académico que nadie conocía, me detuve algo exhausto. Sentía ganas de jadear, percibía cómo una fina membrana de sudor me crecía en las palmas de las manos y mojaba las indefensas cuartillas de mis apuntes. Después de refutar

a aquellos críticos olvidados pensaba hacer una pausa para reunir aire e ideas, pero el intervalo, sin que yo supiera por qué, duró más de lo debido: la voz se me encalló en la garganta, la inteligencia no formaba en mi cabeza objetos precisos, que pudiera reconocer y nombrar. Volví a observar el vaso de cristal vacío junto a mi mano, la botella de agua sin abrir, el hiato que me separaba de la primera hilera de asientos donde el público aguardaba mis aportaciones con un silencio que yo entendía como una muestra cierta de voracidad. Casi sin atreverme, oteé otra vez la butaca que se hallaba en el bloque de la izquierda, más o menos en el centro; mis ojos no tuvieron que errar mucho para chocar con la cabeza del sujeto del bigote, aquel que nos había advertido en el Darmstadt Hotel antes de entregarnos el dedo de Capri, que se había ocultado bajo una sombra azul para hablarme en un edificio rodeado de grúas y mostrarme un cadáver. La imagen de Hélène, la de un geranio recién brotado, me cruzaron la mente dejando un surco de arena: carraspeé, percibí una amargura en la lengua, proseguí. Sin apoyarme más en mis notas, aventuré que a pesar de su nombre la *Obertura* debía ser llamada con más propiedad *Alemana* antes que *Francesa*, porque lo que Bach hacía en ella era apropiarse de los esquemas de composición galos para distorsionarlos mediante el contrapunto y las modulaciones, al típico estilo alemán. Este comentario despertó la aprobación de la muchacha de las gafas sentada en la tercera fila, que dejó de morderse el pulgar por un instante para asentir, aunque también era posible que tratase de espantar una mosca. En aquel instante, supe que había llegado la hora de desembocar en lo que realmente tenía que decir. El calvo que me había presentado inclinó la cabeza cuando le comuniqué que iba a poner la cinta, pulsé un par de botones, los altavoces crepitaron suavemente, igual que si estuvieran llenos de hojas secas. Al fondo, en la puerta, la luz que llegaba del exterior dibujaba con nitidez el perfil del hombre de la raya en medio, plantado con ademán militar en el centro del pasillo que dividía las filas de asientos. Sin previo aviso, en mitad de una explosión de interferencias, un desmedrado piano de pared ofreció el *eco* de la *Obertura Francesa*, los primeros compases de notas largas, el ritmo casi ecuestre, las líneas de las dos manos recorriendo paralelamente las escalas como dos jinetes que pasean juntos, la alternancia de

repeticiones calculadas que tenía algo de juego de escondite, y todo, a pesar del sonido de insectos que estorbaba la melodía y la crueldad de ciertas cuerdas desafinadas, con una sinceridad y un patetismo que hizo al público entreabrir los labios y encerrarse en una especie de hechizado silencio cuando la última nota quedó en el aire, balanceándose entre el resplandor amarillo de las vidrieras. Las toses no tardaron en deshacer el sortilegio, un murmullo de admiración e incredulidad se repartió por los asientos. El sujeto del bigote me dirigió desde su puesto una mirada de interrogación; sabía, como yo, que había llegado el momento de hablar.

—Coincidirán conmigo —comencé— en que la versión que acaban de escuchar de la *Obertura Francesa* es única. Por desgracia, solo cuento con la grabación del *eco*, del resto no puedo ofrecerles nada. Sé lo que muchos de ustedes piensan en este momento: que la versión pertenece a Claudio Capri, el clavecinista más experimentado en la obra de Bach que ha existido, y se preguntan qué motivos podía tener el maestro para realizar una grabación tan descuidada, en un cochambroso piano de pared. Pero no, no se trata de Capri, porque Capri ha muerto, como saben: ha muerto asesinado.

El murmullo había cedido un momento antes para dejar que yo pronunciase mi acusación con toda la nitidez que me permitía el micrófono, pero entonces regresó con mucha más fuerza, acrecentado por un estrépito de exclamaciones, sillas corridas, miradas alarmadas a la mesa en la que yo me sentaba y desde la cual también el hombre calvo se compadecía de mi exabrupto. Confiando en apaciguar las butacas, el calvo me arrebató el micrófono, rogó compostura, aseguró con una nerviosa sonrisa de hombre acorralado que yo no me había explicado bien y que inmediatamente iba a despejar el malentendido. Una voz que no era la mía se elevó sobre el tumulto que atronaba el refectorio; todas las cabezas se volvieron hacia la zona izquierda del público, más o menos hacia el centro.

—Su ponencia nos ha defraudado —dijo el individuo del bigote, torciendo con un mohín de fastidio su boquita de adolescente—. Creíamos que usted poseía mayor rigor científico, y que no basaba su investigación en fantasías.

—¿Fantasías? —exclamé, y mi voz sonó como una ola contra el

eco de las bóvedas—. Usted sabe mejor que nadie que no se trata de fantasías, puesto que quienes asesinaron a Capri fueron amigos suyos.

Alguien rio. En las filas de detrás, la gente se levantaba arrastrando las sillas y se marchaba con visibles gestos de malhumor. A aquellas alturas, el murmullo había degenerado en una estridencia de charla de cafetería, y el público se había desmembrado en varios corros de sujetos con portafolios que se intercambiaban chistes y palabrotas: vi al anciano del jersey de rombos caminando hacia la salida mientras silbaba flemáticamente la melodía de *El tercer hombre*. Si alguna vez hubiera querido diseñar un final catastrófico para mi carrera, jamás habría logrado conseguir una expresión tan acabada y perfecta como aquella. Pero también yo reí, ante la expresión de horror y odio que me dedicaba el hombre calvo que ahora se despedía por el micrófono dando la conferencia por concluida y declarándome indispuesto, me reía porque esa carrera por la que hasta aquella noche había hipotecado deseos oscuros que nacían a la altura de mi corazón no me importaba más que una vieja carta de amor sepultada en un cajón, que un tenedor mellado y torcido que ya no puede usarse; reía y contemplaba con fijeza ofensiva al hombre del bigote y la boca de muñeca, la cabeza oval que giraba a un lado y a otro de la sala como buscando a alguien y que profería palabras que yo no oía, acompañadas de un brusco ademán de la mano izquierda. El calvo se levantó de la mesa dedicándome un adjetivo poco cortés, yo tardé un instante en entender qué sucedía en la zona del público. La gente huía de la sala con el gesto de condolencia de quien ha presenciado la derrota de su equipo de fútbol, en la primera fila la gorda que nos había acompañado a mí y al calvo durante el desayuno recorría el suelo con la vista, atacada por lo que parecía un súbito dolor de estómago. Por el pasillo del centro, el individuo de la raya en medio sorteaba hombros, buscando acercarse al estrado donde yo me había quedado solo, con la inútil compañía del micrófono y un vaso vacío; otros dos hombres que no conocía atajaban el espacio que las butacas dejaban del lado de la pared, limpiando los azulejos con las mangas cuando tenían que apartarse para dejar paso a algún espectador que salía. Miré fijamente al de la derecha y me dije que no lo conocía pero que sí lo había visto,

antes, en algún entresueño, en algún lugar azul, acuático, vago como el humo de un cigarrillo: se me hacía difícil prestar crédito a mis intuiciones, porque últimamente mi memoria se empeñaba en identificar a todo el mundo, en adjudicarle un puesto en aquel desordenado trastero de esperanzas y amenazas que era mi pasado. El sujeto del bigote, pesado como una tarta, seguía aplastado sobre su asiento, con las manos una sobre otra en la rodilla y la boca oscurecida por una sonrisa difícil, de las que precisan muchas miradas para ser descifradas. Pero a mí no me cabía la menor duda sobre lo que sucedía: tomé mi libreta, me levanté de la silla haciendo chirriar las patas contra la madera del tablado, giré la cabeza a un lado y a otro; la luz del sol caía a plomo sobre el embaldosado, dibujando una geometría amarilla en el aire. La multitud en desbandada todavía obstruía la salida principal del refectorio, que daba al claustro, el vestíbulo y la calle. Una pequeña puerta ocupaba un rincón del lado del estrado, con todo el aspecto de haber sido abandonada allí en el transcurso de un desahucio: debía de ser la que conectaba el antiguo comedor con el resto del convento. El tipo de la raya en medio casi había alcanzado la primera ringla de butacas, donde se encontraría con la gorda del desayuno; el de la izquierda estaba retenido por un tapón de cuatro espaldas, que se negaban a avanzar o retroceder para que la conversación que sobrellevaban no se interrumpiese; el de la derecha, del lado de la nueva salida, apartaba sin miramientos a una vieja de lentes infinitas y se disponía a echarse sobre mí antes de que consiguiese dejar la sala.

La puerta que había avistado era baja y angosta, como diseñada para una congregación de monjes jorobados; el pomo cedió después de dos secos manotazos, con un sonido de disparo que me puso en una habitación cuadrada y fría, donde una Virgen atrapada en un tapiz recibía la visita de una paloma. La luz era escasa, de modo que me moví entre las tinieblas cegado todavía por el impacto del sol en las vidrieras del refectorio; el sonido de la puerta al chocar contra la pared me advirtió que alguien más había penetrado en la estancia. En una esquina, junto a la Virgen, otra salida más estrecha que la anterior conducía a un segundo claustro, poblado de columnas con caries y arbustos amarillos: corrí por uno de los muros, giré, me arrepentí y retrocedí; alguien se me aproximaba

desde la diagonal del claustro, pisoteando los arbustos con un ruido de maderos rotos. Antes de que alcanzara la puerta por la que había entrado, un segundo hombre, el que creí reconocer, me obstruyó el paso y me soltó un puñetazo en el vientre; me apoyé en la balaustrada, dando boqueadas, sintiendo que un licor agrio me ensuciaba las tripas. Me dejé arrastrar hasta la habitación oscura, donde la Virgen contemplaba con arrobo el vuelo de la paloma, una sombra enorme como un mueble atravesó el vano que daba al refectorio. El gordo del bigotito estaba ahora frente a mí, moviendo las pestañas ante mi cabeza como si le costase entender la expresión de mis rasgos; el dolor que me atascaba el abdomen apenas me permitía reparar en detalles, pero advertí que se secaba las manos con un pañuelo, buscando desprenderse de un olor o una mancha, que sus tobillos eran demasiado frágiles para sustentar sus dimensiones aerostáticas. El individuo que agarraba mi codo izquierdo masculló una palabra, yo me volví hacia él: entre una bruma de imágenes, supe que lo había entrevisto bajo la luz azul, en una noche de lluvia, junto al esqueleto de un edificio en construcción. El gordo del bigote carraspeó, se llevó el pañuelo a la boca con su mano llena de uñas.

—Su órdago ha sido muy lamentable —me confesó—. Podríamos habernos ahorrado todos esta situación tan penosa si usted hubiera sido un poquito más inteligente.

Luego me golpeó con los nudillos en la frente y creí que por un instante la electricidad se interrumpía en mi conciencia y todo quedaba a oscuras.

—Tenga usted cuidado con esos tropiezos —sonrió el gordo—. Puede usted hacerse daño. Vamos.

Percibía cómo un arroyo de sangre caliente trazaba un camino por mis mejillas desde la sien a la barbilla. Del refectorio no salimos a la Franziskangasse: entre tropiezos y sacudidas, con el sentido de la orientación distorsionado por el vértigo, fui llevado al primer claustro, por el que había estado paseando con Nérée días atrás para escuchar a los monjes; embocamos un pasillo, atravesamos una reja, el débil resplandor de las velas sustituyó al fulgor del sol sobre los patios. Finalmente, desembocamos en una placita que limitaba con la Mozartplatz, después de franquear una especie de vestíbulo donde un cirio votivo manchaba de luz sangrienta una imagen de

San Francisco. Después de un camino algo irregular del que solo recuerdo el viento azotándome el cabello, turistas en escorzo y estatuas, penetramos en un café hecho de caoba y vidrio, en cuyo interior una multitud de espejos repetía la luz de color madera que flotaba sobre los veladores. Allí los hombres que me arrastraban relajaron la presión de los dedos y yo me tambaleé, inseguro de mi equilibrio. Un camarero con pajarita y chaleco de ante me dio los buenos días, yo repliqué con una estúpida reverencia. Esquivamos varias mesas en donde americanos en chándal y viejas embadurnadas con lociones devoraban café y pasteles, nos introdujimos en un pequeño corredor entre la pared de la izquierda y el mostrador, ocupado por veladores vacíos y sillas puestas en alto. Algunos pasos más allá, dos hombres nos aguardaban sentados entre la penumbra castaña; uno de ellos era Blaise Nérée.

# 12.

Mozart iba a ser testigo de nuestra entrevista: él sería el invitado ubicuo que oiría cada palabra de aquella atrabiliaria confesión con el cometido de preservarla en alguna parte, de garantizar su existencia, de impedir que otros aseguraran que nunca había tenido lugar o yo la relegara al sótano turbio de mis delirios y mis dudas. Mozart flotaba por todas partes como un perfume demasiado denso, su continua presencia se revelaba en el nombre del café, Mozart, de la plaza a que daban las cristaleras, la Mozartplatz, y la figura de piedra y mármol que velaba en medio, bajo el cielo de lapislázuli de la mañana; Mozart se repetía bajo el avatar de un muchacho sonriente en el muñeco pintado en los escaparates y la luna de los espejos, en las tapaderas de las cajas de bombones que nos observaban desde el mostrador con la tosquedad de iconos bizantinos. Yo no podía entender por qué Blaise Nérée me aguardaba a la salida de todo aquel extravío de amenazas, persecuciones, golpes y derrotas, o no quería entenderlo. Estaba sentado, algo inquieto, al filo del velador de mármol, dotado de su impecable traje gris de cuyas mangas sobresalían correctamente dos gemelos dorados; movía las manos sin encontrar qué asir, tratando de aprisionar el aire, buscando distraerlas con algún objeto. Cuando llegué y el gordo del bigote me ordenó sentarme, la mirada de Nérée me eludió y escapó por las patas de las sillas, hacia la silueta del otro hombre con el que compartía la mesa. No quería girar la cabeza en mi dirección, porque mis ojos no se apartaban de él y debía de haber algo en aquella inspección que le escocía, como la marca de una bofetada. Su boca emitió un bufido imperceptible, extrajo un pañuelo del bolsillo de la americana y me lo tendió dedicándome un fugaz parpadeo.

—Sécate esa sangre de la frente, por favor —suspiró.

El otro hombre era una especie de tortuga antiquísima, echada sobre un bastón que mantenía erguido entre las piernas y sobre el

que se posaban, como pollos desplumados, dos manos escuálidas y blanquecinas. Bajo un sombrero de caza gris tenía lugar un rostro blando, informe, que recordaba a una mancha de aceite cambiando de forma sobre una película de agua: los ojos, amarillos y llorosos, eran los únicos elementos sólidos con que parecía contar aquel rostro a punto de escurrirse. Apretándome el pañuelo contra la sien para frenar la hemorragia y paliar algo el dolor que me torturaba la cabeza, fui mirando a Nérée y al viejo de hito en hito, esperando que alguno de ellos tuviese la gentileza de explicarme qué hacíamos allí. Detrás de mí, el gordo del bigote aguardaba a unos pasos, junto con los dos hombres que me habían traído, y su respiración de oso dormido casi apagaba las voces de los clientes del café que, más allá del mostrador y la caja registradora, cambiaban risas y alguna palabrota. Nadie lo había pedido, pero un camarero dejó sobre la mesa dos cafés y una copa de coñac, vasos de agua, servilletas. El viejo, perfectamente indiferente, fijaba su mirada amarilla en las manos de trapo con que sujetaba el bastón, como resignado a su presencia en el café, que debía de serle tan prolongada como molesta. Era Nérée quien tenía que hablar: sus prolegómenos fueron dos repiques de cucharilla contra la taza, un leve sorbo de café, un carraspeo. Me concedió una breve mirada, que no tuvo valor de sostener por mucho tiempo.

—Deberías haber entregado a Oskar —dijo dirigiéndose a alguien que debía de quedar detrás de mí.

Los párpados se abatieron por un segundo sobre los ojos amarillentos del viejo: tal vez iba a dormirse. A Nérée le costaba seguir hablando, algún obstáculo intangible se interponía en su voz haciéndole observar la mesa con concentración de enajenado, interrogar con la vista a la tortuga soñolienta que respiraba en medio de nosotros, extraer la pitillera, abrirla, contar silenciosamente los cilindros de papel que se apretaban a un lado, tendérmela. No sabía si la merecía, pero un arranque de compasión me hizo aceptar uno de los cigarrillos: él me agradeció el gesto con un parpadeo. Ayudado del humo su discurso parecía más fluido, como si el sabor recio del tabaco en la garganta le facilitase la pronunciación de ciertas palabras que de otro modo se negaban a acudir. La pitillera de Nérée era elegante, como todo en él, austera, metálica; la luz de caramelo de la mañana se derramó sobre la

tapadera antes de que la apostara a un lado del velador, junto a un paquete atado con cuerdas que yo no había visto al llegar.

—Todo habría sido mejor si hubieras devuelto a Oskar —repitió con voz oscura, ocultándose tras un torrente de humo—. Solo Oskar nos interesa.

Yo no entendía cuál era el papel que Nérée jugaba en aquella macabra pantomima, acompañado del viejo que nos oía hablar francés mientras se diluía en el sueño, del gordo de boquita rosada que aguardaba detrás de mí, lanzando suspiros de deseo hacia los pasteles alineados en las vitrinas. Con toda la franqueza que me otorgaba el cansancio, le pregunté qué hacía allí, por qué acababa de usar en plural el pronombre de primera persona: Nérée se retrajo como un molusco entre sus valvas, escudándose tras una nueva barrera de humo.

—Se trata de algo demasiado complejo para poder describirlo en una mera conversación —se excusó—. Yo contaba contigo, sabía que tú serías la persona idónea. Has sido mi alumno favorito, siempre.

Aquellos elogios inútiles debían de tener la misión de despejar un camino que sin duda se mostraba difícil y que podría recorrerse con mayor confianza si se contaba con mi colaboración previa, o con la promesa tácita de que no estorbaría el trayecto. Me llevé mi cigarrillo a la boca, aspiré, soplé, incliné la cabeza dando a entender que aceptaba el soborno de su obsequiosidad.

—Necesitábamos llegar hasta Capri —Nérée seguía usando el plural, envolviendo también en su círculo al anciano borroso que se volcaba sobre su bastón—. Teníamos que llegar hasta él porque él nos llevaría a Oskar. No había modo de encontrarlo, su estela había desaparecido de la Tierra como borrada de repente. Y cuando lo encontramos, era Oskar quien nos faltaba: Capri se negó terminantemente a revelarnos dónde se escondía. Yo sabía que Hélène Vauban había sido su pupila, que los dos seguían viéndose, que si alguien estaba al tanto de su paradero debía ser ella. Capri nos traicionó, y tenía que pagar. Todo era demasiado importante como para que nadie lo echase a perder.

Ahora podía comprender con toda claridad por qué yo constituía la persona idónea: qué mejor intermediario, qué hilo conductor más propicio entre Nérée y Hélène que yo mismo, unido a ambos por un

doble cordón umbilical de reverencia y ternura demasiado sólido como para que pudiera quebrarse de ninguno de los lados. Yo era el vulgar alambre de cobre a través del cual los designios de Nérée pasaban hasta Hélène, que buscaba por encargo suyo a un hombre que había amado y que tenía que morir. No me ofendió descubrir que mi maestro había reservado para su favorito un deslucido papel de marioneta; más bien me invadió una corriente de alivio que era parecida a un chorro de agua tibia, que me absolvía de todo aquello que mi voluntad había acometido entre nubes de escrúpulos: entonces supe que las palabras que dedicase a Hélène a partir de aquel momento serían sinceras y perfectas como esferas. Acorralado, vencido por la inquietud y la culpabilidad de quien acaba de ser sorprendido en una infracción, Blaise Nérée descabezaba un cigarrillo en el cenicero para relevarlo por otro y buscaba dónde amparar sus manos, que recorrían extraviadas la mesa sin detenerse en ninguna parte. Yo me sentía muy cansado, los músculos de las piernas parecían habérseme derramado sobre el asiento y pensaba que me iba a ser muy difícil volver a ponerme en pie; hice un esfuerzo para elevar la voz sobre el murmullo de risotadas y mesas corridas que colmaba la confitería, repetí tres palabras dos veces. Qué era aquello, dije, qué era aquello tan importante como para abandonar el cadáver de Capri en un edificio a medio levantar. Entonces la momia que sostenía el bastón a mi izquierda abrió sus dos ojos amarillos y su boca emitió un nombre.

—Bach —rugió.

Aquellos dos ojos untados de aceite me escudriñaban con una severidad vengativa, como si mi pregunta le hubiera ofendido con la brutalidad de una blasfemia. Para responderme, Nérée cambió al alemán: su confesión estaba entrando en un territorio que pertenecía de alguna forma oscura al anciano del rostro sin forma que nos observaba desde el filo de la mesa, asintiendo de cuando en cuando a algún detalle específico del relato. La protección del anciano prestó valor a Nérée; sus manos se apaciguaron y no necesitó recurrir al humo para utilizar ciertas palabras.

—Se trata de lo más importante de todo —aseguró—: Del misterio. En 1827, Carl Friedrich Zelter escribió a Goethe que Bach era una manifestación de Dios tan profunda como el universo: enorme como él, y, como él, inexplicable. Bach es un misterio, en

efecto, y eso tú y yo lo sabemos mejor que nadie, porque pocos se han aventurado en los recovecos de sus partituras como nosotros. Entender el misterio de Bach significa acceder a la raíz de la creación, a la placenta de la que la divinidad extrae sus mundos. Goethe decía que Dios creó a Bach para distraerse en la eternidad. Todos los que hemos amado esa música nos preguntamos lo mismo, y sé que también tú: de qué fuente brota, de qué semilla crece. De dónde extraía el genio su inspiración, dónde está lo auténticamente insustituible de su arte.

Desde las tapaderas de las cajas de bombones, el joven Mozart aguardaba también la respuesta; el viejo ya no dormía, observaba con rigor los gestos de Nérée y las palabras que iban saliendo de sus labios, como vigilando que todas y cada una respetasen un orden previo de aparición. Detrás, el gordo del bigotito daba las gracias a un camarero: sobre un plato situado en el mostrador figuraba una napolitana de tamaño monstruoso.

—Vas a permitirme una digresión metafísica —prosiguió Nérée, con el aplomo restablecido—. Leibniz, que fue contemporáneo de Bach, enunció el principio de los indiscernibles. Según su fórmula, es imposible que existan dos entes absolutamente idénticos en el universo, solo distintos en la cantidad. Todos los seres divergen y cada cual es íntima, constitutivamente diferente de los demás, en razón de su esencia. Hasta tal punto, dice Leibniz, que si encontrásemos dos entes iguales no podríamos hablar con propiedad de dos: serían el mismo. Quiero presentarte al señor Cyril Tumgsten.

La cabeza de tortuga se inclinó con un ademán débil, casi como si fuera a desprenderse de los hombros que la sustentaban para echar a rodar. Algo como una sonrisa se distinguió en la boca amorfa que le rasgaba la cara, me asaltó una rápida repugnancia que me hizo apartar los ojos. El señor Cyril Tumgsten, presidente y principal accionista de la poderosa multinacional Aceros Tumgsten, daba la sensación de carecer de esqueleto, de ser blando y frágil como un molusco e ir a deshacerse en el suelo en el momento de tener que ponerse en pie. No sé si Nérée lo mencionó entonces o si lo supe por otra parte, pero sé que la vetusta criatura que nos hacía compañía aquella mañana había heredado la firma de Marcus Tumgsten, un robusto empresario metalúrgico que se enriqueció

fabricando cañones para Hitler y que había obligado a su hijo a ocuparse de los negocios aunque su vocación tratara de conducirle por la senda menos lucrativa de la música. Violinista de vocación, devoto de Bach, Cyril Tumgsten había puesto una parte importante de su fortuna al servicio de uno de los proyectos más ambiciosos que se habían concebido en la historia de la cultura (la retórica es de Nérée): el Proyecto Contrapunctus.

—He oído ese nombre antes —interrumpí.

—En el Sanatorio Alban, en Messkirch —puntualizó Nérée tomando el paquete con cuerdas que se encontraba al borde de la mesa y depositándolo en el centro—. Hélène y tú fuisteis demasiado osados. Queríamos, por supuesto, que reconstruyeseis la investigación de Capri y que dierais con Oskar; pero nunca creímos que llegaríais al punto de introduciros en el sanatorio, de noche, con la temeridad de no pensar en las alarmas y los guardias. Tuvisteis suerte de salir enteros.

—Lo sé —respondí acordándome del revólver que escalaba la sien de Hélène—. Curioso sanatorio aquel: pocos enfermos y muchas pistolas. Supongo que también escondía algo demasiado importante como para que nadie lo echase a perder.

Blaise Nérée improvisó una sonrisa que era una especie de mueca de agonía, descoyuntando la boca para enseñar su colmillo derecho. Deshizo los nudos del paquete con lentitud, retiró el papel de estraza, dejó al descubierto una montaña de fotografías y cartones plegados, que parecían barajados con apresuramiento en un mazo de naipes de esquinas desiguales. Tomó la primera foto del montón y me la tendió, por encima de las tazas de café y del coñac que el señor Tumgsten contemplaba con solemnidad oracular, como si la copa fuese a revelarle un secreto. Era una foto del Sanatorio Alban antes de ser remozado, cuarenta o cincuenta años atrás: parecía un antepasado del edificio que Hélène y yo habíamos visitado, mustio, aterido, caduco. La elegante pitillera de metal volvió a oscilar frente a mis ojos y yo elegí un nuevo cigarrillo con el escrúpulo caprichoso con que se elige entre los bombones de una caja.

—El único modo de desvelar el misterio de Bach era remontarse a su fuente —continuó Nérée con una mirada fervorosa, acariciando también otro cigarrillo—. Viajar hasta el corazón mismo de su obra,

a la fragua en que se forjó. Era necesario tener delante al mismísimo Bach para asistir al proceso de creación, para espiar el momento crucial en que esas partituras prodigiosas pasaban de la mente del genio al papel. Solo tomando en cuenta las diversas incidencias que podían afectar al espíritu del creador obtendríamos el sentido de la obra creada. ¿Nunca has deseado haber estado presente en la habitación de esa casa de Praga en que Mozart concluyó *Don Giovanni*? ¿No te hubiera gustado asomar la cabeza por encima del hombro de Monteverdi para verle redactar el primer aria del *Orfeo* y observar cómo la música fluía de sus manos, cómo nacía, igual que el sudor, del contacto de los dedos con la pluma?

No respondí. Blaise Nérée aprovechó mi silencio para prender su cigarrillo y alcanzarme un papel que contenía un dibujo: una guirnalda de color azul, verde y rojo se trenzaba de arriba abajo, salpicada de pequeñas esferas, cerezas y burbujas con esos tonos estridentes de las chocolatinas recubiertas de caramelo. Algún órgano en las profundidades de mi cráneo comenzó a entender, pero una risa tartamuda me subía a los labios y objetaba que era imposible.

—Eso que tienes en la mano —dijo Nérée liberando humo por la nariz— es el primer ladrillo de nuestro edificio. La piedra angular sobre la que todo el Proyecto Contrapunctus ha sido construido. Hace cincuenta años, el señor Cyril Tumgsten puso los medios necesarios al servicio de un plan revolucionario, sin parangón en la historia de la ciencia. Tú entonces no habías nacido, y yo apenas era un niño de pantalón corto que aporreaba un piano en un apartamento de París. Era la época en que Pau Casals rescataba las *suites* para violonchelo y se interpretaban las *Variaciones Goldberg* sobre anacrónicos instrumentos de cola, exagerados como ballenas, que solo podían servir para los ruidosos scherzos de Beethoven. Mucho antes de que se revalorizaran los clavicordios, el oboe *d'amore* y las versiones historicistas, un hombre entendió que el secreto de la obra de Bach, como el de toda obra, estaba en el individuo y la época que la vieron nacer. Ese hombre era Jerzy Bolkonsky.

—El musicólogo.

Había visto una vez una foto suya, en las actas de un ciclo de conferencias sobre música barroca que se había celebrado en alguna

imprecisa ciudad de la Alemania devastada de la posguerra: era un hombre en blanco y negro, neutro, con un rostro de cera derretida sobre el que habían implantado una mata de cabello sin color. No había nada enfático en aquellos rasgos, nada que reclamase para ellos un puesto en la memoria de nadie, y yo los había olvidado. En el transcurso de mis estudios, Nérée había sido el único de mis profesores que había reservado alguna palabra de elogio para Jerzy Bolkonsky; los demás lo eludían, decían desconocerlo o simplemente desestimaban sus trabajos con el rictus de quien ha sorprendido un insecto en la hombrera de su chaqueta. Bolkonsky era polaco, pero había pasado toda su vida en Alemania, de donde lo desterró el nazismo para mandarlo a errar por París y Londres y obligarle a ganarse la vida de violinista en las bodas. Sus investigaciones, esporádicas y oscuras, apenas sumaban dos docenas de páginas en revistas especializadas; es dudoso que alguien, salvo Nérée, las leyese alguna vez: su fama provenía de un intento de robo por el que fue condenado a dos años de cárcel y expulsado de Gran Bretaña y que terminó de ennegrecer su ya tenebrosa reputación. Luego los periódicos y algunos testimonios contradictorios deformarían el suceso, pero entonces se acusó a Bolkonsky de haber tratado de sacar un Stradivarius del Museo Británico con la excusa de ir a ofrecer la versión definitiva de la partita número dos de Bach. En sus textos, prestaba gran atención a ese tipo de detalles; como Claudio Capri más tarde, enunciaba que el intérprete debía, para conocer la obra que iba a ejecutar, rodearse de los ingredientes y la atmósfera en que había surgido, tocando los mismos instrumentos, vistiéndose con las mismas ropas y hablando el mismo idioma del compositor si era preciso: lo cual debía convertir a todo concertista en un museo ambulante. Perseguido por su descrédito, Bolkonsky vagó en los cincuenta por Europa luchando para que las revistas aceptasen artículos que acababan indefectiblemente en la basura. El olvido lo alcanzó antes que la muerte y nadie sabía a ciencia cierta qué había sido de él en sus últimos años.

—Bolkonsky era un hombre avanzado —aseguró Nérée— que sufrió por sus errores. Un intento desafortunado de poner en práctica sus teorías le hundió en la miseria y desde entonces no fue para el mundo académico más que un paria. Pero su cabeza se

hallaba llena de proyectos, de planes asombrosos. Cyril Tumgsten le prestó oídos y así nació el Proyecto Contrapunctus. Aparte de ingenuo, Bolkonsky era generoso: invitó a participar en el trabajo a autoridades reconocidas de la esfera musicológica que desestimaron su hazaña con desdén y que reían ante los objetivos que aseguraba que llegaría a alcanzar. Años más tarde, cuando Bolkonsky hubiera muerto, esas mismas autoridades se sumarían a la tarea llenas de fascinación. El Proyecto Contrapunctus ha sido la obra conjunta de tres generaciones de musicólogos, directores, historiadores de la música, solistas, melómanos de todo el mundo. Una obra secreta, cerrada al gran público, solo dedicada a una selecta minoría de amantes del arte en su sentido estricto, amantes de Bach, que es la cima de todas las artes. Tú también habrías tenido tu lugar en ese proyecto si Claudio Capri no nos hubiera traicionado y ahora todo estuviera a punto de desmoronarse.

Con las últimas frases, las manos de Nérée habían ido crispándose sobre el velador; lejos de las vacilaciones con que habían comenzado la entrevista, recorrían el aire ferozmente, desmenuzando objetos invisibles que apretaba un instante antes entre los dedos tensados. Yo seguía sosteniendo el papel con la guirnalda de colores, parecida a la cadeneta que decora el cumpleaños de un niño; un brillo de delectación, de orgullo satisfecho, aclaraba la mirada oleosa del viejo Tumgsten. Percibía que Blaise Nérée daba vueltas y vueltas como una mosca alrededor de un centro, que una habitación interior estaba a punto de ser abierta por fin. El gordo del bigote eructó detrás de mí, los ojos de Mozart se clavaron desde las cajas de bombones sobre una de las tazas que estorbaban la mesa. La fotografía que encabezaba el montón del paquete era de una lápida de mármol.

—Dos entes absolutamente idénticos son el mismo —las manos de Nérée se serenaron por un segundo—. No hay repeticiones, sino un perpetuo renacer, una resurrección continua de las cosas que fueron y que volverán a ser: es el eterno retorno, *nihil novum sub sole*. Aceros Tumgsten compró una parcela de un millar de hectáreas en un rincón discreto de la Selva Negra donde después de la guerra se había construido un sanatorio sin demasiado porvenir. El edificio sirvió para acoger los muchos laboratorios y salas de pruebas que el experimento necesitaría; durante unos años, para

mantener las formas, se siguió atendiendo a algunos pacientes, luego también esa variante del disimulo pareció superflua. Un grupo de agentes especializados desenterraron en secreto el cadáver de Bach en Leipzig, en la iglesia de Santo Tomás, adonde había sido conducido después de su exhumación y análisis. No somos ladrones de cuerpos: solo necesitábamos una célula. Conseguimos el fémur derecho, tomamos lo que habíamos ido a buscar y devolvimos la pieza. Se intentó divulgar por los periódicos que todo se había debido a la maniobra de unos burdos profanadores sin tacto; eso evitaría mayores sospechas.

Los apuntes que llenaban la casa de Capri en Saint-Germain, aquel basurero de periódicos recortados, notas de agenda, trozos de cartas y fotografías, contenían la misma historia que ahora Nérée desgranaba para mí y para Mozart ante el velador, de modo que yo podía ir adivinando sus revelaciones mucho antes de que ellas franquearan la frontera de sus labios. Yo asentía, sin inmutarme, sin que nada lograse alterar en mi interior la calma pesada de la indiferencia. Cogía con los bordes de los dedos las ilustraciones que Nérée me pasaba, les dedicaba miradas desprovistas de interés, las apilaba junto a la taza y la cucharilla manchada de una costra parda: una iglesia, una lápida, un gran bosque tras un hospital. Creo que trataba de atraparme en su entusiasmo, pero mi apatía era difícil de engatusar.

—Mientras tanto, en Messkirch —continuó, afelpando la voz—, se estaba ultimando un enorme complejo de instalaciones. Aceros Tumgsten construyó una fábrica siderúrgica en las afueras del pueblecito con objeto de recompensar con un empleo a todo aquel que se desempeñase como obrero en las instalaciones secretas. Asesorada por decoradores, arqueólogos, expertos en arquitectura, mobiliario, historiadores de la ciencia, la empresa levantó en mitad de la Selva Negra una especie de parque temático, llamémoslo así. El objetivo era reproducir al milímetro, hasta sus últimos detalles, el aspecto que ciertas ciudades habían tenido en la primera mitad del siglo XVIII: Leipzig, Köthen, Weimar, Lüneburg. Ciertas zonas de aquella Alemania perdida de hace tres siglos volvieron a resucitar entonces tal y como eran, con sus iglesias, el trazado de sus calles, sus puestos, sus vagabundos, todo reconstruido a partir de estampas e ilustraciones de la época. Ya entiendes perfectamente qué te estoy

contando, así que sabrás que la primera ciudad que se reprodujo fue Eisenach. Un grupo de actores bien pagados pululaban por las calles un día y otro, hacían de tenderos, barberos, abogados y matronas; un complicado juego de tramoyas y máquinas de efectos nos permitía suplir a la naturaleza: regalábamos ventiscas, tormentas, días nublados.

La pasión le secaba la garganta; hizo una seña a alguien que quedaba por encima de mi cabeza y el gordo del bigote dejó sobre la mesa un vaso de agua turbia, con el escudo del establecimiento: la cara cercenada de Mozart, sonriendo entre los bucles de su peluca. Nérée bebió, despacio, supervisado por el señor Tumgsten, que dividía su atención entre la trayectoria del vaso y las fotografías que reposaban junto a las tazas. La impresión que yo tenía era la de estar soportando la detallada descripción, por parte de un cocinero, de la preparación de un plato que acababa de comer sin que me hubiera gustado: me apetecía marcharme, saludar a Mozart, dormir. No entendía, entre otras muchas cosas, por qué Nérée usaba de forma sistemática el pronombre de primera persona en plural si todo aquello que me contaba había sucedido cuando él aporreaba en París pianos de pared en pantalón corto.

—Se logró extraer una célula del hueso fémur —dijo—. El siguiente paso era fácil: consistía en aislar el núcleo de la célula, donde se resumía toda la información genética del individuo, y transplantarlo a un óvulo recién fecundado cuyo núcleo había sido extirpado. La información que el nuevo feto poseía era la que tienes en la mano. Ese niño nació en un humilde caserón de Eisenach, de nuestro nuevo Eisenach, octavo hijo de una familia dedicada tradicionalmente a los quehaceres musicales. Fue cantor en la escolanía de la ciudad, recibió clases de violín de su padre, se marchó a vivir, huérfano, a Ohrdruff, donde un hermano suyo era organista… No creo que deba seguir, ¿no es cierto?

Me asaltó la repugnancia que acompaña al tacto de las verrugas, a la visión de un diente situado en el centro del paladar que nos mostraba triunfante un compañero de colegio en los recreos para hacer huir a las niñas. No quería escuchar más, pero un nebuloso sadismo, algo como ese magnetismo repelente que nos obliga a fijarnos en los pollos descuartizados de las carnicerías me obligaba a quedarme sentado. Nérée tomó otro cigarrillo, lo rozó con las

yemas de los dedos; esa vez no me ofreció ninguno.

—Desde detrás de los bastidores íbamos asistiendo al crecimiento del genio. De vez en cuando, podían permitirse caprichos. Sé que Jerzy Bolkonsky, antes de morir, fue bedel de la escuela de Ohrdruff donde el niño estudió. Muy pronto se revelaron sus aptitudes musicales; su dominio del órgano fue temprano, su talento con la voz le permitió ganarse la vida como cantor con su amigo Erdmann en Lüneburg. Muchos misterios comenzaron a revelarse entonces. Fue, en efecto, la ópera francesa lo que impresionó su imaginación en sus primeros años, en sus visitas a Celle y a Hamburgo, y lo que motivó sus primeras partituras mundanas. Obran en nuestro poder esbozos de oberturas y tocatas para órgano que se habían perdido. Sabes que ese niño se hizo adolescente, adulto, que se casó dos veces, que ejerció de organista en Arnstadt y fue maestro de capilla del príncipe de Anhalt-Köthen. Poseemos todas las versiones, esbozos, apuntes preparatorios, correcciones de cada una de sus obras. Algunas son levemente distintas de las que conocemos, es cierto, quizá haya detalles del escenario que se nos escaparon y provocaron inspiraciones de distinto signo. Pero la mayoría son idénticas, son las mismas. Te asombrará saber que escribió las *Variaciones Goldberg* en tres noches de insomnio, que las variaciones cuatro y cinco las escribió seguidas, de un tirón, que en mitad de la catorce titubeó, que durante las cuatro últimas padeció una diarrea que le obligaba a levantarse intermitentemente de la silla en que escribía.

—¿Ese era el misterio que pensabais desvelar? —suspiré.

—El cerebro del genio es una planta de reciclaje —sentenció Nérée—. Se alimenta de la basura del mundo y la devuelve hecha arte. Nuestro proyecto es sublime, se trata del más elevado experimento de etiología que se ha emprendido: observar la conducta de un superhombre, acceder desde el ojo de la mirilla a la labor ingrata de la creación.

—Pero surgieron problemas —oímos graznar a nuestra izquierda.

El viejo Tumgsten no había modificado su postura de tortuga disecada sobre el bastón: retraído, parecía protegerse agachando las espaldas del creciente tumulto que iba llenando el café, de la radiante luz de bronce del sol, que avanzaba hacia el mediodía por

el mármol de las baldosas. La mano de Nérée sostuvo el encendedor y prendió el cigarrillo que hasta aquel momento se había entretenido en hacer girar. La primera de sus palabras después del silencio vino escoltada por una ráfaga de humo.

—Claudio Capri entró en el proyecto casi al mismo tiempo que yo —informó con un tono burocrático—. Cuando yo lo hice, acababa de estrenarse la *Pasión según San Mateo*; él llegó a punto para el *Oratorio de Navidad*. Entonces, los logros que se habían alcanzado podían calificarse simplemente de fabulosos: se habían recuperado, completas, la *Pasión según San Marcos* y la *Pasión según San Lucas*, ambas conocidas solo por testimonios indirectos. Capri comenzó comprometiéndose de modo muy especial en la tarea, convirtiéndose en uno de sus principales valedores: todas sus teorías sobre el apropiacionismo y su modo irrepetible de manejar el teclado se forjaron entonces, en contacto con el experimento. Con los años, y sin que se sepa muy bien por qué, empezó a languidecer: padecía insomnio, su pulso comenzaba a jugarle malas pasadas, hablaba de no sé qué escrúpulos de conciencia, de derechos humanos. Oskar (así comenzó a llamar al sujeto del experimento) era tan hombre como nosotros y lo estábamos tratando como una cobaya, aquello, decía, no se podía permitir. Tuvimos un par de discusiones severas, le espetamos que todas las cantidades gastadas y los muchos éxitos conseguidos no podían arrojarse por la borda para que él pudiese conciliar mejor el sueño de madrugada. Amenazó con dejar el proyecto, pero hizo mucho más: raptó al sujeto, huyó con él. Me remitió la cinta que ya conoces para demostrar que lo tenía consigo, que pensaba liberarlo una vez lo aclimatara al mundo real, en el que nunca había vivido, cuya existencia ni siquiera sospechaba. Aun hoy nos preguntamos, sí, cómo nuestros sistemas de seguridad permitieron que todo esto sucediera; Capri jugó sus cartas con astucia, era uno de los principales dirigentes del proyecto en su fase actual y estaba al tanto de qué resortes debía mover. Su gesto había sido imperdonable. Nos impediría asistir a la redacción de obras tan capitales como el *Arte de la Fuga*, la *Ofrenda Musical*, la versión completa de la *Misa en Si Menor*. Desde Berlín pensaba tomar un vuelo internacional a Nueva York.

Yo ya conocía el resto. Incliné la cabeza, empachado de las

palabras de Nérée, como si hubiera devorado todos los pasteles que se exhibían en esos escaparates desde los que Mozart espiaba en silencio. Me llevé de nuevo el pañuelo a la frente: había sentido que el lejano dolor del golpe se aproximaba de nuevo a mi cabeza y volvía a sangrar. Deseaba irme de allí, desplomarme, dedicar un paréntesis de aire a mi cerebro para que pudiera bucear con mayor soltura entre la avalancha de datos que se había desplomado sobre él: de momento, se encontraba estancado en una pegajosa desidia que volvía estériles todos los pensamientos. La mano izquierda de Nérée, la que no sostenía el cigarrillo, tomó una postal del mazo de fotografías y documentos que cubría la mesa. Mi mente era como aquella mesa: manchas de café seco, colillas, imágenes amputadas de bosques, iglesias y rostros.

—Solo Oskar nos interesa —repitió Nérée balanceando la postal entre dos dedos—. Queríamos que nos llevarais hasta su paradero, pero vuestras indagaciones se desviaban hacia Capri, la huida en la noche, las persecuciones, y eso no nos convenía: tuvimos que recurrir al dedo cortado y la advertencia para devolveros al buen camino. Te pedimos que asistieras con Oskar a tu cita en Berlín, pero sabíamos de sobra que no lo llevarías. Por eso te permitimos huir: supondrás que no nos habría sido muy difícil deshacernos de ti en mitad de la noche de tormenta, en un edificio a medio construir junto a un cementerio de coches en el que el cadáver tardaría semanas en aparecer. Eras más valioso vivo: nos llevarías hasta Hélène y Oskar. Pero en fin, tu amiguita se tomó la delantera y pensó con más rapidez que todos nosotros. No cogió el tren hacia Salzburgo que tú le recomendaste, claro; tuvimos un encuentro con ella en la Estación Sur de Berlín, logró escapar y no sabíamos de su paradero hasta ahora. Ten.

La postal que acepté luego de frotarme los ojos intentando desencostrarme la fatiga presentaba una idílica maqueta de casas de madera, tapizadas de nieve, decoradas con trineos y abetos envarados en la falda de una colina. Debajo, en una cenefa de color rojo, amarillo y negro, se leía: *Baviera*. Levanté los ojos y consulté los de Nérée, que me animaban a dar la vuelta a la tarjeta para encontrar la apretada lista de renglones que nacía bajo el sello. Yo conocía muy bien aquella caligrafía pulcra y exigente, trazada con meticulosidad de relojero, que había aprendido a dominar una

mano izquierda. La dirección de destino era la que yo le había entregado a Hélène en un pedazo de cartulina ilustrado con una violeta aquella noche que Blaise Nérée acababa de mencionar, una noche que en mi memoria se deformaba en una oscura combinación de lluvia, angustia, edificios vacíos. De algún modo, los esbirros de Tumgsten, el hombre de la raya en medio y el gordo del bigotito que seguían vigilando nuestra conversación desde el mostrador, habían interceptado el correo que había llegado para mí al hotel Das Veilchen: aquella tortuga adormilada era poderosa. Con gesto de padre comprensivo, Nérée me permitió leer el texto: Dalfingen estaba muy hermoso, como todos los años, ahora que se celebraban las fiestas locales. Yo tenía que ir allá, a disfrutar igual que siempre, con el tiro de pichón, las tómbolas, el laberinto. Mis primas se morían por verme, para que tocara otra vez el piano con ellas y lo pasásemos lo bien que lo solíamos pasar cada marzo. Conociendo mi mala memoria y mi tendencia al despiste, mis primas me recordaban que debía tomar el tren en dirección a Dresde y transbordar en Chemnitz con dirección hacia Annaberg-Buchholz. Se despedía con muchos besos mi prima favorita, Helga Vogel. Me dolían los ojos cuando terminé de leer; dejé la postal junto al platillo de mi taza y me tomé la libertad de extraer un cigarrillo de la pitillera de Nérée. Admiré a Hélène, sabia y ligera como un colibrí.

—Ignoraba que tuvieses familia en un apartado pueblo de Baviera —sonrió Blaise Nérée estirándose los puños de la camisa—. Las iniciales de tu prima Helga Vogel coinciden, curiosamente, con las de Hélène Vauban. Creo que lo mejor que puedes hacer es ir a visitar a esas primas tuyas.

—Sí, también yo lo creo —prendí el cigarrillo.

—Escucha —la voz de Nérée se hizo áspera, el viejo Tumgsten me escudriñó con severidad—. Si tú no quieres, nadie va a sufrir ningún daño: todo está en tu mano ahora. Solo queremos a Oskar, y tampoco él va a pasarlo mal. Elige tú mismo. Puedes ir a Dalfingen seguido por algunos de nuestros hombres, entrevistarte con Hélène, devolvernos a Oskar sano y salvo. O puedes obligarnos a que lo traigamos a rastras, apartando de nuestro camino a todo el que se interponga. No te oculto que a mí me resulta mucho más preferible la primera opción, porque eso nos evitaría muchos disgustos a

todos.

La desidia y el abatimiento que me habían anestesiado la voluntad durante toda la entrevista parecieron sacudirse en alguna parte, dentro de mí, como si me hubiera limpiado a manotazos una pelusa del pernil del pantalón. Veía otra vez a Hélène en el fondo del túnel de mis dudas, paciente y sólida como una antigua estatua de marfil, aguardando que yo quisiera renunciar al futuro que me había edificado negándome a responder a sus promesas. Hélène se hallaba allí, en el otro extremo de la vía, esperando en una estación con un banco y un reloj que dilataba las madrugadas, como yo la había esperado en el andén vacío de Salzburgo; Hélène estaba allí y su brazo, el símbolo de un amor truncado, rebrotaba bajo la bocamanga flácida del abrigo. Pero ella protegía a Oskar: sabía que se negaría a entregarlo porque él era como el último rescoldo de Claudio Capri, esa alma apagada que ella había amado.

—¿Qué pasará con Oskar? —dije.

—Volverá —croó el viejo Tumgsten, sin alterar su posición.

—Volverá —repitió Nérée, como si las palabras del viejo necesitaran ser traducidas—. Volverá a Messkirch, el experimento proseguirá su curso. Lo tendremos unos días en observación, lo someteremos a un tratamiento psicológico, le haremos olvidar. Todo esto supondrá un inconveniente serio, pero creemos poder rectificar. Oskar no sufrirá, porque nunca ha sufrido. En cuanto a Hélène y tú, seréis felices.

Una sonrisa de simio desfiguró el rostro de Nérée: había algo lascivo, imperdonable, en su modo de retorcer los labios como para suministrarme una confianza que yo no deseaba aceptar. Apuré el cigarrillo con dos caladas lentas, espaciosas; la luz del sol se estrellaba en la superficie de latón de las cajas de bombones.

Giga

# 13.

El tren es el más instructivo de los medios de transporte: mirando los paisajes que corren cinematográficamente por las ventanas, uno aprende que existen también paisajes en el alma a los que es conveniente asomarse. Todo viaje supone un desplazamiento de un punto a otro del espacio, pero también avanza el tiempo y progresan esos oscuros dibujos que cobija el corazón; dibujos como las líneas que el viento traza en las dunas, como la simetría estrellada de los calidoscopios: la forma va alterándose casi imperceptiblemente, omitiendo un apéndice, extendiendo otro, contrayéndose y creciendo a través de sístoles y diástoles de cristal y agua. Siempre que viajo en tren, desciendo del vagón sabiendo algo que ignoraba al montarme. En aquel viaje, supe que debía llegar a Dalfingen solo. La República Checa resulta al observador una marejada de pastos, verdes o amarillentos según la estación, sobre la que boga el mástil indeciso de algún campanario: el de Bohemia es un paisaje proclive a la introspección, y no me resultó difícil zambullirme en la piscina de la memoria mientras avanzaba hacia el norte, en dirección a Praga y Dresde, con algo de cansancio, una cicatriz en forma de uve en la frente y tres atentos desconocidos vigilándome a algunos asientos de distancia. Quería reflexionar, elaborar un plan contundente que me hiciera zafarme de los sicarios de Tumgsten y dejarles con un palmo de narices, pero el cerebro se me enturbiaba y veía entre vahos a Hélène, veía el geranio de su mano creciendo hasta usurparle todo el brazo, veía al pobre Oskar acorralado frente a su piano de pared en Berlín, rogándonos, a nosotros en particular y al universo en general, que no le hiciéramos daño.

Había aceptado la propuesta de Nérée, por supuesto, porque era la salida más asequible que encontraba en aquel café sofocante de Salzburgo, agobiado por la ubicuidad de Mozart y las miradas del viejo Tumgsten; como premio a mis inclinaciones afirmativas de

cabeza, Blaise Nérée me concedió dos palmadas en la espalda, algunas horas de sueño y un billete en el tren que partía a la mañana siguiente hacia Dresde. Estaríamos en contacto, prometió estrujándome la mano en el andén y cediéndome a sus hombres de confianza, el de la raya en medio y el gordo que se distraía en hacer dibujos de vaho con el aliento sobre el aire de la estación: ellos se hallarían a mi disposición en todo momento y supervisarían que el plan se efectuase de la manera debida. En el tren, poco antes de alcanzar Praga, me acordaba de la sonrisa forzada que distorsionaba el rostro de Nérée en el momento final de la despedida y volvía la cara para encontrar al gordo y al hombre de la raya aplastados en sus asientos, algunos metros detrás de mí, redondeando bostezos y observando mi posición de cuando en cuando sin revelar demasiado interés, lo justo para no perderme de vista. La intención de Nérée al endosarme a aquellos perros falderos estaba clara: quería conocer en todo momento mi posición hasta tener a Hélène y Oskar en la boca del cepo; en cuanto a mí, creía entender que no deseaba tanto deshacerme de ellos por moverme con entera libertad como para realizar la obligatoria venganza que les debía después de tantos acosos, incertidumbres, agonías. Llevaba todavía la postal de Hélène en el bolsillo del abrigo; acaricié el satén de la cartulina, suave como el plumaje de un peluche, como el cabello, pensé, de Hélène antes de que los desengaños nos arrebataran a mí su cercanía y a ella una mano. Ella estaría aguardándome allí, a la salida de aquel vagón en que yo viajaba escoltado por una pareja de monigotes que se desperezaban, pero no sabía dónde, en qué lugar exacto del pueblecito enterrado bajo los tejados de pizarra y la nieve, y hacía planes absurdos como para tratar de encontrar la moneda marcada con una muesca en el océano de una hucha. Los postes de teléfono que se perseguían frente a la ventana que yo miraba acodado parecían traer cada uno un pensamiento distinto, apagando velozmente el anterior: registraría las pensiones, las hospederías, preguntaría en la estación; Hélène era inteligente y se haría visible de alguna manera. Mi confianza en ella otorgó cierto sosiego a mis inquietudes; pero pronto otro imperativo mucho más terminante se elevó del pantano de mi cerebro: tenía que deshacerme cuanto antes de los secuaces de Tumgsten.

Ese soniquete se repetía en mi cabeza hasta despojarse de

significado, como el estribillo de una canción que a fuerza de ser oído se vuelve mudo. Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo, y para encontrar la decisión precisa me mondaba las uñas con los dientes e interrogaba las rápidas granjas que las vías dejaban a un lado con un silbido. Lejos, el sol se elevaba pictóricamente sobre el zigzag de las montañas. Me palpé la cicatriz de la frente, un dolor enterrado y distante pareció sacudirse, supe que había encontrado la energía que necesitaba. En cierto momento, el tren tomó una curva: noté que la fuerza centrífuga intentaba arrojarme contra los asientos a medida que avanzaba a través del pasillo, agarrándome en soportes demasiado mal colocados. Los tres hombres se encontraban al final del vagón; el gordo y el de la raya en medio me veían aproximarme a ellos, y para dedicarme su atención olvidaron a una muchacha rubia que pasaba frente a los cristales, conduciendo una bicicleta con la cesta llena de coles. La mano del gordo dibujó una pirueta en el aire, se posó en el brazo del de la raya: sus uñas eran afiladas y feroces como abrecartas. Había un tercero, sentado de espaldas: mientras me acercaba, yo solo podía vislumbrar de él un codo inerte, que los baches agitaban contra el brazo del asiento. Estaba dormido; al detenerme lo descubrí apretado contra la tapicería, convertido en una mezcla desaliñada de pantalones, camisas y jerseys que alguien había abandonado en una esquina. La boca de muchachita del gordo mostró el teclado de sus dientes, el de la raya en medio perdió una mirada torva por la moqueta, entre los zapatos de los demás pasajeros: creí entender que existía algún motivo por el que eludía mirarme a los ojos.

—¿Tienen un cigarrillo? —pregunté, agarrándome a la puerta de salida.

Sin desprenderse de su sonrisa, el gordo me tendió un cigarrillo con boquilla blanca y una caja de cerillas. El fósforo crepitó al chocar contra la caja, la llama bailó entre mis dedos como solidarizándose con el movimiento de coctelera que sacudía todo el vagón. Aspiré la primera bocanada y volví a observarlos: el tercero seguía dormido, estrujado de mala manera sobre el sillón igual que un cadáver, el de la raya buscaba todavía hormigas invisibles bajo los asientos. El gordo, del lado de la ventana, se mostraba satisfecho de servirme de alguna ayuda.

—Ahora estamos en el mismo bando —sonrió, y el bigotito se

onduló hasta volverse una lombriz—. Bien, sé que no todos por las mismas razones, pero ya ve: colegas a la fuerza. Pídame lo que necesite, no tenga reparo. Creo que es buen momento para olvidar rencores: disculpe esa fea herida que tuve que hacerle en la frente.

—Por supuesto, no faltaba más.

Salí al vestíbulo, donde se encontraba el lavabo y el sonido de las ruedas contra los rieles dolía en la cabeza como una jaqueca. Lóbrego, el de la raya en medio no tardó en venir a hacerme compañía, seguramente enojado porque el gordo le obligase a prescindir de la comodidad del asiento para vigilarme: una mezcla de resignación y odio le enturbiaba los ojos. Por un momento me resultó desvalido, inútil, el torpe muñeco que alguien más poderoso y temible manejaba a distancia tensando unos hilos. Apoyé un brazo en la puerta de salida, herméticamente sellada: a través del ojo de buey circulaban campos de lúpulo, espadañas extraviadas. Apenas había fumado la mitad del cigarro; se lo tendí al hombre, que lo observó con curiosidad después de consultar mis pupilas. Por fin lo tomó, dio un largo sorbo, observó el paisaje líquido que se escurría por el ojo de buey.

—¿Es usted alemán? —le dije, dando a mi acento toda la tibieza que pude.

Era tímido, o imbécil. Sostenía el cigarrillo con el pulgar y el índice, se lo aproximaba a la boca, evitaba mirarme de frente como si ese gesto fuese a quemarle las pestañas.

—Austriaco —respondió.

Generalmente siento debilidad por los austriacos, como todos los melómanos. Esperé a que se llevase de nuevo la colilla a los labios, que el ascua brillara en mitad de su rostro: luego reuní toda la fuerza que pude y le estampé el puño en mitad de la nariz. El cuerpo resbaló por la pared, pero como el espacio del que disponía para desplomarse era reducido no me costó dominarlo; le miré la cara: las hebras de tabaco se combinaban con la sangre para decorar un labio violeta que tenía algo de bolsa de plástico inflada. El lavabo estaba vacío: antes de encajarlo entre el inodoro y el asa de sujeción le palpé los bolsillos, el pantalón, la cazadora. Llevaba algunas monedas, un billete de poco valor con un número de teléfono anotado, caramelos de eucalipto, una navaja automática. Bloqueé la cerradura para que nadie pudiese despertarle por lo

menos hasta Dresde, me sacudí la mano, que había quedado salpicada por un pequeño dolor malva, luego me desplacé sin prisa hasta los primeros vagones. Las horas siguientes no aportaron mayores inconvenientes: en Pirna oí que un pasajero se quejaba al revisor de que uno de los lavabos parecía atrancado, pasamos un bosque empapado por la lluvia, el tercer hombre, que yo había visto dormido frente al de la raya en medio, paseó por el coche en que me había refugiado fingiendo que buscaba un objeto olvidado entre los sillones. Antes de que llegara hasta mí, logré esconderme en otro de los baños. En Dresde teníamos que detenernos para transbordar en el expreso del correo que viajaba hacia Chemnitz; recibí con un suspiro de satisfacción las siluetas de los primeros puentes sobre el Elba.

Una suave niebla aislaba la Estación Central de Dresde, amputándola del mundo que se extendía más allá de su sala de espera; el enorme hangar de hierro y ladrillo se detenía en un telón blanco, tras el que se producía el lejano rumor de los trenes y los cambios de vías. La antigua Alemania del Este todavía conserva un sabor rancio a película de posguerra, a paisajes en blanco y negro: me sentí protagonista de un drama expresionista mientras corría por las dársenas, esquivando hombres de brazos caídos, abrigos con bufandas y sombreros, y me introducía en los servicios a aguardar la hora de partida del expreso de Chemnitz. También en los servicios imperaba esa aura de vejez sepia; un individuo con bigote y pajarita se puso en pie cuando entré en el rectángulo de azulejos cuadriculados, los grandes espejos repitieron mi modo de mirarle, a él, a los lavabos pulcramente bruñidos, a la toallita blanca que sostenía en la manga de la camisa: era ese asombro de ojos grandes que muestra quien oye que le insultan en otro idioma. Para estar a salvo también del individuo de la toalla, me refugié en uno de los excusados y me senté sobre la tapa del inodoro. Recuerdo que olía a clorofila, que todo estaba limpio hasta repugnar, que el reloj se negaba a recorrer la esfera con toda la velocidad que yo le exigía, dándole golpecitos de ánimo con la punta del dedo en el cristal. Por el hueco inferior de la puerta, yo podía contemplar los pies de la gente que entraba y salía: vi aristocráticos zapatos lustrados, alpargatas con barros lejanos, dos botas broncas y pesadas que se arrastraban por las baldosas como cansadas de obedecer al hombre

que transportaban. A cinco minutos de la hora de partida, dejé el excusado; el individuo de la toallita, rígido, me vigiló atusarme el pelo, remontar el abrigo hasta los hombros, intentar transmitir energía a mi compañero del espejo con una mirada que quería ser de optimismo y que se quedó en un bochornoso amago de hipnosis. Salí de los servicios, di la vuelta, entregué al individuo de la toalla dos marcos y una sonrisa, volví a salir. El expreso de Chemnitz aguardaba en la vía cinco, rodeado de hombres y mujeres que se besaban y barajaban maletas. Dos sujetos con uniforme transportaban un carrito cargado de sacos con las marcas de la empresa estatal de correos; la muchedumbre les interrumpía el paso cada pocos metros, el de delante gritaba por favor y algún caballero inmerso en un titular de periódico se retiraba. Alcé el cuello de mi abrigo hasta que sus cerdas me arañaron las orejas, atravesé el andén imprimiendo coraje a mis piernas, con la contundencia de quien no dispone de un segundo que perder. No miraba a mi alrededor: mi vista estaba concentrada en el coche siete, que era el número que figuraba en el billete que Nérée me había entregado en Salzburgo, con dos palmadas en la espalda y una sonrisa de mono; atenuado por la niebla, el tumulto de la estación se había convertido en un boceto a lápiz que borra el roce de la mano del dibujante. Oí el silbato del jefe de estación, mi abrigo se detuvo: alguien le tiraba desde detrás.

—No tenga usted tanta prisa.

Era el tercer hombre, el que dormía en el momento en que yo me despedía de los otros dos, con una inclinación de cabeza y un cigarrillo. Mis ojos exploraron rápidamente la avalancha de personas que lo rodeaba, que se disponía a abalanzarse sobre el tren: iba solo. Me liberé de su mano con un golpe y nadé a contracorriente, remontando el torrente de hombros que avanzaba hacia el expreso. Las dos veces que volví el rostro atisbé que el hombre me seguía, luchando por que la marejada de abrigos y sombreros no se lo tragara, tratando de aferrarse a mi brazo como a una balsa. Ascendí al coche tres, que correspondía al vagón restaurante, cuando el cemento del andén ya empezaba a escapar bajo los estribos. El acceso al interior estaba clausurado por aquel lado, de modo que el hombre tuvo tiempo de alcanzarme y apresar la barra de ascenso con el puño: debí recurrir a una indecorosa

patada en la entrepierna para convencerle de que prefería estar solo, y se quedó varado en la rada, doblado como un camarón vestido de negro que se iba haciendo menos importante con la distancia.

La entrada al interior del restaurante me fue permitida luego de acreditarme como pasajero y de que el revisor mirase con enfadada suspicacia el cartoncito de mi billete: pareció enfurecerse todavía más al comprobar que todo estaba en regla. Confinado tras un café con leche y el humo de un nuevo cigarrillo que había comprado suelto, contemplaba desde la mesa el aumento de las montañas del Erzgebirge, y el paisaje nevado y los dientes negros que iban anunciando el gran Fichtelberg, el pico más alto de la zona. He dicho que las ventanas de los trenes son grandes espejos poblados de campos y postes de teléfono: observándolos volví a caer en la alberca que había abierta en algún lugar de mi memoria, y volví a enlodarme en emociones, gestos y palabras que creía cegados. Por eso no pude darme cuenta de que alguien se había sentado en mi misma mesa hasta que lo tuve delante de las rodillas, haciendo gestos con los ojos para que observase el reptil de su brazo derecho deslizándose sobre el mantel. Bajo la servilleta, la mano apretaba una cosa negra, una especie de pájaro metálico bañado en aceite que me escudriñaba con un ojo vacío. El gordo sonrió mostrando sus encías blancas, torciendo el bigotito que parecía marcado a carboncillo sobre su labio superior.

—Muy mal, muy mal, amigo mío —consideró, usando una voz untuosa, como la crema—. Acaba usted de romper nuestra camaradería, tan recientemente adquirida. ¿No le da lástima? Pobres muchachos, mis compañeros. Estoy seguro de que usted se arrepiente del mal que les ha hecho. Ande, firmemos un armisticio e invíteme a desayunar.

Sin apartar la pistola de debajo de la servilleta, dio cuenta de cuatro salchichas, dos huevos, cuatro tiras de beicon y dos cafés exprés. Yo le miraba comer con más sorpresa que odio: me parecía increíble que la hormigonera de su estómago pudiera soportar esa mezcla suicida de grasas y cafeína. Me obligó hasta a dejar diez marcos de propina al camarero, que se inclinó ante nosotros con una sonrisa espasmódica, depositó un eructo en el interior de su mano izquierda y me clavó la derecha en la espalda conforme

salíamos, alargada por la culata, el tambor y un cañón que yo percibía recio y frío contra mis vértebras. Una torva alegría me sacudió el corazón al comprobar que el gordo y su pistola me conducían en la dirección de la locomotora: el vagón inmediato era el depósito de correos, y no el de pasajeros que el gordo debía de esperar. Mientras abríamos la puerta del restaurante, una objeción me nubló el optimismo; supuse que un almacén atestado de sacos era el lugar idóneo para abandonar un cadáver, la sangre se apresuró en mis venas, hallé la razonable objeción de que no serviría de nada muerto a Tumgsten y los suyos. Entre vagón y vagón, el sonido de las ruedas hacía imposible oír incluso los pensamientos. Abrí la puerta del coche siguiente, una oscuridad contaminada de olor a papel azotó mis mejillas; me introduje rápidamente en la penumbra, giré a un lado. La exploración titubeante del gordo se vio interrumpida por un puñetazo en el brazo derecho, que no le hizo soltar el arma: apretó el gatillo, el disparo se apagó contra una montaña de sobres en que fueron destruidas cartas de amor y facturas, le solté otro puñetazo. El gordo no volvió a hacer fuego, pero aferraba la pistola como si tuviese los dedos abrochados; liberé un chaparrón de golpes en sus muñecas, en el pecho, el abdomen y los muslos, hasta que los nudillos se me volvieron de corcho: no caía. Exhausto, le arrojé una de las sacas y se derrumbó con la pesadez de una chimenea demolida. Atrapé el arma, la aproveché para devolverle la cicatriz de mi frente; chillaba con voz de mujerzuela antes de que el último golpe le hundiera en un largo sueño con dolor de cabeza. Estuve tentado de llevarme la pistola, pero la abandoné junto al cuerpo después de descargarla. Desplomado entre los sacos, su vientre se combaba como una colina.

# 14.

La nieve llevaba dos días desfigurando el paisaje de Dalfingen, borrando edificios, abriendo agujeros blancos en las fachadas y limando las aristas de los tejados; de modo que al descender del tren encontré un desierto de papel y corcho sobre el que se desperdigaban los vestigios de olvidadas casitas de pizarra. En Chemnitz transbordé hacia Annaberg-Buchholz con la absoluta tranquilidad de quien ha concluido con una obligación molesta, de visitar a un familiar perpetuamente pospuesto o de superar los tres últimos capítulos atascados de una mala novela. La nieve no tardó en hacer su aparición sobre las faldas del Erzgebirge, tronchando las puntas de los picos que sostenían el cielo, y era frecuente que la vía orillara localidades donde las casas naufragaban entre una indistinta papilla blanca. Los escasos viandantes que se aventuraban a salir con el temporal se antojaban dibujos de niños, sombras esquemáticas trazadas a toda prisa sobre la gran cartulina que cegaba las ventanas. El tercer día, el sol había regresado sobre Dalfingen: en el momento en que yo pisaba el andén flotaba en un tímido cielo azul para prestar relumbres de metal a las tejas de pizarra. La estación, un idílico apeadero de provincias, estaba surcada frente al reloj por una banda de letras rojas en que se anunciaban las fiestas del pueblo. Junto a mí descendió del tren un anciano enterrado bajo abrigos y bufandas que arrastraba su maleta abandonando al aire grandes globos de vaho. Un hombre con gorra y uniforme apartaba la nieve con una escoba en una esquina del andén, lanzando las sobras a la vía. El viejo de la maleta avanzó hacia la sala de espera, y salió a recibirle una chapucera melodía de acordeón ante la que quiso pasar de largo; un individuo apretaba entre los brazos un indefenso instrumento compuesto de fuelles que parecía un perro esmirriado, al tiempo que una muchachita rubia ataviada con el traje típico ofrecía trozos de un roscón de ciruelas. Después de luchar con el hombre del acordeón, que le persiguió

hasta la salida del apeadero, el viejo se perdió en la inmensidad blanca que comenzaba tras la puerta. Yo me resigné a que la canción me aullara en los oídos, miré al fondo de los ojos de la muchacha y acepté el trozo de roscón. Rechazó mis monedas informándome de que se trataba de una gentileza del Ayuntamiento de Dalfingen, gracias. La dulzura de la mermelada del pastel me pinchó en el cabo de la lengua hasta obligarme a tragar saliva. La calle principal de Dalfingen debía de ser bella: lástima que yo solo tuviera oportunidad de contemplar un imperfecto boceto, donde la arquitectura de las casas y el contorno de los árboles apenas se definían sobre el inacabable espacio en blanco. En cada umbral, una figura apartaba la nieve con escobas aburridas; los niños se perseguían a través de islotes de acera arrojándose metrallas blancas.

Era imposible determinar dónde comenzaba el pueblo, dónde concluía; en algún punto impreciso de la sábana que cubría la tierra, las hayas tomaban el relevo de los tejados y un bosque titubeante se formaba sobre las faldas de las montañas. Supongo que la feria se hallaba en las afueras: comprobé que en cierto momento una noria de radios cuajados de bombillas giraba sobre un quiosco, aturdida por la música estridente de los altavoces. Ancianas que arrastraban niños paseaban por las calles que quedaban entre las barracas, los tiovivos, las casetas de tiro al blanco. Había tres o cuatro personas detenidas frente a una tómbola en la que se sorteaba un monstruoso mono de peluche; niños extáticos viajaban en los balancines, cortándose las mejillas con el aire frío de las embarcaciones al oscilar; el encargado del laberinto de espejos se marchitaba en su cabina, solitario, resignado a repasar un periódico deportivo. El tiovivo emprendía un vals desafinado mientras una criatura rubia ascendía y descendía sobre un corcel de cartón, agitaba los leotardos sobre la silla de montar, saludaba a un hombre mal peinado que miraba de reojo su reloj de pulsera. En alguna esquina, entre un escombro de enchufes y nieve seca, un individuo bebía desplomado en el suelo, tras una barba de púas grises. Me detuve un instante frente a un cartel del tamaño de una persona en el que aparecía retratado una especie de minotauro deforme y que daba paso a un cobertizo decorado con luces azules. Desde dentro llegaba una frágil música de piano que aplastaba

salvajemente el estruendo de las tómbolas, de los autos de choque; el cartel proponía: ENTRE A CONTEMPLAR LA MAYOR COLECCIÓN DE MONSTRUOS JAMÁS VISTA. El censo incluía al Hombre Rinoceronte, que era el que intentaba reproducir más o menos el desdichado monigote del cartel. En una caseta de tiro al blanco, un tipo acababa de deslumbrar a su novia tumbando la cúspide de una pirámide de latas vacías. El tipo me cayó mal desde que lo vi, así que probé suerte para demostrar a la chica de labios gruesos que la hazaña estaba al alcance de cualquiera. Lo intenté hasta en cuatro ocasiones, me gasté diecisiete marcos, la pareja se marchó riendo; por último el encargado me regaló un par de guantes con renos bordados y me despidió con una sonrisa de incomodidad.

A ratos una nube maleducada interrumpía la luz del sol y el frío se dejaba sentir en la nariz y las orejas. Anduve por otras de las calles de Dalfingen, saludando a las chicas disfrazadas con los trajes típicos y los cráneos ocupados por grandes rodelas de cabello rubio. A la altura de una confitería de la que brotaban señoras con bolsas, noté que me seguían: una sombra negra, envuelta en un abrigo con cuello de marta, bajaba la calle a pocos pasos detrás de mí. La esperé frente al escaparate, observando el panorama salpicado de buñuelos y roscos de azúcar; al pararse junto a mí, supe que la sombra olía suavemente a laca, que la marta del forro de la solapa era sintética, que sus ojos se ocultaban bajo unas gafas de sol que duplicaban la nieve y los pasteles. La sombra me presionó el codo derecho y la seguí hasta el otro lado de la calle, hasta una taberna de madera llena de viejos colorados. Nos retiramos a una mesa lateral, junto a la cabeza de un ciervo disecado al que el moho había comenzado a roer la dentadura: nos observó sentarnos y colocar entre ambos la botella de vino con una sonrisa leprosa. Aguardé a que vertiera el vino en mi vaso; luego, sin poder aguardar por más tiempo, la besé: introducirme en su boca fue como devolver la mano a un bolsillo que ha estado añorando durante mucho tiempo.

—También yo me alegro de verte —dijo Hélène.

Sus ojos tenían el mismo color que las gafas de las que acababa de desprenderse: el color del petróleo. La manga vacía retornó a la mesa, cerca del vaso de vino a medio cubrir que ella acababa de llevarse a los labios. Ya no la temía; había pasado de ser un animal

hostil a una cariñosa mascota que me pedía que la arrullara, y que yo acariciaba con satisfacción, sabiendo que de ella tenía que nacer un geranio. Se había comprado el abrigo en un mercado de segunda mano de Potsdam, dijo, como las gafas. Le impedí seguir hablando para comunicarle que tenía que entregarle un regalo: puse ante ella, sobre la mesa, los guantes bordados con renos que había conseguido en la caseta de tiro al blanco. El petróleo de los ojos de Hélène se hizo más líquido, como si se estuvieran derritiendo dos bombones de chocolate negro.

—Es un regalo precioso —la voz le temblaba—. Gracias, gracias.

Volvimos a besarnos, una vez, otra. Me parecía que todo había llegado a su fin y que no nos quedaba más que regresar a la estación y tomar un tren hacia París, hacia las sábanas con girasoles, hacia un porvenir donde no llovía. Pero Hélène me agarró de la muñeca.

—He visto a Nérée —aseguró—. Está aquí, en Dalfingen.

Tardé un rato en comprender de quién me hablaba: aquel maniquí de gemelos de platino había terminado por ser relegado a uno de los más esquinados guardamuebles de mi memoria. Lo había visto en la calle principal, paseando con dos hombres; uno de ellos tenía una herida en el labio y parecían acabar de descender del tren, porque llegaban de la estación. Le conté a Hélène todo mi largo periplo desde mis insomnios en Salzburgo, luego me acordé de que debía preguntar por Oskar. Ella acarició el filo de su vaso y bebió un poco de vino antes de contestar.

—Oskar está bien —dijo—. Ahora lo he dejado en un sitio seguro, pero tenemos que apresurarnos.

El propio Oskar le había contado todo, o la versión parcial y amputada que tenía del asunto: yo completé las muchas dudas que todavía la intrigaban. La noche de tormenta en que descubrí el cadáver de Capri en un edificio de Berlín, ellos tomaron un tren y sufrieron un ataque. Dos hombres les persiguieron, hubo un forcejeo, Hélène y Oskar huyeron a refugiarse en Leipzig sin posibilidad de comunicarse conmigo. Me mostró un hematoma que le decoraba el cuello, en forma de medusa: un tipo con raya en medio había tratado de estrangularla. Solo después de un plazo prudencial se aventuraron a bajar a Turingia, pasaron a Gera, de allí a Chemnitz y por fin hallaron un oasis en Dalfingen. Con la sangre

caldeada por el vino, propuse que buscáramos a Nérée y sus secuaces y nos deshiciésemos de ellos. Hélène negó entornando los ojos, su manga deshabitada retembló sobre la mesa. No, ellos eran mucho más poderosos y seguramente llevarían armas. No nos quedaba más que ensayar una maniobra de despiste.

—Con las gafas y el pelo recogido no me reconocerán —barruntó—. Iré hasta el escondite de Oskar y lo recogeré. Luego alquilaremos un coche y pondremos rumbo a Dresde. Es la ciudad más cercana de las que cuentan con aeropuerto.

—¿Y yo?

—Tú —pronunció Hélène con voz de querer hipnotizarme—. Tú tendrás que procurar que Nérée te vea, que te siga con los suyos. De ti depende que yo pueda salir con Oskar con facilidad. Antes tengo que pasarme por la pensión a recoger nuestras cosas.

Alguien con un acordeón acababa de entrar en el bar y dedicó una polca espantosa a la pareja de enamorados del rincón. Nos rogó una propina con la gorra bocabajo; al advertir que Hélène era manca, se disculpó y huyó por la puerta, azorado.

Eco

# 15.

Deshacerme de mis perseguidores me había resultado una tarea engorrosa; pero acabó por ser mucho más difícil convencerles para que me siguieran de nuevo. Descendí por las calles blancas de Dalfingen con el rostro descubierto, relegando las solapas del abrigo a una posición decorativa junto a los hombros: el aire de la montaña me rasgaba las mejillas con sus aristas. Sin entender muy bien cómo, las piernas me condujeron de nuevo a los aledaños de la feria, justo al pie de la noria arracimada de bombillas donde giraban versiones indistintas de los mismos niños. Me había esforzado por dejarme ver por las arterias principales del pueblo, paseando con estúpida lentitud por las aceras vigiladas por los álamos helados; saludaba a los lugareños para llamar todavía más la atención, probaba sin faltar las empanadas de frambuesa que me tendían muchachas con cuellos de botella. No sé en qué lugar, realizando qué gesto de teatro, me reconocieron por fin; tan solo recuerdo que los vislumbré por primera vez desde lo alto de la noria, cuando mi canastilla descendía al infierno de ruidos, músicas adulteradas, niños con algodones y viejos que se agitaba abajo, junto a los puestos, a la luz violeta del atardecer que comenzaba a derramarse por las montañas. Desde las alturas eran tres indefensos monigotes de color oscuro, detenidos junto a un tigre de peluche que llevaba adosado en las patas traseras a un niño rubio. Conforme el círculo rotaba, noté que los monigotes crecían, que oscilaban en el cemento manchado de nieve de la calle, que uno de ellos señalaba en mi dirección; allí estaba Nérée, cobardemente refugiado en el interior de una gabardina gris que parecía haber rescatado de la basura, con el rostro, o al menos así se lo pintó la lejanía, de haber sido recién expulsado de su empleo. El que acababa de señalarme tenía la cara condecorada con un cardenal negro, lo que me permitió reconocerle como mi viejo amigo de la raya en medio; el otro era el hombre que iba dormido en el tren, del que me

deshice en Dresde. Los tres aguardaban cariñosamente a que el motor de la noria se detuviera para recogerme y dar un paseo, como la entusiasta multitud de padres y abuelos que agitaban manos desde el suelo. Mi misión estribaba en mantenerme en ese resbaladizo término medio: el que se encontraba entre dejarme atrapar sin más y perderme de vista.

No esperé a que mi canastilla tocara el suelo para descender de la noria: a una altura que me pareció suficiente, pegué un brinco, sentí un calambre en el tobillo, me extravié entre el hormiguero de cabezas que rodeaba a la atracción. Atrás, a algunos rostros de distancia, entreví al hombre de la raya en medio y mi memoria constató que una escena parecida a aquella había tenido ya lugar en el abultado censo de mis huidas; también en la estación de Dresde yo luchaba contra una marea contraria de abrigos, guantes y alientos con olor a eucalipto para zafarme de un espectro que me seguía. Volví a introducirme por alguno de los callejones que mediaban entre las barracas, entrampados de cables y enchufes, habitados por borrachos fantasmales que trastabillaban entre la nieve fundida. Me detuve frente a los altavoces de una tómbola, que gritaban cruelmente el último premio: un individuo con micrófono agitaba con los brazos en alto un imposible mono de peluche de ojos pensativos. Compré dos papeletas, escapé de nuevo al descubrir la sombra del tercero de mis perseguidores entre la muchedumbre. Los niños seguían tambaleándose en los balancines, felices y estúpidos, llenándose las camisas de baba; el tiovivo practicaba un breve receso para que otro ejército de enanos rubios montara los corceles, ocupara cuadrigas y bólidos; el encargado del laberinto de espejos tendía un *ticket* a un jubilado aburrido acompañado de una criatura con trenzas que negaba una y otra vez. El crepúsculo, agazapado entre las montañas, había comenzado a crecer, y a la luz de las bombillas las voces de las tómbolas resultaban más dolorosas. Estaban cerca, muy cerca. Oí sus pies triturar la grava, aplastar la nieve deshecha que enturbiaba los bordes de los caminos. Huyendo desde el laberinto, choqué con una desmedrada cabaña que conocía de antes y a la que el ocaso dotaba de un aura más marcada de desamparo y miseria. ENTRE A CONTEMPLAR LA MAYOR COLECCIÓN DE MONSTRUOS JAMÁS VISTA, ordenaban las letras rojas sobre la silueta del minotauro de saldo. En aquel momento, Blaise Nérée dobló una

esquina; enfrentó sus ojos con los míos a la distancia que puede describir la parábola de una colilla que cae. Quizá era la luz del anochecer la que le dotaba de las sombras precisas, pero me pareció reconocer en su rostro un dibujo de súplica, una petición de auxilio que marcaban las líneas de sus arrugas sobre la frente y los pómulos blancos como sus canas. Estuvimos observándonos durante un instante, dos bombillas más se encendieron en el tiovivo de al lado, un halo de vaho huyó de sus labios. Yo pagué tres marcos y me introduje en el interior del alpende del Hombre Rinoceronte, conducido por una desastrada melodía de piano.

Había que andar con cuidado por el estrecho pasillo a oscuras en el que acababa de internarme: el piso se estremecía a cada paso, un irrespirable hedor a humedad contaminaba las paredes. A distancias regulares, una bombilla azul bañaba el espacio de una luminiscencia lunar, haciendo palidecer mis manos como las manos amputadas de un cadáver. La música de piano, que provenía de algún lugar en el fondo, trataba de ser una especie de marcha fúnebre que se rompía en las notas graves, donde las cuerdas del instrumento se quejaban con sonidos que parecían eructos. Sabía que venían detrás de mí, por eso tenía poco tiempo para recorrer aquel museo de monstruos y mugre. En recodos del pasillo, a la luz de focos indirectos, se exhibían frascos en que flotaban seres surcados de cicatrices, fetos acartonados en placentas de formol sobre los que alguien había cosido pedazos de monos, de aves, de lagartos. Más adelante, también en recipientes de cristal, figuraban momias siamesas con los pliegues de las manos borrados por el alcohol, cabezas espantosamente deformadas por la dolicocefalia. Ignoraba de qué hospital clandestino, de qué facultad de medicina clausurada podría haber rescatado el dueño de aquella atracción todos los despojos que contemplaba. En la sala de la Mujer Araña percibí con nitidez los pasos de varios hombres que se aproximaban por el pasillo. Una forma negra, una flor de piernas y brazos que se sacudían, recorría un juego de espejos situado a ras del suelo; a veces, el contorno de un rostro de mujer se multiplicaba, como sus extremidades, en los indiscretos ángulos del cristal. El Hombre Rinoceronte, la atracción principal, no se contemplaba directamente: protegido tras una sábana, una lámpara apostada en la trastienda solo permitía vislumbrar de él una descomunal sombra

chinesca, un perfil rocoso como el de una montaña, roturado de baches, simas, ángulos insoportables. El espectador, hipnotizado por la repugnancia, se detenía en aquel punto del barracón, acompañado por la melodía que otro monstruo debía pulsar en un piano de pared, allí al lado. Los pasos crecían a mis espaldas, corrí hacia la salida, entorpecida por el enorme instrumento desafinado. Entonces sí presencié algo que me horrorizó: del teclado, a la luz lechosa de las bombillas, se elevó la cara transida de tristeza de un hombre de pelo blanco. Era Oskar.

# 16.

No podía vislumbrar con facilidad cuál era la sustancia gelatinosa que se movía en el fondo de sus pupilas, pero alcancé a reconocerla casi sin necesidad de contemplarla: abatidos como los de una mascota apaleada, como los de un enamorado rechazado con un ramo de flores ajadas, los ojos de Oskar se rendían, se resignaban a arrastrarse por la penumbra sucia del barracón, declaraban en silencio que toda aquella maraña de persecuciones, escondites, gambitos y maniobras le venía grande, como un abrigo de talla equivocada. Cuando me saludó, elevando un rostro de cadáver, lívido al resplandor de las bombillas, había algo en él que ya había muerto, un pedazo irrecuperable de su alma que había comenzado a pudrirse y que él arrastraba consciente de que jamás podría volver a recuperarlo. Creo que sonrió, o fue la luz distorsionada de la caseta la que dibujó sobre su rostro rasgos que no le pertenecían. Dijo algo, alzando la mano derecha de aquel piano malherido, confinado contra la pared, yo le agarré del hombro. Se dejó zarandear, poner en pie, arrastró los pies con un cansancio terrible.

—Tienes que venir conmigo, Oskar —le espeté.

Mientras decía aquello, mi mirada escapaba sin querer hacia la sombra del Hombre Rinoceronte y observaba aquel extraño jeroglífico, el montón de cascotes acumulados que abocetaba una figura que quería recordar a un hombre; por un momento se me antojó que el lugar natural de Oskar se hallaba en aquel alpende, entre todos aquellos monstruos embalsamados, haciendo compañía a todos aquellos proyectos truncados de la naturaleza. Hélène habría considerado, al conseguirle aquel escondite, que a nadie se le ocurriría buscar a un ser imposible entre imposibles. Recordé la definición de Aristóteles, en la oscuridad la silueta de Oskar asintió como si entreviera la dirección de mis pensamientos: el monstruo es una equivocación de la finalidad. Pero no iba a disponer de mucho más tiempo para pasearme por los clásicos; tres cuerpos acababan

de desembocar en la sala del Hombre Rinoceronte y yo entendí que era el momento de huir. Arrastrándole del codo igual que a un espantapájaros, salí con Oskar por el pasillo inmediatamente posterior, sin hacer caso de sus suspiros. El espacio era demasiado reducido para contenernos a los dos juntos, de modo que tuvimos que optar por la fila india, conmigo delante: un hedor a lejía y a plástico me contaminaba los pulmones, sentí que chocaba contra satélites de cristal, que algo dentro de aquellos frascos se agitaba; una voz gritó detrás, en alemán, un nombre que yo había rezado por no oír; seguimos una galaxia de bombillas azules, doblamos dos esquinas; una sombra que balbucía objeciones se interpuso ante mí en la salida y tuve que derribarla de un codazo. Lo primero que hizo Oskar al salir de la caseta fue elevar el rostro hacia la carpa de la noche como si fuese a consultar el estado del tiempo o a elevar una plegaria. Una mota de vaho huyó de su sorprendida expresión de muñeco.

Con la llegada de la noche, la feria se había convertido en un desfile de seres indolentes, que renqueaban entre los puestos de atracciones sosteniendo niños, ocultos bajo amorfos abrigos oscuros. El fulgor de las bombillas de colores alteraba los rostros de las personas, sacando misteriosos calidoscopios de los rasgos anodinos de cualquier padre de familia; amplificado por el frío y la penumbra, el sonido de los altavoces de las tómbolas era enorme y brutal. Aquellos minutos finales de mi drama junto a Oskar parecen haber transcurrido en el interior de un circo: yo corría, aferrado con desesperación a una manga que no sabía si traía algo detrás de ella, chocando contra bufandas, espaldas de ante, boinas ladeadas y repentinas vaharadas con mezclas de aguardiente y regaliz. Era la tercera o cuarta vez que una escena como aquella se repetía en el catálogo de mis peripecias, la de un hombre que corría entre un océano humano, zafándose de una amenaza que apenas alcanzaba a atisbar por encima del hombro: a la vez que corría, iba pensando que quizá tanta insistencia ocultaba un mensaje secreto y que me sentaría a reflexionar sobre ello cuando pudiese disponer de París y un café. Había visto el cráneo de Nérée navegando entre la multitud, buscándome, un náufrago agotado que también deseaba regresar a casa, había visto otro rostro borrado bajo una mancha violeta. Después de sortear a tres o cuatro abuelos, comprobé que

seguir escapando entre la multitud se parecía mucho a correr sobre la arena de una duna. Giré a un lado, tomé a Oskar por los hombros, le prometí que nos salvaríamos. Él, alucinado, seguía hipnóticamente con la vista la órbita del tiovivo: un caballo, una carroza, un coche de bomberos, una ballena, un caballo. Solté tres billetes sin mirarlos en el mostrador de los *tickets* y empujé a Oskar hacia el interior del laberinto de espejos. Choqué dos veces contra las paredes, di la vuelta, volví a chocar, estuve tropezándome hasta creer que todo el aire se había vuelto de cristal. Necesitaba cuatro o cinco golpes en los codos para entender que existía un pasillo, y tiraba de Oskar conmigo hacia delante, hacia el centro, hacia lo que yo creía que era el final de la partida. No advertía que en el infinito no existe centro ni periferia, que cualquier dirección es indistinta de cualquiera otra, que me desplazaba por infinitos pasillos de luz blanca y vacío, representado por infinitos sosias que también titubeaban y chocaban en las bifurcaciones. Me vi una vez y otra, de espaldas, de frente, vi mi mano izquierda tantear tímidamente el espacio, vi el lóbulo de mi oreja desde un ángulo que ningún espejo me había mostrado hasta entonces; todos mis yoes sucesivos parecían haber concertado una cita en aquel lugar de vidrio y ansiedad, todos se aproximaban para sostener una imposible conversación sin palabras. Al lado de todos mis dobles, se arrastraba una muchedumbre de hombres desorientados, de pelo blanco, aplastados bajo cazadoras de cuero, observando el espectáculo de los espejos como el animal que acerca la mano al fuego para quemarse. Pronto supe que estaba perdido en medio del laberinto, y me invadió la sensación de flotar en mitad de la nada, de ser libre y estéril como un muerto. Entonces, al torcer en un recodo, hallé que Blaise Nérée y sus duplicados también habían sido invitados a la excursión y que todos ellos gritaban, gesticulaban, señalaban en diez direcciones alternativas, arrojaban hacia las cuatro partes del espacio a un ejército de desconocidos con rostros violetas que empuñaban pistolas. El primer disparo no tuvo efecto: la bala se perdió entre los reflejos como su eco, nada se alteró. El segundo quebró el universo a mi izquierda, los cuerpos se contrajeron en el interior de un embudo, el calidoscopio giró levemente. El tercero, el cuarto y el quinto asesinaron a alguno de mis dobles o a alguno de los de Oskar, que se derrumbaban entre un

estrépito de xilófono; el mundo parecía hacerse mucho más pequeño con cada demolición. Yo no estaba del todo seguro de haber dejado atrás la caseta de los monstruos: en cada recodo iban surgiendo nuevas presencias, personajes incongruentes de un drama que no sabía cómo conjuntar. En algún momento, una muchacha manca se deslizó por los cristales; resoplaba angustiada, traía la frente perlada de sudor o nieve derretida, repetía mi nombre estrellándose en las paredes.

—Estoy aquí, Hélène —grité a ninguna parte—. Oskar está conmigo.

Y entonces Nérée me cercó con tres de sus cuerpos y dirigió tres brazos acusatorios hacia mí.

—Devuélvenoslo, sabes que es la oportunidad de nuestras vidas —susurró, como queriendo no despertarme—. Si todo no hubiese salido mal y Capri no se hubiera equivocado de camino, tú estarías ahora aquí junto a mí y sería a mí a quien darías la mano. Devuelve a Oskar, sabes que es la ocasión que siempre habíamos esperado. Es mi vida lo que llevas agarrado de la manga: devuélvemelo, te lo suplico.

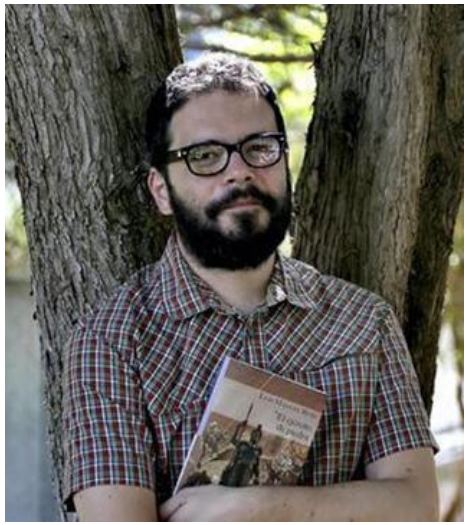
Quizá era sincero. La sexta bala llenó de escarcha el espejo contiguo a mi brazo izquierdo y se enterró en el pecho de Oskar, que cayó de espaldas dibujando en el vidrio una gran E roja. Di un instintivo paso atrás, como si hubiera sentido la cercanía de un alacrán. Retrocedí sin mirar, hundiéndome entre las imágenes, hasta contemplar, lejos, en una especie de retablo arruinado, que Blaise Nérée se agachaba sobre el cadáver y palpaba incrédulo el orificio de la herida. La expresión de Oskar no había variado: probablemente la muerte no le resultó más enigmática que el laberinto o la barraca de los monstruos. Lejos, en el infinito, el hombre de la marca violeta arrojaba un revólver al suelo y huía. A mí me bastó con avanzar un paso más por el pasillo que había elegido para dar con el desenlace que me correspondía: Hélène me esperaba con los brazos abiertos y un guante con renos bordados oscilando fláccido en la manga vacía.

Los ojos almendrados del laudista del póster de Caravaggio me contemplan como despidiéndose, y quizá sea de adiós esa canción que brota de sus labios pero que el pintor no recogió; en la pared de enfrente, Johann Sebastian Bach frunce severamente el ceño desde el cartel de su aniversario, sosteniendo un papel plegado en la mano derecha, tan distinto de esa otra criatura acorralada a la que ayudé a huir de una galería poblada de monstruos. El despacho es un museo del caos, como siempre, resulta imposible adivinar la mesa por debajo del manto de papeles, fotocopias, libros y citas de lectura que la ocultan; al fondo, en la estantería, algunos títulos se inclinan, aplastados por otros más pesados. Reconozco, casi borrosa, la edición en rústica de la *Pequeña Crónica de Anna Magdalena Bach*. He intentado refrenarla aspirando con fuerza y dirigiendo la memoria en otras direcciones, pero una suave melancolía regresa a la superficie de mis pensamientos, vestigio cubierto de algas de un pasado hundido. No hay nieve en el patio que observo ahora desde la ventana, los semicírculos de las arcadas son tan nítidos y perfectos como los setos en forma de rombos, como el perfil de bronce negro de Saint-Foix contra la pantalla de césped. El bedel ha recibido órdenes de embalar todas las pertenencias de Nérée y enviarlas a su piso de la Rue Jeanne
d'Arc,
mientras él esté internado en el sanatorio. Saludo con una escasa caricia, sin compromiso, al sillón frente al escritorio donde tantas veces estuve sentado, donde escuché tantas palabras. La primavera se impacienta en las ramas de las moreras, pero en el pasillo al que salgo luego de una breve inspección de despedida todavía flota un aire frío y azul, doloroso, del que borra el color de la punta de los dedos. Me encamino a la derecha, hacia la escalera decorada con medallas de metal, mientras vuelvo a pensar en el director de la Escuela que me sienta en un sillón mucho más pesado y brillante que el de Nérée, que cruje al sentir mis huesos con el sonido del

cuero virgen. El director es un hombre educado, que no fuma, no usa malas palabras, ensaya sonrisas tarde a tarde en el espejo del pequeño baño que tiene junto al despacho, se atusa el ecuánime bigote antes de hablar. Voy saliendo al claustro y me llega el aliento gélido del Sena cuando recuerdo las palabras del director ponderando una institución como el Centro Superior de Estudios Musicales de Francia y la tradicional valía de sus profesionales, el leve movimiento de la nuez de su cuello al tragar saliva, la voz baja en el momento de referirse a Nérée y su desgraciado estado mental. Me despido para siempre de la nuca negra de Saint-Foix, biógrafo de Mozart, eternamente ocupado en mirar las galerías escoltadas de columnas, los capiteles con acacias entrelazadas; busco la salida entre los indicativos de las aulas, oficinas, la biblioteca. El ofrecimiento del director me habría hecho muy feliz unos años atrás, incluso tan solo unas semanas, antes de varios viajes en tren, de algunos cigarrillos, del insomnio y la esperanza. Después de terminar de hablar con una frase interrogativa, el director se corrige de nuevo el bigote y acopla sus dos manos sobre el buró, en actitud de aguardar algo. Sabe que mi intervención en el congreso de Salzburgo no se caracterizó por su brillantez, pero se trata de algo fácilmente disculpable, claro está, con todas las tensiones acumuladas de que yo era víctima debido a mi descubrimiento. Esta misma mañana ha salido en los periódicos, en una irrisoria esquina bajo la fotografía de un partido de fútbol, que Aceros Tumgsten acaba de cerrar la factoría que poseía en Messkirch, lo que provocará sin duda un aumento considerable de los índices de paro en la región. Recuerdo Messkirch, la casa de Heidegger, parpadeo y niego, también yo estoy cansado, aunque el director se sorprenda de mi negativa y me dedique la mirada que se debe de dedicar a un caracol que ha aparecido reptando por el interior del tarro del azúcar. Para salir desde el convento de carmelitas que hoy cobija el Centro Superior de Estudios Musicales a los muelles del Sena, hay que atravesar dos o tres callejones angostos y dejar atrás el bulbo brillante de la Escuela de Bellas Artes, que hoy sí reluce como si contuviera todo el oro fundido del crepúsculo. A pesar de la primavera, el río enfría los tobillos de los que se atreven todavía a pasear por el Pont des Arts para observar la perspectiva de la Île de la Cité, el barco fosilizado que jamás se hará a la mar, cubierto de

luces y estatuas. Dejo atrás a los poetas, las bufandas, las muchachas nórdicas que intercambian cámaras fotográficas, retiro con el codo a un japonés que pretende venderme aproximaciones al pastel de la Torre Eiffel y el Sacré-Coeur. Al cabo del puente, Hélène me aguarda con un legajo de partituras bajo el brazo. Sonríe. La beso suavemente en los labios y mientras nos encaminamos a casa siento el tacto cálido de su mano ortopédica. Recuerdo la frase que leí en un libro de Monterroso: el universo es perfecto, pero confuso.

*Mairena del Aljarafe / Calañas*,
*junio-noviembre de 2000*



**Luis Manuel Ruiz** (Sevilla, 1973) compagina su labor como profesor de Filosofía con la colaboración en diversos medios de prensa, entre ellos el diario *El País*. Su primera novela, *El criterio de las moscas* (Alfaguara, 1998) consiguió el Premio Novela Corta de la Universidad de Sevilla. Y la segunda, *Solo una cosa no hay* (Alfaguara, 2000), recibió en la Feria de Frankfurt de 2001 el Premio Internacional de Novela, con un jurado compuesto por seis prestigiosas editoriales de todo el mundo. También en Alfaguara ha publicado *Obertura francesa* (2002), *La habitación de cristal* (2004), *El ojo del halcón* (2007) y *Tormenta sobre Alejandría* (2009). Sus obras han sido traducidas a varios idiomas. El título de su blog personal es *El Testigo Ocular*:

www.eltestigoocular.blogspot.com